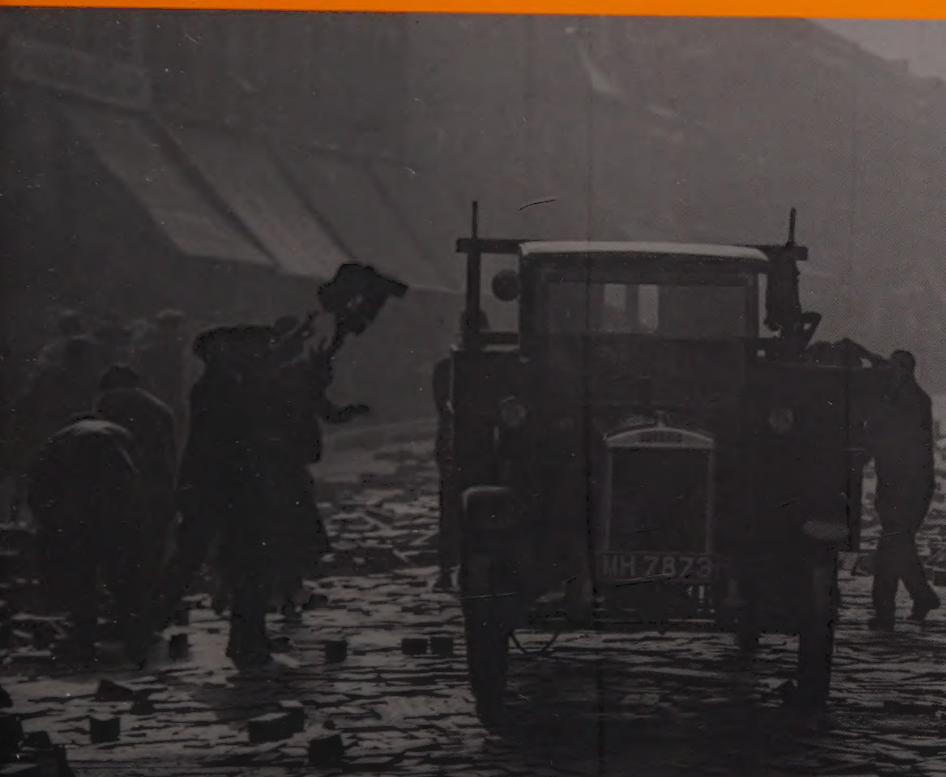
ACANTILADO



G. K. Chesterton

El hombre que sabía demasiado

TRADUCCIÓN DE J. MARTÍN LLORET

Gilbert Keith Chesterton (Londres, 1874- Beaconsfield, Buckinghamshire, 1936), prolífico escritor que cultivó todos los géneros literarios y que destacó también como periodista, es conocido por las historias de misterio del padre Brown, por las biografías de Charles Dickens y de san Francisco de Asís, así como por *Ortodoxia*, *El Napoleón de Notting Hill* y *El hombre que fue jueves*, entre otras obras. Controvertido y siempre polémico, fue uno de los pocos periodistas ingleses que se opuso a la guerra de los bóers y que mantuvo siempre una postura crítica con su entorno. En esta misma editorial hemos publicado ya su *Autobiografía* (2003), *Breve historia de Inglaterra* (2005), *Correr tras el propio sombrero* (2005) y *Herejes* (2007).

Narrativa del Acantilado, 115

EL HOMBRE QUE SABÍA DEMASIADO

G. K. CHESTERTON

EL HOMBRE QUE SABÍA DEMASIADO

TRADUCCIÓN DE J. MARTÍN LLORET

BARCELONA 2007 ACANTILADO

TÍTULO ORIGINAL *The man who knew too much*

Publicado por:
ACANTILADO
Quaderns Crema, S. A., Sociedad Unipersonal

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel.: 934 144 906 - Fax: 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© by The Royal Literary Fund
© de la traducción, 2007 by Jordi Martín Lloret
© de la fotografía de cubierta, by Getty Images
© de esta edición, 2007 by Quaderns Crema, S. A.

Única edición autorizada en España para:
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-96489-90-5
DEPÓSITO LEGAL: B. 43.448 - 2007

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA REIMPRESIÓN *septiembre de 2007*
PRIMERA EDICIÓN *abril de 2007*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—y, la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

I	El rostro en el blanco	7
II	El príncipe fugitivo	37
III	El alma del colegial	65
IV	El pozo sin fondo	87
V	La manía del pescador	111
VI	El agujero en el muro	139
VII	El templo del silencio	173
VIII	La venganza de la estatua	209

I
EL ROSTRO EN EL BLANCO

Harold March, el nuevo articulista y crítico social, caminaba con paso enérgico a través de una extensa meseta de páramos y zonas de pastoreo comunales cuyo horizonte se hallaba bordeado por los remotos bosques de la célebre finca de Torwood Park. Era un joven apuesto de ojos claros y pelo rizado y muy rubio, y vestía un traje de tweed. Mientras caminaba expuesto al sol y al viento del paisaje de la libertad, era aún lo bastante joven para recordar sus ideas políticas y no intentar olvidarlas ante la menor excusa. Y es que la misión que debía llevar a cabo en Torwood Park era de carácter político; el lugar de la cita había sido designado por nada menos que el ministro de Economía, sir Howard Horne, quien por aquel entonces presentaba su «presupuesto socialista» y estaba dispuesto a exponérselo a aquel prometedor periodista. Harold March era la clase de hombre que lo sabe todo sobre la política y no sabe nada de los políticos. También sabía mucho de arte, de letras, de filosofía y de cultura general; sabía de casi todo salvo del mundo en el que vivía.

De repente, en medio de aquellos llanos soleados y ventosos, se encontró con una especie de hendidura casi lo bastante estrecha para ser considerada una grieta en la tierra. Era lo bastante ancha para ser el cauce de un pequeño arroyo que en algunos tramos desaparecía bajo túneles de maleza, como en un bosque enano. En efecto, tenía una sensación extraña, como un gigante contemplando

desde sus alturas el valle de los pigmeos. Sin embargo, cuando se metió en la hondonada dejó de tener esa impresión; los montículos rocosos, pese a ser apenas más altos que una casa, pendían y mostraban el contorno de un precipicio. Cuando empezó a pasear siguiendo el curso del arroyo, por pura y romántica curiosidad, y vio cómo brillaban las cortas franjas de agua entre las enormes rocas grises y los arbustos, suaves como enormes masas de musgo verde, se sumió en unas fantasías de naturaleza totalmente opuesta. Parecía como si la tierra se hubiera abierto y se lo hubiera tragado en una especie de mundo subterráneo de sueños. Y cuando advirtió una figura humana cuya sombra se recortaba sobre el arroyo plateado, sentada sobre una enorme roca, como un pájaro inmenso, tuvo acaso el presentimiento propio de un hombre que entabla la amistad más extraña de su vida.

Al parecer el individuo estaba pescando, o al menos mostraba la postura de un pescador con una inmovilidad excesiva. March pudo examinarlo casi como si fuera una estatua durante unos minutos antes de que la estatua hablara. Era un hombre alto y rubio, de aspecto cadavérico y un tanto displicente, de gruesos párpados y nariz prominente. Con el rostro a la sombra del ancho sombrero blanco que llevaba, su fino bigote y su ágil figura le conferían un aspecto juvenil. Pero el panamá descansaba a su lado, sobre el musgo, y el espectador podía ver que tenía la frente prematuramente calva; este rasgo, sumado a cierta concavidad alrededor de los ojos, delataba cierta actividad mental e incluso dolor de cabeza. Pero lo más curioso del personaje, tras haberlo examinado brevemente,

era que, si bien parecía un pescador, en realidad no estaba pescando.

En vez de una caña, sostenía un objeto que podía ser un salabardo como el que utilizan algunos pescadores, pero que se parecía mucho más a una de esas redes de juguete corrientes que suelen llevar los niños para cazar indistintamente renacuajos o mariposas. Sumergía la red en el agua durante un rato, y a continuación examinaba con gravedad la recolección de algas y barro y la volvía a vaciar.

—No, no he atrapado nada—dijo en voz baja, como respondiendo a una pregunta tácita—. Cuando atrapo algo tengo que volver a tirarlo; sobre todo los peces gordos. Pero algunos bichos pequeños sí me interesan.

—Imagino que se trata de un interés científico—observó March.

—Más bien de aficionado, me temo—contestó el extraño pescador—. Tengo lo que podría llamarse una afición relacionada con el llamado «fenómeno de la fosforescencia». Pero claro, resultaría bastante violento ir por ahí implorando pescados fétidos.

—Supongo que sí—dijo March con una sonrisa.

—Sería bastante raro entrar en un salón con un bacalao enorme y luminoso—prosiguió el desconocido, con su lánguido tono de voz—. Qué curioso resultaría si uno pudiera llevarlo de un sitio a otro como un farol, o disponer de pequeños espadines como si fueran velas. Algunos animales marinos quedarían preciosos como pantallas de lámpara; el caracol marino azul, que resplandece como la luz de las estrellas; y algunas estrellas de mar rojas brillan como auténticas estrellas rojas. Pero, naturalmente, no son lo que estoy buscando aquí.

March pensó en preguntarle qué estaba buscando; pero como se sentía incapaz de mantener una discusión especializada sobre algo tan profundo como los peces de las profundidades marinas, prefirió volver a temas más corrientes.

—Qué encantador es esta especie de hoyo—dijo—, esta pequeña hondonada con su río. Es como esos lugares que describe Stevenson, donde siempre parece que va a suceder algo.

—Lo sé—respondió el individuo—. Creo que se debe al hecho de que el propio lugar, por así decirlo, no se limita a existir, sino que también sucede. Tal vez sea eso lo que Picasso y algunos cubistas tratan de expresar mediante esos ángulos y líneas irregulares. Mire esa pared de ahí, como un acantilado bajo que sobresale hacia delante, formando ángulos rectos con la pendiente de hierba que asciende hasta él. Es como una colisión silenciosa. Como una gran ola y la estela que deja atrás.

March contempló el vulgar peñasco que colgaba de la verde pendiente y asintió. Le interesaba aquel hombre capaz de pasar con tanta facilidad de los tecnicismos de la ciencia a los del arte; y le preguntó si admiraba a los nuevos artistas angulares.

—A mi modo de ver, los cubistas no son lo bastante cubistas—contestó el desconocido—. Me refiero a que no son lo bastante espesos. Al pasarlo todo por el filtro matemático hacen las cosas delgadas. Fíjese, por ejemplo, en las líneas vivas de ese paisaje, simplifíquelas en un ángulo recto, y lo reducirá a un mero diagrama sobre un papel. Los diagramas tienen belleza propia, pero se trata de esa otra clase de belleza. Representan lo inalterable; las verdades

tranquilas, eternas, matemáticas; lo que alguien llama el «blanco resplandor de...».

Se detuvo, y antes de pronunciar la siguiente palabra había acontecido algo casi demasiado deprisa y definitivamente para ser advertido. De detrás de la roca sobresaliente surgió un ruido y un movimiento fugaz parecido al de un ferrocarril, y apareció un gran automóvil. Su negra silueta recortada contra el sol coronaba la cima de la montaña, como un carro lanzándose hacia la destrucción en una desenfrenada epopeya. Automáticamente, March alargó la mano en un gesto inútil, como para agarrar al vuelo una taza de té en un salón.

En una fracción de segundo, el vehículo dejó atrás el saliente del peñasco como una nave voladora; a continuación el cielo empezó a girar como una rueda, y el vehículo quedó destrozado en medio de los altos pastos de abajo, despidiendo una línea de humo gris que ascendía lentamente hacia el aire silencioso. Un poco más abajo, la figura de un hombre de pelo cano yacía en la empinada pendiente verde, con las extremidades descoyuntadas y el rostro vuelto.

El excéntrico pescador dejó caer su red y anduvo con paso veloz hacia el lugar del accidente, seguido por su nuevo amigo. Al acercarse les pareció una monstruosa ironía el hecho de que la máquina muerta aún vibrara y rugiera con la furia de una fábrica mientras el hombre permanecía inmóvil.

Sin duda estaba muerto. La hierba se empapaba con la sangre que brotaba de una fractura mortal en la parte posterior del cráneo; pero el rostro, vuelto hacia el sol, estaba ileso y resultaba extrañamente fascinante. Era uno de

esos rostros extraños y tan inconfundibles que resultan familiares. Aunque no lo reconozcamos, sin saber por qué nos parece que deberíamos hacerlo. Era amplio y cuadrado, con la mandíbula imponente, casi como el de un simio de gran capacidad intelectual; la boca generosa y tan cerrada que apenas esbozaba una delgada línea; la nariz roma, con los orificios bien abiertos, como ávidos de aire. Lo más curioso de aquel rostro era que una de las cejas se arqueaba con un ángulo más agudo que la otra. March pensó que nunca había visto un rostro tan natural y vivo como el de aquel muerto. Y aquella aureola de pelo cano hacía que su inquietante energía resultara aún más extraña. Le sobresalían algunos papeles del bolsillo, y entre ellos March extrajo una tarjeta. Leyó el nombre en voz alta.

—Sir Humphrey Turnbull. Estoy seguro de que he oído este nombre antes.

Su acompañante sólo soltó un leve suspiro y permaneció un momento en silencio, como si cavilara, y luego se limitó a decir:

—El pobre hombre está completamente muerto—. Y añadió algunos términos científicos entre los cuales su oyente volvió a perderse.

—Vista la situación—prosiguió la misma persona curiosamente bien informada—, lo más legal sería que dejáramos el cuerpo tal como está hasta que avisemos a la policía. De hecho, creo que lo mejor sería avisar sólo a la policía. No se sorprenda si ve que se lo oculto a algunos vecinos de por aquí.

Y entonces, como empujado a regularizar una confianza más bien repentina, dijo:

—He venido a ver a mi primo, que vive en Torwood;

me llamo Horne Fisher. Parece una broma relacionada con mis actividades por aquí, ¿verdad?[1]

—¿Es usted primo de sir Howard Horne?—preguntó March—. Precisamente voy a Torwood Park a visitarlo; sólo para hablar de su labor pública, naturalmente, y de la maravillosa defensa que está haciendo de sus principios. Creo que ese presupuesto es lo mejor que ha habido en la historia de Inglaterra. Si fracasa, será el fracaso más heroico de la historia de Inglaterra. ¿Admira usted a su ilustre pariente, señor Fisher?

—Mucho—dijo el señor Fisher—. Es el mejor tirador que conozco.

Y entonces, como si se arrepintiera profundamente de su descuido, agregó, con una especie de entusiasmo:

—No, en serio, es un tirador *magnífico*.

Como impulsado por sus propias palabras, dio una especie de salto hacia los salientes del peñasco que tenía por encima y los escaló con una agilidad inesperada que contrastaba sorprendentemente con su lasitud general. Permaneció de pie en el saliente, con su perfil aguileño bajo el panamá recortado contra el cielo y escrutando la campiña, antes de que su acompañante reuniera suficientes fuerzas para subir tras él a duras penas.

El nivel superior era un tramo de hierba común en el que se marcaban claramente las huellas del automóvil accidentado; pero el borde estaba roto, como desgarrado por unos dientes rocosos; cerca del filo había piedras rotas de todas las formas y todos los tamaños; resultaba casi increíble que alguien pudiera haber caído deliberada-

[1] *Fisher* significa «pescador». (*N. del T.*)

mente en semejante trampa mortal, sobre todo a la luz del día.

—Esto no tiene ni pies ni cabeza—dijo March—. ¿Era ciego? ¿O acaso iba ciego?

—A juzgar por su aspecto, ni una cosa ni la otra—contestó el otro.

—Entonces ha sido un suicidio.

—No parece una forma demasiado práctica de suicidarse—observó el tal Fisher—. Además, no se me ocurre por qué motivo iba a suicidarse el pobre Puggy.

—¿El pobre quién?—inquirió el periodista, asombrado—. ¿Acaso conocía usted a este infeliz?

—Nadie lo conocía exactamente—contestó Fisher, con cierta vaguedad—. Pero sí se lo *conocía*, desde luego. En su época había sembrado el terror en el Parlamento y en los tribunales, entre otros lugares; sobre todo en aquella disputa acerca de los extranjeros a los que deportaron por considerarlos indeseables, cuando quiso que se ahorcara a uno de ellos por asesinato. Acabó tan harto que se retiró de la judicatura. Desde entonces su actividad principal consistía en ir de un lado a otro en automóvil; pero también venía a Torwood a pasar el fin de semana; y no entiendo por qué iba a romperse la crisma a propósito casi en la entrada misma. Creo que Hoggs—me refiero a mi primo Howard—venía expresamente a reunirse con él.

—¿Pero Torwood Park no es propiedad de su primo?—preguntó March.

—No, había sido de los Winthrop—respondió Fisher—. Ahora es de otro; un tipo de Montreal llamado Jenkins. Hoggs venía a cazar; ya le he dicho que era muy buen tirador.

Tanto elogio al gran estadista social afectó a Harold March como si alguien hubiera definido a Napoleón como un excelente jugador de whist. Pero entre aquella avalancha de cosas desconocidas había otra impresión medio formada que luchaba por salir a la luz, y la sacó a la superficie antes de que pudiera esfumarse.

—Jenkins—repitió—. ¿No se referirá a Jefferson Jenkins, el reformador social? Me refiero al hombre que ha estado luchando por el nuevo plan de fincas y casas rurales. Sería tan interesante conocerlo a él como a cualquier otro ministro de Estado del mundo, si me lo permite.

—Sí, Hoggs le dijo que tendrían que ser casas rurales—dijo Fisher—. Dijo que la cría de ganado había mejorado demasiado a menudo, y la gente empezaba a burlarse. Y, naturalmente, de algún modo hay que conseguir el título de lord; aunque el pobre tipo aún no lo tiene. Vaya, por ahí viene alguien.

Habían empezado a caminar sobre las huellas del automóvil, dejándolo atrás en la hondonada zumbando de una forma espantosa como un insecto gigantesco que hubiera acabado de matar a un hombre. Las huellas los condujeron hasta el recodo del camino, uno de cuyos ramales continuaba en la misma dirección hacia la entrada de los jardines. Era evidente que el vehículo había circulado por la larga carretera recta y, al llegar a la curva, en vez de girar a la izquierda había seguido recto y saltado por encima de la hierba directo a la muerte. Pero no era ese descubrimiento el que había llamado la atención a Fisher, sino algo aún más consistente. En el recodo de la blanca carretera, una silueta oscura y solitaria se alzaba casi tan inmóvil como un indicador de caminos. Era un hombre corpu-

lento vestido con basta ropa de caza, con la cabeza descubierta y un pelo rizado y alborotado que le confería un aspecto bastante tosco. Al acercarse uno, esa primera y estrafalaria impresión desaparecía; vista a la luz, la figura adquiría un aspecto más convencional, como el de un caballero corriente que hubiera salido sin sombrero y sin cepillarse bien el pelo. Sin embargo la enorme estatura no variaba, y sus ojos profundos e incluso hundidos distinguían su atractivo animal del de un tipo corriente. Pero a March no le dio tiempo a estudiar al hombre más detenidamente, ya que, ante su gran asombro, su guía observó sin más:

—¡Buenas, Jack!—Y pasó por su lado como si efectivamente hubiera sido un poste indicador, y sin intentar informarlo de la catástrofe acontecida detrás de las rocas. Era una minucia, pero no era más que la primera de una serie de singulares extravagancias a las que lo conducía su nuevo y excéntrico amigo.

El hombre que habían dejado atrás los siguió con la mirada de una forma bastante suspicaz, pero Fisher siguió caminando tranquilamente por la recta carretera que cruzaba la entrada de la gran finca.

—Ése es John Burke, el viajero—se dignó a aclarar—. Supongo que habrá oído hablar de él; es aficionado a la caza mayor y todas esas cosas. Siento no haber podido detenerme para presentárselo, pero me atrevería a decir que volverá a verlo.

—Conozco su libro, por supuesto—dijo March con renovado interés—. Hay una descripción genial, el fragmento en el que cuenta cómo no son conscientes de la proximidad del elefante hasta que la descomunal cabeza oculta la luna.

—Sí, el joven Halkett escribe muy bien, a mi juicio. ¿Cómo? ¿No sabía usted que Halkett había escrito el libro de Burke? Burke sólo sabe utilizar la escopeta; y con eso no se puede escribir. Sí, a su manera es muy íntegro, valiente como un león, o mucho más, por lo que dicen.

—Parece que lo sabe todo sobre él—observó March con una risa bastante perpleja—, y sobre mucha otra gente.

La calva frente de Fisher se arrugó de pronto, y sus ojos adoptaron una curiosa expresión.

—Sé demasiado—dijo—. Ése es mi problema. Ése es el problema de todos nosotros, y de todo el tinglado; que sabemos demasiado. Sabemos demasiado los unos de los otros; y sobre nosotros mismos. Por eso ahora lo que realmente me interesa es una cosa que no sé.

—¿Y qué es?—preguntó el otro.

—Por qué aquel pobre tipo está muerto.

Habían caminado por la recta carretera durante casi dos kilómetros, manteniendo esta clase de conversaciones de manera intermitente, y March tenía la singular idea de que todo el mundo se estaba volviendo del revés. El señor Horne Fisher no criticaba especialmente a sus amigos y parientes de la sociedad moderna; de algunos hablaba con afecto. Pero éstos parecían pertenecer a una nueva clase de hombres y mujeres, que resultaba que tenían las mismas agallas que los hombres y las mujeres que salían a menudo en los periódicos. Sin embargo no había furia ni sublevación que se le antojara más revolucionaria que esa fría familiaridad. Era como la luz del día al otro lado del decorado de un escenario.

Llegaron a la gran verja de los jardines, y ante la sor-

presa de March, la cruzaron y siguieron andando por la carretera blanca y recta. Pero él llegaba demasiado pronto a su cita con sir Howard, y no le desagradaba la idea de ver el final del experimento de su nuevo amigo, fuera cual fuese. No habían dejado atrás el páramo, y la mitad de la carretera blanca se veía gris bajo la gran sombra de los pinares de Torwood, que eran como grises barrotes cerrados a la luz del sol que fabricaban su propia medianoche en mitad del radiante mediodía. No obstante, no tardaron en aparecer claros, como reflejos de vidrieras de colores; los árboles se iban disipando y quedando atrás a medida que avanzaba la carretera, dejando paso a los bosquecillos agrestes e irregulares en los que, como decía Fisher, los invitados a la casa de campo llevaban todo el día disparando sin tregua. Y unos ciento cincuenta metros más adelante llegaron al primer recodo del camino.

Se alzaba allí una especie de posada con un deslucido letrero que rezaba The Grapes.[2] El letrero estaba oscuro y ya era indescifrable, y colgaba como una sombra recortada contra el cielo y el páramo gris que había detrás, tan tentador como una horca. March observó que parecía una taberna en la que se sirviera vinagre en vez de vino.

—Un buen nombre—dijo Fisher—, y también lo sería si fuera usted lo bastante tonto para beber vino ahí dentro. Pero la cerveza es muy buena, y el brandy también.

March lo siguió al salón del bar con cierto asombro, y su vaga sensación de repugnancia no desapareció al ver por vez primera al posadero, que era muy distinto a los simpáticos posaderos de las novelas de caballerías, un hom-

[2] «Las uvas». (*N. del T.*)

bre huesudo de ojos negros e inquietos, muy silencioso tras su negro bigote. Pese a aquel talante taciturno, el investigador logró por fin extraerle una pizca de información, a fuerza de pedirle cerveza y hablarle continua y minuciosamente sobre automóviles. Era evidente que en cierto modo consideraba al posadero un experto en automóviles, como alguien que domina los secretos del mecanismo, el manejo y el mal manejo de los automóviles; no paraba de mirarlo fijamente con ojos brillantes como los del Viejo Marinero.[3] De esa conversación más bien misteriosa surgió por fin una especie de confesión, según la cual un vehículo concreto, de una determinada descripción, se había detenido frente a la taberna haría una hora, y de él se había apeado un hombre mayor para pedir asistencia mecánica. Al preguntarle si el forastero había solicitado algún otro tipo de asistencia, el posadero dijo escuetamente que el anciano caballero había llenado su petaca y se había llevado un paquete de emparedados. Y tras esas palabras el poco hospitalario anfitrión salió a toda prisa del salón y oyeron cómo golpeaba puertas en el oscuro interior.

Los ojos cansados de Fisher se pasearon por el polvoriento y lóbrego salón de la posada y se detuvieron en una vitrina que contenía un pájaro disecado y una escopeta colgada de unos ganchos que parecían ser su única decoración.

—Puggy estaba hecho un bromista—observó—, al menos a su macabra manera. Aunque comprar un paque-

[3] Alusión a la «Balada del viejo marinero», de Samuel Taylor Coleridge. (*N. del T.*)

te de emparedados justo antes de suicidarse parece una broma demasiado macabra.

—Puestos a encontrar anomalías—contestó March—, tampoco resulta demasiado normal que un hombre compre un paquete de emparedados cuando ya casi ha llegado a la entrada de la mansión a la que se dirige.

—Pues no... no, no—repitió Fisher, casi mecánicamente; y de pronto alzó los ojos hacia su interlocutor con una expresión mucho más alegre.

—¡Diantre, claro que sí! Tiene usted toda la razón. Y eso sugiere una idea muy extraña, ¿verdad?

Hubo un instante de silencio, y entonces March se sobresaltó con un nerviosismo irracional cuando la puerta de la taberna se abrió de pronto y otro hombre se encaminó con prisa hacia el mostrador. Ya lo había golpeado con una moneda y había pedido un brandy antes de ver a los otros dos clientes, que estaban sentados a una sencilla mesa de madera situada bajo la ventana. Cuando se volvió con una mirada más bien furiosa, March sintió otra emoción inesperada, pues su guía saludó al desconocido llamándolo Hoggs y se lo presentó como sir Howard Horne.

Parecía mayor que en aquellos juveniles retratos suyos que aparecían en los periódicos, como los de los políticos; su pelo liso y claro estaba teñido de gris, y su rostro era redondo, casi cómico, con una nariz romana y unos ojos azogados y brillantes cuyo conjunto le traía a uno a la mente la vaga imagen de un loro. Llevaba una gorra casi en la nuca y una escopeta bajo el brazo. Harold March había imaginado muchas cosas sobre su primer encuentro con el gran reformador político, pero nunca se lo ha-

bía representado con una escopeta bajo el brazo y bebiendo brandy en una tasca.

—De modo que usted también pasa por la finca de Jink—dijo Fisher—. Parece que todo el mundo viene aquí.

—Sí—contestó el ministro de Economía—. Estupendo coto. Al menos cuando su amo no dispara. Nunca he conocido a nadie que poseyera un coto de caza tan bueno y que fuera tan mal tirador. Es un tipo excelente, desde luego; no tengo nada contra él. Pero nunca aprendió a sujetar una escopeta cuando se dedicaba a empaquetar cerdo o lo que fuera que hiciese. Dicen que voló de un disparo la escarapela del sombrero de su criado; típico de él, por supuesto. También hizo saltar la veleta de su ridículo cenador dorado. Imagino que es el único gallo que habrá matado. ¿Van ustedes hacia allá ahora?

Fisher dijo de manera imprecisa que no tardaría en ir para allá, en cuanto hubiera despachado un asunto; y el ministro de Economía abandonó la taberna. March pensó que se había mostrado un tanto alterado o impaciente al pedir el brandy, pero luego había adoptado un tono más correcto, aunque no había hablado como esperaba su literario visitante. Al cabo de unos minutos, Fisher salió de la taberna el primero y se plantó en medio de la carretera mirando hacia la dirección por donde habían llegado. A continuación anduvo unos doscientos metros en esa misma dirección y volvió a detenerse.

—Diría que fue aquí—dijo.

—¿Que fue aquí el qué?—preguntó su acompañante.

—Donde aquel pobre tipo fue asesinado—dijo Fisher con tristeza.

—¿A qué se refiere?—preguntó March—. Se rompió la crisma sobre las rocas a dos kilómetros y medio de aquí.

—No—contestó Fisher—. No cayó sobre las rocas. ¿No se fijó en que había caído sobre la pendiente de hierba mullida que había debajo? Y además yo vi que tenía una herida de bala en el cuerpo.

Y después de una pausa, agregó:

—Estaba vivo en la posada, pero cuando llegó a las rocas ya hacía rato que estaba muerto. De modo que le dispararon mientras conducía su automóvil por esta recta de la carretera, y diría que lo hizo alguien de por aquí. Naturalmente, después del impacto el vehículo siguió circulando en línea recta sin que nadie pudiera frenarlo o hacerlo girar. Es una artimaña realmente ingeniosa; el cuerpo sería hallado lejos de aquí, y la mayoría de gente diría, como usted, que fue un accidente de automóvil. El asesino debe de ser un animal muy listo.

—¿Y el disparo no se oyó en la posada ni en ningún otro sitio?—preguntó March.

—Debieron de oírlo. Pero nadie reparó en él. En este aspecto el asesino también demostró ser muy listo—prosiguió el investigador—. Por aquí se oyen disparos todo el día; lo más probable es que el asesino hiciera coincidir su disparo con los de otras escopetas. No cabe duda de que se trata de un delincuente de primera. Y también es otra cosa.

—¿A qué se refiere?—preguntó su acompañante, con el escalofriante presentimiento de que algo iba a suceder, sin saber por qué.

—También era un tirador de primera—dijo Fisher. Había vuelto la espalda bruscamente y caminaba por un sendero estrecho y recubierto de hierba, poco más que un

camino de carros, que se hallaba frente a la posada y señalaba el final de la gran propiedad y el principio del páramo. March anduvo tras él lenta y pesadamente, con la misma perseverancia ociosa, y se lo encontró mirando a través de una abertura que había entre maleza y espinos gigantes la plana superficie de una empalizada pintada. Detrás de la empalizada se alzaban las imponentes columnas grises de una hilera de álamos que llenaban el cielo que los cubría de una sombra verde oscuro y se agitaban débilmente, mecidos por un viento que poco a poco había ido perdiendo fuerza hasta convertirse en brisa. La tarde ya se adentraba en la noche, y las sombras titánicas de los álamos se alargaban y extendían sobre un tercio del paisaje.

—¿Es usted un delincuente de primera?—preguntó Fisher, con tono amable—. Me temo que no. Pero creo que yo sí podría arreglármelas para ser una especie de ladrón de cuarto orden.

Y antes de que su acompañante pudiera responder había logrado saltar por encima de la cerca; March lo siguió sin demasiado esfuerzo físico, pero con bastante incomodidad mental. Los álamos crecían tan cerca de la valla que les costó un poco deslizarse entre ellos, y detrás de los árboles sólo podían ver un alto seto de laureles, verde y reluciente a la luz del sol poniente. Ese obstáculo formado por una serie de paredes vivas lo hizo sentirse como si estuviera penetrando en una casa en ruinas en vez de un campo abierto. Parecía como si estuviera entrando por una puerta o una ventana en desuso y encontrara el paso obstruido por varios muebles. Cuando ya habían sorteado el seto de laureles, salieron a una especie de terraza recubierta de hierba que a través de un verde desnivel des-

cendía a un parterre de césped alargado como una pista de *bowls*.[4] Detrás se alzaba el único edificio visible, un jardín de invierno bajo, que parecía estar lejos de cualquier punto del paisaje, como una casita de cristal plantada en medio de los campos de un país de cuento de hadas. Fisher conocía bien aquella apariencia solitaria de las zonas alejadas de la gran mansión. Se daba cuenta de que así representaba una sátira mayor de la aristocracia que si hubiera estado invadido de maleza y lleno de ruinas. Pues no se veía descuidado pero sí desierto; en cualquier caso, estaba abandonado. Lo barría y decoraba un dueño que nunca aparecía por allí.

No obstante, al mirar por encima del césped, vio un objeto que al parecer no esperaba encontrar allí. Era una especie de trípode que aguantaba un disco enorme, como el tablero redondo de una mesa, ligeramente ladeado, y hasta que no bajaron al parterre y lo cruzaron para echarle un vistazo March no se dio cuenta de que se trataba de un blanco de tiro. Estaba gastado y manchado por la intemperie; los alegres colores de sus anillos concéntricos estaban desvaídos; probablemente había sido plantado allí en la lejana época victoriana en que el tiro con arco estaba de moda. March tuvo una de sus borrosas visiones, en la que damas envueltas en turbia crinolina y caballeros con estrafalarios sombreros y patillas volvían como fantasmas a aquel jardín perdido.

Fisher, que examinaba más de cerca el blanco, lo sobresaltó con una exclamación.

[4] Juego inglés parecido a la petanca que se juega sobre una pista de césped. (*N. del T.*)

—¡Vaya!—dijo—. Alguien ha estado acribillando a disparos este artilugio, y no hace mucho, precisamente. Me parece que el viejo Jink ha estado intentando mejorar su mala puntería.

—Sí, y parece que aún necesita mejorar—respondió March, riendo—. No hay ningún tiro que se haya acercado a la diana; están todos desperdigados de la forma más absurda.

—De la forma más absurda—repitió Fisher con la mirada aún fija en el blanco. Parecía que se limitara a asentir, pero March advirtió que los ojos le brillaban bajo sus somnolientos párpados y que intentaba enderezar su encorvada figura con un extraño esfuerzo.

—Discúlpeme un momento—dijo, palpándose los bolsillos—. Creo que llevo alguna de mis sustancias químicas; después subiremos a la casa.

Volvió a encorvarse sobre el blanco, y con el dedo fue poniendo sobre cada agujero algo que a March no le pareció más que una mancha gris mate. A continuación cruzaron el creciente crepúsculo hasta las largas avenidas verdes que conducían a la mansión.

Una vez más, el excéntrico investigador no entró por la puerta principal. Rodeó la casa hasta encontrar una ventana abierta, y de un salto introdujo a su amigo a lo que parecía ser la sala de armas. En las paredes colgaban hileras de instrumentos habituales para abatir pájaros; pero al otro lado de una mesa, junto a la ventana, había una o dos armas de diseño más pesado e imponente.

—Pero si son los rifles de caza mayor de Burke—dijo Fisher—. No sabía que los guardara aquí—. Levantó uno de ellos, lo examinó brevemente y volvió a dejarlo, con el

ceño muy fruncido. Casi en el mismo instante, un extraño joven irrumpió con prisa en la sala. Era moreno y robusto, tenía la frente desigual y mandíbula de bulldog, y soltó una disculpa cortante.

—He dejado aquí las escopetas del comandante Burke—dijo—, y quiere que se las meta en el equipaje. Se marcha esta noche.

Se llevó los dos rifles sin siquiera echar una mirada al desconocido; a través de la ventana abierta pudieron ver cómo su figura baja y oscura se alejaba por el jardín envuelto en una luz trémula. Fisher volvió a salir por la ventana y se lo quedó mirando.

—Ése era Halkett, de quien ya le he hablado—dijo—. Sabía que era una especie de secretario que le controlaba los documentos; pero no sabía que también le controlara las escopetas. Es uno de esos diablillos silenciosos y sensatos capaces de hacer bien cualquier cosa; la clase de hombre al que uno conoce desde hace años cuando de pronto se entera de que es un campeón de ajedrez.

Había empezado a caminar en la misma dirección en que se había alejado el secretario desaparecido, y no tardaron en ver al resto de los invitados charlando y riendo sobre el césped. Vieron la alta figura y la melena suelta del cazador de leones que lideraba el pequeño grupo.

—Por cierto—observó Fisher—, antes, cuando hablábamos de Burke y Halkett, he dicho que con una escopeta no podía escribirse muy bien. Pues ahora no estoy tan seguro. ¿Alguna vez ha oído hablar de un artista tan listo que fuera capaz de dibujar con una escopeta? Por aquí anda suelto un tipo maravilloso.

Sir Howard saludó a Fisher y a su amigo periodista

con una amabilidad casi escandalosa. El segundo fue presentado al comandante Burke y al señor Halkett, y también (a modo de paréntesis) a su anfitrión, el señor Jenkins, un hombrecillo corriente vestido con llamativa ropa de tweed, a quien todo el mundo parecía tratar con cierto cariño, como si fuera un bebé.

El indomable ministro de Economía seguía hablando de los pájaros que había derribado, los que Burke y Halkett habían derribado y los que Jenkins, su anfitrión, no había logrado derribar. Aquello parecía una especie de monomanía sociable.

—Usted y su caza mayor—exclamó con tono agresivo dirigiéndose a Burke—. Cualquiera puede practicar la caza mayor. Un buen tirador practica la caza menor.

—Cierto—dijo interrumpiendo Horne Fisher—. Aunque si de ese arbusto pudiera salir volando un hipopótamo, o tuvieran elefantes voladores en la finca...

—Entonces hasta Jink podría darle a uno de esos pájaros—gritó sir Howard dando una hilarante palmada en la espalda a su anfitrión—. Hasta él podría dar a un almiar o a un hipopótamo.

—Oigan, amigos—dijo Fisher—. Quiero que me acompañen un momento y que disparen a otra cosa. No a un hipopótamo, sino a otro animal de una extraña clase que he encontrado en la finca. Se trata de un animal con tres patas y un ojo, y todos los colores del arco iris.

—¿De qué diantre está hablando?—preguntó Burke.

—Acompáñenme y lo verán—contestó Fisher con tono alegre.

Los tipos de esa clase raras veces rechazan una propuesta disparatada, ya que siempre andan buscando co-

sas nuevas. Solemnemente fueron a abastecerse de nuevas escopetas en la sala de armas y empezaron a avanzar en fila india detrás de su guía. Sólo sir Howard se detuvo, como embelesado, para señalar el célebre cenador dorado cuya veleta aún seguía torcida. Ya era casi de noche cuando llegaron al remoto parterre situado junto a los álamos, y aceptaron el juego de disparar al viejo blanco.

Los últimos rayos de luz parecían retirarse del césped, y los álamos recortados contra el crepúsculo eran como enormes penachos sobre una carroza fúnebre purpúrea, cuando la trivial procesión por fin dobló la curva y llegó frente al blanco. Sir Howard volvió a golpear a su anfitrión en el hombro, empujándolo en broma hacia delante para que disparara primero. El hombro y el brazo que tocó parecían anormalmente rígidos y angulares. El señor Jenkins sostenía su escopeta con la postura más torpe que habían visto o esperado sus satíricos amigos.

En ese mismo instante un grito espeluznante pareció surgir de la nada. Era tan sobrenatural y resultaba tan inadecuado en aquel escenario que parecía que hubiera sido proferido por alguna criatura inhumana que pasara volando por encima de ellos o los escuchara a escondidas desde el oscuro bosque que tenían detrás. Pero Fisher sabía que había empezado y acabado en los pálidos labios de Jefferson Jenkins, de Montreal, y en aquel momento nadie que tuviera ante sus ojos el rostro de Jefferson Jenkins lo habría tachado de corriente. A continuación un torrente de improperios guturales y amistosos emergieron de la boca del comandante Burke cuando éste y los otros dos hombres vieron lo que tenían delante. El blanco se alzaba en la sombría hierba como un oscuro duende sonriente,

y en efecto les sonreía, literalmente. Tenía un par de ojos, como dos estrellas, y en otros puntos similares de luz pálida se distinguían dos orificios abiertos y respingones y las dos comisuras de una boca ancha y cerrada. Unos cuantos puntos blancos por encima de cada ojo indicaban las cejas canosas, y una de ellas se arqueaba hacia arriba, casi tiesa. Era una excelente caricatura dibujada con líneas de puntos, y March sabía a quién correspondía. Brillaba en la hierba sombría, manchada de luminiscencia, como si un monstruo submarino se hubiera arrastrado hasta el jardín crepuscular; pero tenía la cabeza de un hombre muerto.

—Sólo es pintura luminosa—dijo Burke—. Nuestro amigo Fisher nos ha querido gastar una broma con esa sustancia fosforescente.

—Parece el viejo Puggy—observó sir Howard—. Está muy logrado.

Todos se rieron, salvo Jenkins. Cuando hubieron acabado, éste arrugó la nariz en un gesto que parecía el primer esfuerzo de un animal para reírse, y de pronto Horne Fisher se acercó a él a zancadas y dijo:

—Señor Jenkins, debo hablar con usted ahora mismo en privado.

Fue junto al pequeño arroyo del páramo, en la pendiente situada bajo el peñasco colgante, donde March se reunió con su nuevo amigo Fisher, mediante cita previa, poco después de que aquella escena desagradable y grotesca hubiera disuelto el grupo en el jardín.

—Ha sido una de mis travesuras—observó Fisher con voz triste—. He untado el blanco de fósforo; pero la única forma que tenía de sobresaltarlo era asustarlo bruscamente. Y cuando ha visto la cara a la que había disparado

brillar sobre el blanco con el que había estado practicando, toda iluminada con una luz infernal, ya lo creo que se ha sobresaltado. Lo suficiente para satisfacer mi inteligencia.

—Me temo que sigo sin entender qué ha hecho exactamente y por qué—dijo March.

—Pues debería—contestó Fisher con una sonrisa más bien sombría—, ya que fue usted mismo quien me dio la primera idea. Sí, sí, usted; y una idea muy aguda, por cierto. Dijo que un hombre no compraría emparedados para cenar en una gran mansión. Tenía razón, y de ahí podía deducirse que, si bien se dirigía a la mansión, no tenía intención de cenar allí. O en cualquier caso, que no iba a cenar allí. Inmediatamente se me ocurrió que tal vez esperaba que la visita resultaría desagradable, o que no iba a ser bien recibido, o algo que le impidiera ser acogido con hospitalidad. Entonces recordé que en el pasado Turnbull había sido una pesadilla para algunos personajes sospechosos, y que había llegado a identificar y denunciar a uno de ellos. Al principio las posibilidades apuntaban al anfitrión, es decir, a Jenkins. Ahora estoy moralmente seguro de que Jenkins fue el extranjero indeseable al que Turnbull quería condenar por otro asesinato, pero ya ha visto cómo el distinguido cazador guardaba otro tiro en la manga.

—Pero usted dijo que tenía que ser un tirador excelente—protestó March.

—Jenkins es un tirador excelente—dijo Fisher—. Un tirador excelente capaz de fingir una puntería malísima. ¿Quiere que le explique la segunda pista, después de la suya, que me hizo sospechar de Jenkins? Fue el comentario de mi primo sobre su mala puntería. Había volado la

escarapela de un sombrero y la veleta de un edificio. A mí me parece que hay que ser muy buen tirador para tener tan mala puntería. Hay que ser muy hábil para dar a la escarapela y no a la cabeza, y ni siquiera al gorro. Si realmente hubiera disparado al azar, había una posibilidad entre mil de que hubiera dado a unos objetos tan prominentes y pintorescos. Fueron escogidos precisamente porque son prominentes y pintorescos. Generan una anécdota digna de ir de boca en boca. Entonces conserva la veleta torcida en el cenador para perpetuar la anécdota y convertirla en leyenda. Y luego permanece al acecho con su malvado ojo y su perversa escopeta, bien emboscado tras la leyenda de su propia incompetencia.

—Pero eso no es todo. También está el cenador. Me refiero a todo lo que lo rodea. Todo lo que convierte a Jenkins en objeto de burla, los dorados y los colores chillones, y toda la vulgaridad que se supone que lo revela como un advenedizo. La verdad es que por regla general los advenedizos no se comportan así. Bien sabe Dios que no son pocos, y que son fáciles de detectar. Y eso es lo último que harían. Por regla general son lo bastante aplicados para saber qué es lo correcto y hacerlo; e inmediatamente ponen su cuerpo y su alma en manos de decoradores y expertos en arte, quienes se encargan de todo por ellos. Apenas queda un millonario vivo con el valor moral de exhibir un monograma dorado en una silla como la de la sala de armas. Y además del monograma está el nombre. Nombres como Tompkins, Jenkins y Jinks resultan divertidos sin ser vulgares; quiero decir que son vulgares sin ser comunes. Si lo prefiere, son corrientes sin ser comunes. Son precisamente la clase de apellidos que uno adoptaría para

parecer normal, pero en realidad son bastante extraordinarios. ¿Conoce usted a mucha gente que se llame Tompkins? Es mucho más raro que Talbot. Y sucede lo mismo con la cómica indumentaria del advenedizo. Jenkins viste como un polichinela. Pero eso se debe a que en realidad es un polichinela. Me refiero a que es un personaje imaginario. Un animal fabuloso. No existe.

—¿Ha pensado alguna vez qué se debe de sentir siendo un hombre que no existe? Me refiero a un hombre con un carácter imaginario que debe mantener a expensas no sólo de sus talentos personales: una nueva clase de hipócrita que oculta un talento en una nueva clase de servilleta. Este hombre ha escogido su hipocresía de un modo muy ingenioso; y muy nuevo. Un sutil villano se ha disfrazado de elegante caballero, digno empresario, filántropo y santo; pero los cuadros chillones de un pequeño y cómico bellaco en realidad no eran sino otro disfraz. Aunque ese disfraz debe de resultar muy fastidioso para un hombre que sí posee aptitudes. He aquí un pequeño granuja hábil y cosmopolita capaz de hacer muchas cosas, no sólo disparar, sino también pintar, y probablemente tocar el violín. A un hombre así podría resultarle útil ocultar sus talentos; pero jamás podría evitar querer utilizarlos cuando resultaran inútiles. Si sabe dibujar, dibujará distraídamente sobre papel secante. Me temo que este granuja ha dibujado el rostro del pobre Puggy más de una vez sobre papel secante. Tal vez empezó a hacerlo en esbozos, como después hizo con puntos, o con disparos, mejor dicho. Venía a ser lo mismo; encontró un blanco abandonado en una zona desierta y no pudo resistir la tentación de permitirse unos cuantos disparos a escondidas, como unos

tragos a escondidas. A usted le pareció que los disparos se hallaban desperdigados de forma irregular, y así era; pero no por casualidad. No había dos distancias iguales; pero los distintos puntos estaban exactamente allí donde él quería ponerlos. No hay nada que requiera una precisión tan matemática como una disparatada caricatura. Yo he intentado dibujar un poco, y le aseguro que poner un punto allí donde uno quiere es como obrar un milagro con una pluma sobre un papel. Y fue un milagro hacerlo desde el otro extremo de un jardín y con una escopeta. Pero un hombre que es capaz de obrar esa clase de milagros siempre se morirá por obrarlos, aunque sea en secreto.

Tras una pausa, March observó meditabundo:

—Pero no pudo haberlo abatido como a un pájaro con una escopeta tan pequeña.

—No; por eso entré en la sala de armas—contestó Fisher—. Lo hizo con uno de los rifles de Burke, y a Burke le pareció reconocer el sonido del disparo. Por eso salió corriendo sin su sombrero, como loco. Sólo vio un automóvil que pasaba de largo rápidamente, lo siguió durante un trecho, y llegó a la conclusión de que se había confundido.

Hubo otro instante de silencio durante el cual Fisher se sentó sobre una enorme piedra, tan inmóvil como en el momento en que se habían conocido, y contempló cómo el río gris y plateado discurría por debajo de los arbustos formando remolinos. Entonces March dijo con brusquedad:

—Naturalmente ahora él sabe la verdad.

—La verdad no la conoce nadie salvo usted y yo—contestó Fisher con cierto relajamiento en la voz—. Y no creo que usted y yo nos peleemos nunca.

—¿Qué quiere decir?—preguntó March, con voz alterada—. ¿Qué ha hecho al respecto?

Horne Fisher siguió mirando fijamente los remolinos del arroyo. Y al final dijo:

—La policía ha demostrado que fue un accidente de automóvil.

—Pero usted sabe que no lo fue.

—Ya le he dicho que sé demasiado—contestó Fisher sin apartar los ojos del río—. Sé eso y un montón de cosas más. Conozco este ambiente y sé cómo funciona todo. Sé que ese tipo ha conseguido convertirse en algo irremediablemente corriente y cómico. Sé que no se puede intentar perseguir al viejo Toole o a Little Tich. Si dijera a Hoggs o a Halkett que el viejo Jink era un asesino, se morirían de risa delante de mis narices. No digo que su risa sea inocente, aunque sí es auténtica a su manera. Ellos quieren al viejo Jinks, y no podrían prescindir de él. No digo que yo sea inocente. Hoggs me cae bien; no quiero verlo en la miseria; y estaría acabado si Jink no pudiera pagar su corona. En las últimas elecciones estuvieron endemoniadamente cerca de la victoria. Pero la única objeción auténtica es que es imposible. Nadie se lo creería; no encaja. La veleta torcida siempre haría que la gente lo considerara un chiste.

—¿Y no cree que eso es infame?—preguntó March en voz baja.

—Yo creo muchas cosas—contestó el otro—. Si la gente como usted dinamitara toda la maraña social, tampoco creo que el género humano perdiera demasiado. Pero no sea muy duro conmigo sólo porque sé en qué consiste la sociedad. Por eso dedico mi tiempo a observar cosas como el pescado pestilente.

Hubo una pausa mientras volvía a acomodarse junto al arroyo; y entonces añadió:

—Ya le he dicho antes que tenía que volver a tirar los peces gordos.

II
EL PRÍNCIPE FUGITIVO

Este cuento comienza entre una maraña de cuentos en torno a un nombre que es al mismo tiempo reciente y legendario. El nombre en cuestión es el de Michael O'Neill, popularmente llamado príncipe Michael, en parte porque él mismo aseguraba descender de antiguos príncipes fenianos, y en parte porque se le atribuía un plan para autoproclamarse príncipe presidente de Irlanda, tal como hiciera en Francia el último Napoleón. Sin duda era un caballero de honorable linaje y de no pocas habilidades, pero dos de esas habilidades destacaban sobre las demás. Poseía un talento especial para aparecer cuando nadie lo buscaba y desaparecer cuando lo buscaban, sobre todo cuando quien lo buscaba era la policía. Podría añadirse que sus desapariciones no eran más peligrosas que sus apariciones. En estas últimas casi nunca pasaba de lo vistoso: pegar carteles sediciosos, arrancar carteles oficiales, pronunciar discursos ampulosos o desplegar banderas prohibidas. Pero para llevar a cabo las primeras, a veces luchaba por su libertad con una energía sorprendente, de la cual algunos hombres tenían la suerte de escapar con la crisma rota en lugar de con el pescuezo retorcido. Sin embargo, sus fugas más famosas no se basaban en la violencia, sino en la destreza. Una clara mañana de verano en que avanzaba por una carretera rural llena de polvo, se detuvo un momento a la entrada de una granja y dijo a la hija del granjero, con elegante indiferencia, que la policía de

la zona iba tras él. La muchacha se llamaba Bridget Royce, y poseía una belleza sombría e incluso triste. Le lanzó una turbia mirada, como si dudara de él, y dijo:

—¿Quiere que lo esconda?

Él se limitó a reír, saltó ágilmente por encima del muro de piedra y avanzó a zancadas hacia la granja, sin decir nada más que estas palabras por encima del hombro:

—Gracias, pero por regla general puedo esconderme yo solo.

Y al hacer esto demostró un trágico desconocimiento de la naturaleza femenina; y en ese instante una sombra de fatalidad cayó en su camino soleado.

Mientras entraba en la granja la muchacha permaneció unos momentos mirando la carretera, y dos agentes sudorosos llegaron exhaustos hasta la puerta donde ella se encontraba. Si bien aún estaba enfadada, guardó silencio, y al cabo de un cuarto de hora los agentes ya habían registrado la casa y estaban inspeccionando el huerto y el trigal que había detrás. En el primer arranque de rabia le habrían entrado ganas de señalar el camino seguido por el fugitivo, pero, al igual que los agentes, no tenía ni idea de hacia dónde podía haber ido. El huerto estaba cercado por un muro muy bajo, y el trigal de detrás se hallaba inclinado como una parcela cuadrada sobre una colina verde en la que aún se le podría haber visto como un punto en la lejanía. Todo estaba en su sitio habitual; el manzano era demasiado pequeño para aguantar u ocultar a alguien que hubiera trepado a él; el único cobertizo que había estaba abierto y visiblemente vacío; no se oía nada salvo el zumbido de las moscas estivales y el revoloteo ocasional de un pájaro lo bastante inexperto en el lugar para dejarse

sorprender por el espantapájaros; apenas había sombra alguna salvo unas pocas líneas azules que caían del delgado árbol; cada detalle destacaba a la radiante luz del día como ampliado por la lente de un microscopio. Luego la muchacha describió la escena, con el apasionado realismo propio de su clase, y aunque los agentes no apreciaran de igual modo los detalles pintorescos, sí conocían al menos los hechos, y se vieron obligados a abandonar la persecución y a retirarse del escenario. Bridget Royce se quedó como extasiada, mirando el huerto soleado en el que un hombre se había esfumado como un hada. Seguía de mal humor, y aquel milagro adoptó en su mente un carácter hostil y amenazador, como si el hada fuera decididamente un hada malvada. El sol que iluminaba el jardín rutilante la entristecía más que la oscuridad, pero no apartó la mirada. Entonces el mundo entero se quedó pasmado y ella soltó un grito. El espantapájaros se movió a la luz del sol. Había permanecido de espaldas a ella, con su viejo sombrero negro y ajado y la ropa hecha jirones, y ante sus ojos se alejó dando zancadas a través de la colina con los andrajos colgando.

No analizó el audaz truco con el que el fugitivo había sacado provecho de los sutiles efectos de lo esperado y lo evidente; seguía bajo la nube de unas complejidades más individuales, y sobre todo se fijó en que el espantapájaros ni siquiera se había vuelto a mirar la granja. Y las Parcas, que eran tan adversas a su fantástica carrera por la libertad, quisieron que su siguiente aventura, si bien tuvo el mismo éxito en otro aspecto, resultara más peligrosa en éste. Entre las muchas aventuras de esta suerte que se le atribuyen, también se cuenta que días después otra

muchacha, llamada Mary Cregan, lo encontró escondido en la granja en la que trabajaba; y si la historia es cierta, también debió de llevarse el susto propio de una asombrosa experiencia, pues mientras llevaba a cabo alguna de sus solitarias tareas en el corral oyó una voz que procedía del pozo, y vio que el excéntrico desconocido se las había ingeniado para meterse en el cubo ligeramente arriado, ya que el pozo no estaba lleno del todo. Esta vez, sin embargo, el fugitivo tuvo que llamar a la mujer para que subiera la cuerda. Y dicen que cuando la noticia llegó a oídos de la otra mujer su alma cruzó la frontera de la traición.

Éstas son al menos las historias que se contaban de él en el campo, y había muchas más, como aquella en la que se plantó con insolencia en la escalinata de un importante hotel, envuelto en un espléndido albornoz, y a continuación hizo correr tras él a la policía a través de una larga sucesión de lujosas habitaciones hasta llegar por fin a su dormitorio y a un balcón que colgaba por encima del río. Cuando los perseguidores salieron al balcón, éste cedió bajo sus pies, y los agentes cayeron en tropel y se hundieron en las aguas arremolinadas, mientras Michael, que se había deshecho del albornoz y zambullido en el río, logró escapar a nado. Dijeron que había serrado con cuidado los puntales del balcón para que no pudieran soportar lo que pesa un agente de policía. También en este caso tuvo suerte en un primer momento pero resultó desafortunado a la postre, pues dicen que uno de los agentes se ahogó, y el odio de su familia abrió una pequeña grieta en su popularidad. Hoy estas historias pueden contarse con bastante detalle, no porque sean las más maravillosas de sus muchas aventuras, sino porque son las únicas que no fue-

ron silenciadas por la lealtad de los campesinos. Son las únicas que se abrieron camino hasta los informes oficiales, y son las que estaban leyendo y comentando tres de los principales funcionarios del gobierno del país cuando comienza la parte más sorprendente de esta historia.

Era ya de madrugada y las luces brillaban en la casa habilitada temporalmente como comisaría de policía, cerca de la costa. A un lado se alzaban las últimas casas del pueblo diseminado, y al otro no había nada más que un páramo baldío que se extendía hacia el mar, cuya línea sólo se veía interrumpida por una torre solitaria del estilo prehistórico que aún se encuentra en Irlanda, delgada como una columna y puntiaguda como una pirámide. A una mesa de madera que había frente a la ventana que daba a este paisaje, se sentaban dos hombres vestidos con ropa sencilla y cierto porte militar, pues eran los dos jefes del servicio de detectives de aquella región. El mayor de ambos, tanto por edad como por grado, era un hombre robusto con una barba blanca y corta y unas cejas glaciales fijadas en un ceño que expresaba más preocupación que seriedad.

Se llamaba Morton, y era un tipo de Liverpool que llevaba tiempo encurtido en las luchas de los irlandeses, cumpliendo con su obligación entre ellas con disposición avinagrada aunque no del todo antipática. Había dicho algunas frases a su compañero, Nolan, un hombre alto y moreno de cadavérico rostro equino y típicamente irlandés, cuando pareció recordar algo y tocó un timbre que sonó en otra habitación. El subalterno al que había llamado se presentó de inmediato con un fajo de papeles en la mano.

—Siéntese, Wilson—dijo Morton—. Supongo que ésas son las declaraciones.

—Sí—contestó el tercer funcionario—. Creo que tengo todo lo que se les podía sacar, de modo que he enviado a los agentes.

—¿Ha declarado Mary Cregan?—preguntó Morton con el ceño más fruncido que de costumbre.

—No, pero sí su patrón—respondió el tipo llamado Wilson, que tenía el pelo rojo y un rostro feo, pálido y anguloso—. Creo que pretende a la muchacha y haría cualquier cosa por deshacerse de un posible rival. Siempre hay un motivo de esa clase cuando se nos cuenta la verdad sobre algo. Y seguro que la otra muchacha dijo la verdad.

—Bueno, esperemos que nos sirvan de algo—observó Nolan, con un tono un tanto desesperanzado, mirando por la ventana hacia la oscuridad.

—Cualquier cosa que nos proporcione información sobre él resultará útil—dijo Morton.

—¿Sabemos algo de él?—preguntó el melancólico irlandés.

—Sabemos una cosa—dijo Wilson—, que es lo que hasta ahora nadie sabía. Dónde está.

—¿Está seguro?—inquirió Morton, mirándolo con dureza.

—Sí, bastante—contestó su ayudante—. En este preciso instante está en esa torre de ahí, en la costa. Si se acerca lo suficiente verá cómo brilla una vela en la ventana.

Mientras hablaba sonó un claxon en la carretera, y al cabo de un momento oyeron la vibración de un automóvil que se había detenido frente a la puerta. Inmediatamente Morton se puso en pie de un salto.

—Gracias a Dios, es el coche de Dublín—dijo—. No puedo hacer nada sin un permiso especial, aunque estu-

viera sentado en lo alto de la torre enseñándonos la lengua. Pero el jefe puede hacer lo que considere oportuno.

Salió corriendo a la entrada y se puso a intercambiar saludos con un tipo alto y apuesto envuelto en un abrigo de piel, que trajo a la pequeña y lúgubre comisaría el indescriptible brillo de las grandes ciudades y los lujos del mundo cosmopolita.

Y es que se trataba de sir Walter Carey, un funcionario que gozaba de tal prestigio en el castillo de Dublín que nada que no fuera el caso del príncipe Michael lo habría llevado a emprender aquel viaje en plena noche. Pero daba la casualidad de que el caso del príncipe Michael no sólo resultaba complejo por su ilegalidad sino también por su alegalidad. En la última ocasión se había escapado gracias a una objeción forense, y no mediante una aventura personal, como tenía por costumbre; de modo que nadie sabía si en aquel momento era responsable o no ante la ley. Tal vez habría que hacer una excepción, pero un hombre como sir Walter era capaz de hacer todas las que hicieran falta.

La incógnita de si tenía o no esa intención merecía especial consideración. Pese al lujo casi agresivo del abrigo de piel, pronto se hizo patente que la imponente cabeza leonina de sir Walter servía para algo y no era un mero adorno, y así se puso a considerar el asunto seria y sensatamente. Alrededor de la sencilla mesa de negociaciones había cinco sillas, pues sir Walter no podía por menos de ir acompañado de su joven pariente y secretario Horne Fisher. Sir Walter escuchó con seria atención, y su secretario con educado aburrimiento, la sarta de episodios mediante los cuales la policía había seguido la pista del re-

belde fugitivo desde la escalinata del hotel hasta la solitaria torre junto al mar. Al menos allí estaba acorralado entre el páramo y las olas; y el explorador enviado por Wilson le había informado que escribía a la luz de una solitaria vela, tal vez redactando otra de sus tremendas proclamas. Por supuesto habría sido muy propio de él escoger aquella torre como último escondrijo donde acabar acorralado. Tenía algún derecho remoto de propiedad sobre ella, como si de un castillo familiar se tratara; y aquellos que lo conocían lo creían capaz de emular a los jefes de los clanes irlandeses que caían al mar luchando.

—Mientras entraba he visto salir a una gente de aspecto extraño—dijo sir Walter Carey—. Supongo que eran sus testigos. Pero ¿por qué se presentan aquí a estas horas de la noche?

Morton sonrió forzadamente.

—Vienen de noche porque serían gente muerta si lo hicieran de día. Son delincuentes que han cometido un delito que aquí se considera más atroz que el robo o el asesinato.

—¿A qué clase de delito se refiere?—preguntó sir Walter con cierta curiosidad.

—Al de colaborar con la ley—dijo Morton.

Hubo un silencio, y sir Walter examinó los documentos que tenía delante con ojos abstraídos. Al final habló.

—Muy bien; pero vamos a ver, si la opinión pública es tan sensible, habría que considerar muchas cuestiones. Creo que la nueva ley me permitirá echarle el guante ahora si lo creo conveniente. Pero ¿resulta conveniente? Un levantamiento serio no nos haría ningún favor en el Parlamento, y el gobierno tiene enemigos en Inglaterra, así

como en Irlanda. No serviría de nada llevar a cabo una drástica intervención si con ello provocamos una revolución.

—Es al revés—dijo el hombre llamado Wilson bastante aprisa—. La revolución no será ni la mitad de turbulenta si lo detiene que si lo deja en libertad tres días más. De todos modos, ahora ya no hay nada de lo que no pueda encargarse la policía.

—El señor Wilson es londinense—dijo el detective irlandés con una sonrisa.

—Soy *cockney*,[5] sí—contestó Wilson—, y creo que precisamente por eso estoy más capacitado. Sobre todo para este trabajo, por extraño que parezca.

Sir Walter se mostró ligeramente divertido ante la pertinacia del tercer funcionario, y tal vez incluso más divertido ante el ligero acento con el que hablaba, que hacía bastante innecesarios aquellos alardes sobre su origen.

—¿Pretende decirnos que sabe usted más sobre estos asuntos sólo porque es de Londres?—preguntó.

—Resulta extraño, lo sé, pero eso creo—contestó Wilson—. Creo que estos asuntos requieren métodos nuevos. Pero lo que requieren sobre todo es una mirada nueva.

Los funcionarios superiores se rieron, y el pelirrojo prosiguió con una pizca de mal genio:

—A ver, examinen los hechos. Fíjense en cómo escapó el individuo en cada ocasión y entenderán lo que quiero decir. ¿Por qué logró permanecer en el sitio del espantapájaros, sin nada que lo ocultara salvo un viejo sombre-

[5] Oriundo del East End de Londres, tradicionalmente de clase obrera. (*N. del T.*)

ro? Porque uno de los agentes del pueblo sabía que el espantapájaros estaba allí, lo esperaba, y por lo tanto no le prestó atención. Sin embargo yo nunca espero ver un espantapájaros. Nunca he visto uno en la calle, y cuando veo uno en el campo me lo quedo mirando. Para mí es algo nuevo y digno de ser observado. Y sucedió lo mismo cuando se escondió en el pozo. En esa clase de lugares uno se acostumbra a encontrar un pozo; va a buscar el pozo y por lo tanto no lo ve. Yo no lo busco, y por lo tanto sí lo miro.

—Sin duda es una idea interesante—dijo sir Walter sonriendo—, pero ¿qué me dice del balcón? En Londres se ven balcones de vez en cuando.

—Pero no ríos debajo de ellos, como en Venecia—contestó Wilson.

—Otra idea nueva, sí señor—repitió sir Walter con tono respetuoso. Le encantaban las ideas nuevas, como a cualquier miembro de las clases pudientes. Sin embargo también tenía criterio, y se inclinó a pensar, tras la debida reflexión, que también se trataba de una buena idea.

El avance del amanecer ya había teñido de gris los negros cristales de la ventana cuando sir Walter se puso en pie bruscamente. Los demás también se levantaron, interpretando aquello como una señal que indicaba que había que llevar a cabo la detención. Pero su líder permaneció un instante meditabundo, como si fuera consciente de haber llegado a una encrucijada.

De pronto el silencio fue interrumpido por un prolongado y lastimero grito procedente del oscuro páramo. El silencio que lo siguió resultó más alarmante que el propio chillido, y duró hasta que Nolan dijo, jadeante:

—Es la *banshee*.[6] A alguien le espera la muerte.

Su rostro alargado, de bastas facciones, estaba pálido como la luna, y resultaba fácil recordar que era el único irlandés de la habitación.

—Yo conozco a esa *banshee*—dijo Wilson con tono animado—, aunque ustedes crean que no sé nada de esas cosas. He hablado con ella hace una hora, y la he enviado a la torre y le he dicho que cantara de este modo si lograba vislumbrar a nuestro amigo escribiendo su proclama.

—¿Se refiere a esa muchacha, Bridget Royce?—preguntó Morton frunciendo sus glaciales cejas—. ¿Se ha prestado a declarar hasta ese punto?

—Sí—respondió Wilson—. Sé muy poco de estas cuestiones locales, pero me parece que una mujer resentida es igual en todos los países.

No obstante, Nolan seguía mostrándose malhumorado y distinto a como solía ser.

—Ese ruido es tan inquietante como todo este asunto—dijo—. Si realmente esto supone el fin del príncipe Michael, también podría suponer el fin de otras cosas. Cuando el espíritu se apodere de él podría escapar por una escalera para muertos y caminar sobre ese mar aunque sus aguas fueran sangre.

—¿Es ése el verdadero motivo de su beata inquietud?—preguntó Wilson con un ligero tono de desdén.

El pálido rostro del irlandés se ensombreció con un nuevo arranque de ira.

[6] En la mitología céltica, espíritu de mujer cuyo llanto presagiaba una muerte. (*N. del T.*)

—Me he enfrentado a tantos asesinos en County Clare como usted en Chapham Junction, mister Cockney— dijo.

—Silencio, por favor—dijo Morton con dureza—. Wilson, no tiene ningún derecho a poner en duda la conducta de un superior. Espero que demuestre usted ser tan valiente y digno de confianza como él se ha mostrado siempre.

El pálido rostro del pelirrojo palideció un poco más aún, pero se mantuvo callado y tranquilo, y sir Walter se acercó a Nolan con notable cortesía y dijo:

—¿Salimos ya y acabamos de una vez con esto?

El alba se había desperezado dejando un amplio abismo blanco entre una inmensa nube gris y la inmensa llanura gris, más allá de la cual la torre se recortaba contra el amanecer y el mar.

En su forma sencilla y primitiva había algo que insinuaba ligeramente cómo debía de ser el alba en los primeros días de la tierra, en una época prehistórica en la que ni siquiera los colores habían sido aún creados del todo, y sólo existía la blanca luz del sol entre las nubes y el barro. Sólo una mancha dorada rompía la monotonía de esos colores apagados: la llama de la vela encendida junto a la ventana de la torre solitaria, que seguía brillando a la luz del día cada vez más intensa. Mientras el grupo de detectives, seguido de un cordón de agentes de policía, se desplegaba en forma de media luna para obstaculizar cualquier vía de escape, la luz de la torre centelleó como si se moviera un instante, y luego se apagó. Pensaron que el fugitivo se había dado cuenta de que era de día y había apagado la vela.

—Hay otras ventanas, ¿verdad?—preguntó Mor-

ton—. Y tiene que haber una puerta a la vuelta de la esquina. Sólo que en una torre redonda no hay esquinas.

—Otro ejemplo de mi pequeña teoría—observó Wilson en voz baja—. Esta extraña torre fue lo primero que vi cuando llegué a este lugar; y puedo contarles algunas cosas más sobre ella; o por lo menos sobre su exterior. En total hay cuatro ventanas, y una de ellas está un poco apartada de ésta y desde aquí no se ve. Ambas están en la planta baja, al igual que la tercera, que se halla en el otro lado y forma con las dos primeras una especie de triángulo. Pero la cuarta está justo encima de la tercera, y supongo que corresponde a un piso superior.

—No es más que una especie de desván al que se accede mediante una escalera de mano—dijo Nolan—. Yo había jugado ahí dentro cuando era pequeño. Es sólo una nave vacía—. Y su triste rostro se entristeció aún más pensando quizá en la tragedia de su país y en el papel que él interpretaba.

—Sea como fuere, el sujeto debe de haber conseguido una mesa y una silla—dijo Wilson—, pero sin duda podría haberlos sacado de alguna casa de por aquí. Si me permite una sugerencia, señor, creo que deberíamos acercarnos a los cinco accesos a la vez, por así decirlo. Uno de nosotros debería ir a la puerta y los demás uno a cada ventana; Macbride trae una escalera de mano para llegar a la ventana de arriba.

El señor Horne Fisher se volvió lánguidamente hacia su distinguido pariente y habló por vez primera.

—Me acabo de convertir a la escuela *cockney* de psicología—dijo con un hilo de voz casi inaudible.

Los demás parecieron sentir la misma influencia de

modos distintos, pues el grupo comenzó a separarse tal como Wilson había indicado. Morton avanzó hacia la ventana situada inmediatamente delante de ellos, donde el forajido oculto acababa de apagar la vela; Nolan, un poco más hacia el oeste, donde se hallaba la siguiente ventana; y entretanto Wilson, seguido de Macbride, quien llevaba la escalera de mano, daba la vuelta hasta las dos ventanas de la parte posterior. Sir Walter Carey, seguido de su secretario, comenzó a rodear la torre hasta la única puerta existente para poder pedir que lo dejaran entrar de una forma más corriente.

—Naturalmente irá armado—observó sir Walter con tono despreocupado.

—Por lo que dicen—contestó Horne Fisher—, es capaz de hacer más cosas con un candelabro que la mayoría de hombres con una pistola. Pero seguro que también tiene la pistola.

Mientras hablaba la pregunta fue respondida con una lengua de trueno. Morton acababa de colocarse frente a la ventana más cercana, obstruyendo la abertura con sus anchos hombros. Durante un instante el interior se iluminó con una especie de llama roja, seguida de una atronadora multitud de ecos. El torso fornido pareció cambiar de forma, y la robusta figura cayó entre la alta maleza que crecía al pie de la torre. Una bocanada de humo salió flotando desde la ventana como una pequeña nube. Los dos hombres corrieron hacia el lugar y lo levantaron del suelo, pero estaba muerto.

Sir Walter se enderezó y gritó algo que se ahogó en otro ruido de disparos; era posible que la policía ya estuviera vengando la muerte de su compañero desde el otro

lado. Fisher ya había ido corriendo a la siguiente ventana, y un nuevo grito de asombro procedente de sus labios atrajo a su jefe al mismo lugar. Nolan, el policía irlandés, también había caído, desparramado cuan largo era sobre la hierba y cubierto de sangre. Aún vivía cuando llegaron hasta él, pero tenía la muerte en el rostro, y sólo pudo esbozar un gesto final que les indicó que todo había terminado; y así, con una palabra entrecortada y un esfuerzo heroico, les indicó el punto donde sus demás compañeros estaban cercando la torre. Aturdidos por aquella rápida sucesión de fuertes impresiones, los dos hombres sólo pudieron obedecer vagamente el gesto del moribundo, y cuando por fin lograron llegar a las ventanas de la parte posterior, descubrieron una escena igualmente asombrosa, aunque no tan trágica y extrema. Los otros dos agentes no estaban muertos o fatalmente heridos, pero Macbride estaba tendido en el suelo con una pierna rota y la escalera de mano encima, sin duda arrojada desde la ventana superior de la torre; Wilson estaba boca abajo, totalmente inmóvil, como si hubiera perdido el sentido, con su pelirroja cabeza entre el gris y el plata del acebo marino. Sin embargo su impotencia sólo era momentánea, ya que empezó a moverse y a levantarse cuando los demás aparecieron de detrás de la torre.

—¡Dios mío! ¡Parece una explosión!—gritó sir Walter; y sin duda ésa era la única palabra adecuada para describir la energía sobrenatural con la que un hombre solo había podido repartir muerte y destrucción en tres lados del mismo triángulo al mismo tiempo.

Wilson ya se había puesto en pie, y con una energía magnífica saltó de nuevo hacia la ventana, revólver en

mano. Disparó dos veces hacia la abertura y a continuación desapareció entre el humo; pero el ruido de sus pies y el impacto de una silla al caerse les indicó que el intrépido londinense había logrado entrar en la habitación. Hubo un curioso silencio; sir Walter se encaminó hacia la ventana a través del humo que ya se iba disipando y miró al interior de la nave vacía de la antigua torre. Allí no había nadie, salvo Wilson mirando a su alrededor.

El interior de la torre era una sola habitación vacía, con tan sólo una modesta silla de madera y una mesa sobre la que había plumas, tinta, papel y un candelabro. A media altura de la pared había una rudimentaria plataforma de madera que quedaba por debajo de la ventana superior, un pequeño desván que parecía más bien una espaciosa nave. Sólo podía accederse a él mediante una escalera de mano, y parecía tan desnudo como las paredes. Wilson completó su inspección del lugar y fue a echar un vistazo a los objetos de la mesa. A continuación apuntó con su delgado dedo índice la página abierta del enorme cuaderno. El escritor había dejado de escribir súbitamente, e incluso había dejado una palabra a medias.

—Antes he dicho que parecía una explosión—dijo por fin sir Walter Carey—. Pero lo cierto es que lo que parece haber estallado de repente es el propio individuo. De algún modo debe de haber saltado por los aires sin tocar la torre. Ha reventado más como una burbuja que como una bomba.

—Pues ha tocado otras cosas más valiosas que la torre—dijo Wilson con un tono sombrío.

Hubo un largo silencio, y entonces sir Walter dijo, con voz seria:

—Bien, señor Wilson, yo no soy detective, y estos desafortunados sucesos lo han colocado a usted al frente de este asunto. Todos lamentamos las causas de esta situación, pero quiero que sepa que tengo plena confianza en su capacidad para llevar a cabo el trabajo. ¿Qué cree que deberíamos hacer ahora?

Wilson pareció despertar de su abatimiento y agradeció aquellas palabras con una cortesía más calurosa que la que había mostrado con nadie hasta entonces. Llamó a algunos agentes para que ayudaran a inspeccionar el interior de la torre, y dejó que los demás se dispersaran fuera formando un grupo de búsqueda.

—Creo que lo primero que hay que hacer es registrar bien el interior—dijo—, ya que físicamente resulta casi imposible que haya podido salir. Supongo que el pobre Nolan habría sacado a su *banshee* y habría alegado poderes sobrenaturales. Pero a mí no me interesan los espíritus incorpóreos cuando trato con hechos. Y los hechos que tengo delante son una torre vacía con una escalera de mano, una silla y una mesa.

—Un espiritista diría que un espíritu puede sacar mucho provecho de una mesa—dijo sir Walter con una sonrisa.

—Eso diría yo si el espíritu estuviera encima de la mesa, dentro de una botella—contestó Wilson frunciendo sus pálidos labios—. La gente de por aquí es capaz de creer tales cosas, cuando se hincha de whisky irlandés. Creo que este país necesita un poco de educación.

Los pesados párpados de Horne Fisher aletearon en un débil intento de levantarse, como si quisiera soltar una perezosa protesta contra el tono desdeñoso del detective.

—Los irlandeses creen demasiado en los espíritus para creer en el espiritismo—murmuró—. Saben demasiado sobre ellos. Si quieren encontrar una fe ingenua e infantil en cualquier espíritu que se precie, vayan a su querida Londres.

—Yo no quiero encontrar nada—dijo Wilson de manera cortante—. Lo que digo es que me enfrento a cosas mucho más sencillas que su ingenua fe: una mesa, una silla y una escalera. Lo que quiero decir sobre ellas en primer lugar es lo siguiente. Las tres están hechas de madera, y bastante toscamente. Pero la mesa y la silla se ven bastante nuevas y limpias comparadas con la escalera, que está llena de polvo y tiene una telaraña bajo el último travesaño. Eso significa que las dos primeras las sacó hace poco de alguna casa, tal como suponíamos, pero la escalera lleva ya mucho tiempo en este viejo basurero podrido. Tal vez perteneciera al mobiliario original, una reliquia en este espléndido palacio de reyes irlandeses.

De nuevo Fisher lo miró desde debajo de sus párpados, pero parecía demasiado soñoliento para hablar, y Wilson prosiguió su razonamiento.

—Queda claro que aquí acaba de suceder algo muy extraño. Hay una posibilidad entre diez, creo yo, de que guarde especial relación con este lugar. Tal vez vino aquí porque sólo podía hacerlo aquí; no parece un sitio muy acogedor para otra cosa. Pero el sujeto lo conocía desde hacía tiempo; dicen que perteneció a su familia, de modo que en general, a mi juicio, todo indica que se trata de algo relacionado con la construcción de la torre.

—Su razonamiento me parece excelente—dijo sir Walter, que escuchaba atentamente—. Pero ¿qué puede ser?

—Ahora entenderán lo que quería decir al mencionar la escalera—prosiguió el detective—; es el único mueble viejo que hay aquí y lo primero que llamó mi atención de *cockney*. Pero hay algo más. Ese desván es una especie de trastero pero sin trastos. Por lo que veo, está tan vacío como el resto de la torre, de modo que no entiendo por qué tiene que haber una escalera para subir ahí. Así pues, ya que aquí abajo no encuentro nada fuera de lo corriente, creo que tal vez merecería la pena ir a mirar arriba.

Se levantó bruscamente de la mesa sobre la que estaba sentado (pues la única silla que había la tenía sir Walter) y subió rápidamente la escalera hasta la plataforma. Los demás no tardaron en seguirle, el señor Fisher a la cola, con aspecto despreocupado.

Llegados a ese punto, estaban destinados a llevarse una desilusión; Wilson husmeó como un terrier en todos los rincones y examinó el tejado casi adoptando la postura de una mosca, pero al cabo de media hora tuvieron que admitir que seguían sin una sola pista. El secretario particular de sir Walter parecía cada vez más asediado por un sueño inoportuno, y habiendo sido el último en subir la escalera, ahora parecía carecer de la energía suficiente para bajarla.

—Vamos, Fisher—gritó sir Walter desde abajo, cuando los demás ya habían llegado—. Debemos considerar la posibilidad de echar abajo la torre para ver de qué está hecha.

—Ahora bajo—dijo la voz desde la repisa por encima de sus cabezas; una voz que hacía pensar en un bostezo.

—¿A qué espera?—preguntó sir Walter, impaciente—. ¿Ve algo ahí arriba?

—Sí, bueno, en cierto modo—contestó la voz vagamente—. De hecho ahora lo veo bastante bien.

—¿Qué es?—preguntó Wilson con brusquedad desde la mesa sobre la que estaba sentado, entrechocando sus talones con inquietud.

—Pues, un hombre—dijo Horne Fisher.

Wilson bajó de la mesa de un salto, como si alguien le hubiera dado una patada.

—¿Qué quiere decir?—gritó—. ¿Cómo puede ver a un hombre?

—Lo veo a través de la ventana—contestó el secretario con voz suave—. Veo cómo viene derecho hacia la torre. Es evidente que viene a hacernos una visita. Y si es quien parece ser, tal vez lo más educado por nuestra parte sería colocarnos en la puerta para recibirlo.

Y a continuación, el secretario bajó la escalera sin prisas.

—¡Si es quien parece ser!—repitió sir Walter con gran asombro.

—Bueno, creo que es el hombre al que ustedes llaman príncipe Michael—observó el señor Fisher como si tal cosa—. De hecho, estoy seguro de que es él. He visto los retratos que tiene la policía.

Hubo un silencio absoluto, y la cabeza de sir Walter, normalmente firme sobre sus hombros, parecía dar vueltas como las aspas de un molino.

—Pero, ¡caray!—dijo por fin—. Aun suponiendo que su propia explosión lo hubiera arrojado a medio kilómetro de aquí, sin atravesar ninguna ventana, y lo hubiera dejado con suficiente vida para pasearse por el campo, ¿por qué demonios iba a echar a andar en esta direc-

ción? Por regla general el asesino nunca regresa a la escena del crimen tan rápidamente.

—Es que aún no sabe que es la escena de su crimen—contestó Horne Fisher.

—¿A qué diablos se refiere? Le atribuye usted una distracción bastante peculiar.

—Bueno, lo cierto es que no es exactamente la escena de su crimen—dijo Fisher, y se asomó a mirar por la ventana.

Hubo otro silencio, y entonces sir Walter dijo en voz baja:

—¿Qué idea tiene en la cabeza, Fisher? ¿Acaso ha desarrollado una nueva teoría sobre cómo ese tipo escapó del cerco que se le tendía?

—Es que no llegó a escapar—contestó el hombre asomado a la ventana sin volverse—. No escapó del cerco porque nunca estuvo dentro de él. No estaba en esta torre, al menos mientras nosotros la cercábamos.

Se volvió y se apoyó contra la ventana, pero pese a su habitual languidez, los demás casi podían imaginar que el rostro en la sombra estaba un poco pálido.

—Empecé a sospechar algo parecido cuando llegábamos a la torre—dijo—. ¿Se fijó en esa especie de destello o parpadeo que emitió la vela antes de apagarse? Yo estaba casi seguro de que se trataba del último salto que emite la llama cuando se consume una vela. Entonces entré en esta habitación y vi eso.

Señaló la mesa y sir Walter contuvo el aliento con una especie de maldición a su ceguera. Y es que la vela que había en el candelabro se había consumido y lo había dejado, al menos mentalmente, en la oscuridad absoluta.

—Luego hay una especie de cuestión matemática—prosiguió Fisher echándose hacia atrás a su relajada manera y alzando la vista hacia las paredes desnudas, como si trazara en ellas esquemas imaginarios—. No es tan fácil que un hombre situado en el tercer ángulo se encuentre de frente con los otros dos al mismo tiempo, sobre todo si están en la base de un triángulo isósceles. Disculpen si esto les parece una ponencia sobre geometría, pero...

—Me temo que no hay tiempo para eso—dijo Wilson con frialdad—. Si es verdad que nuestro sujeto está regresando, debo dar órdenes de inmediato.

—Aun así, creo que voy a proseguir—observó Fisher mirando al tejado con insolente serenidad.

—Debo pedirle, señor Fisher, que me deje llevar a cabo esta investigación a mi manera—dijo Wilson, con firmeza—. Ahora soy yo quien está al mando.

—Sí, ya—dijo Horne Fisher en voz baja, pero con un acento que en cierto modo provocaba escalofríos—. Pero ¿por qué?

Sir Walter estaba observando la escena, pues nunca había visto actuar así a su joven amigo, a quien consideraba más bien displicente. Fisher miraba a Wilson con los párpados levantados, y los ojos que éstos cubrían parecían haber mudado o cambiado de capa, como los de un águila.

—¿Por qué está usted al mando ahora?—preguntó—. ¿Por qué ahora puede llevar a cabo la investigación a su manera? ¿Cómo es posible, me pregunto, que sus superiores no estén aquí para interferir en lo que usted haga?

Nadie habló, y nadie habría podido decir cuánto tiempo habría transcurrido antes de que alguien se recupera-

ra de la sorpresa para hablar, pues de pronto se oyó un ruido fuera. Era el sonido pesado y hueco de un golpe en la puerta de la torre, y a sus conmocionados espíritus les sonó como el martillo de la muerte.

La puerta de madera de la torre giró sobre sus oxidados goznes ante el impulso de la mano que la había golpeado, y el príncipe Michael entró en la habitación. Nadie tenía la menor duda acerca de su identidad. La ropa ligera que llevaba, pese a estar raída por el desgaste de sus aventuras, era de un corte refinado, casi digno de un dandi, y lucía una barba puntiaguda o imperial, tal vez como una reminiscencia más de Luis Napoleón; pero era mucho más alto y elegante que su prototipo. Antes de que nadie pudiera hablar hizo callar a todo el mundo un instante con un ligero y magnífico gesto de hospitalidad.

—Caballeros—dijo—, este lugar es muy humilde ahora, pero les doy la más calurosa bienvenida a él.

Wilson fue el primero en reponerse, y avanzó hacia el recién llegado.

—Michael O'Neill, en nombre del rey queda arrestado por el asesinato de Francis Morton y James Nolan. Es mi deber advertirle que...

—No, no, señor Wilson—gritó Fisher de pronto—. No cometa usted un tercer asesinato.

Sir Walter Carey se levantó de su silla, que cayó con estrépito tras él.

—¿Qué significa esto?—gritó con tono autoritario.

—Significa que este hombre—dijo Fisher—, Hooker Wilson, al asomar la cabeza por esa ventana mató a sus dos compañeros, que se habían asomado a las otras dos ventanas, disparándoles a través de la habitación vacía. Eso

es lo que significa. Y si desea comprobarlo, cuente cuántas veces tuvo que disparar y las balas que quedan en su revólver.

Wilson, que seguía sentado a la mesa, alargó bruscamente la mano hacia el arma que tenía al lado. Pero el siguiente movimiento fue el más inesperado de todos, ya que el príncipe, que hasta entonces había permanecido plantado en la entrada, cambió de pronto la dignidad de una estatua por la rapidez de un acróbata y alejó el revólver de la mano del detective.

—¡Maldito canalla!—gritó—. Así que usted representa la verdad inglesa como yo la tragedia irlandesa: usted, que viene a matarme caminando a través de la sangre de sus hermanos. Si hubieran caído en una reyerta, en la ladera, podría considerarse un asesinato, y aun así tal vez se le habría perdonado su pecado. Pero yo, que soy inocente, iba a ser asesinado con gran ceremonia. Se habrían pronunciado largos discursos, y unos jueces pacientes habrían escuchado mi declaración de inocencia, anotando y despreciando mi desesperación. Sí, a eso lo llamo yo asesinato. Pero matar no tiene por qué ser un asesinato; en este pequeño revólver queda una bala, y sé a quién debería ir dirigida.

Wilson se volvió rápidamente sobre la mesa, y en ese mismo instante se retorció agonizante, pues Michael le atravesó el cuerpo de un disparo, y cayó de la mesa como un leño.

El policía se apresuró a levantarlo; sir Walter se quedó sin habla; y a continuación habló Horne Fisher con un extraño gesto de cansancio.

—Sin duda es usted un digno representante de la tra-

gedia irlandesa—dijo—. Tenía toda la razón, pero se ha equivocado.

El rostro del príncipe permaneció un instante blanco como el mármol, y en sus ojos se encendió una luz no muy distinta a la de la desesperación. De pronto se rió y arrojó al suelo la pistola humeante.

—Claro que me he equivocado—dijo—. He cometido un crimen que podría echar justamente una maldición sobre mí y sobre mis hijos.

Horne Fisher no se mostró del todo satisfecho con este repentino arrepentimiento; mantuvo los ojos fijos en el hombre y se limitó a decir, en voz baja:

—¿A qué crimen se refiere?

—He ayudado a la justicia inglesa—contestó el príncipe Michael—. He vengado a los funcionarios de su rey; he hecho el trabajo de su verdugo. Por eso merezco morir en la horca.

Y se volvió a la policía con un gesto que, más que indicarles que se entregaba, les ordenaba que lo arrestaran.

Esta es la historia que Horne Fisher contó a Harold March, el periodista, muchos años después, en un pequeño y lujoso restaurante situado cerca de Piccadilly. Había invitado a March a cenar poco tiempo después del caso al que llamó «El rostro en el blanco», y la conversación fue desviándose de forma natural hacia aquel misterio y luego hacia otros recuerdos más antiguos de la vida de Fisher y de cómo se vio empujado a estudiar problemas como los del príncipe Michael. Horne Fisher tenía quince años más; su pelo ralo le había dejado la parte frontal del cráneo al descubierto, y sus largas y delgadas manos se dejaban caer con menos afectación y con más fatiga.

Contó la historia de la aventura irlandesa de su juventud porque representaba la primera ocasión en que había tenido contacto con el crimen o descubierto de qué forma tan misteriosa y atroz éste puede enredarse con la ley.

—Hooker Wilson fue el primer delincuente al que conocí, y era policía—explicó Fisher haciendo girar su copa de vino—. Toda mi vida ha estado mezclada con esta clase de asuntos. Era un hombre con mucho talento, tal vez un genio, y digno de ser estudiado, como detective y como criminal. Su blanco rostro y su pelo rojo lo caracterizaban muy bien, pues era uno de esos tipos que son fríos y al mismo tiempo arden en deseos por alcanzar la fama; y podía controlar su ira, pero no su ambición. Se tragó los desaires de sus superiores en aquella primera discusión, pese a hervirle la sangre de rabia; pero cuando vio de pronto las dos cabezas oscuras recortadas contra el alba y enmarcadas en las dos ventanas de la torre, no pudo dejar escapar la oportunidad, no sólo por venganza, sino por quitarse de en medio los dos obstáculos que impedían su ascenso. Era un tirador infalible y estaba seguro de silenciarlos a ambos, aunque en cualquier caso habría resultado difícil hallar pruebas que lo inculparan. Pero de hecho se libró de milagro en el caso de Nolan, quien vivió lo suficiente para poder decir: «Wilson», y señalarlo. Creímos que pedía ayuda para su compañero, cuando en realidad estaba acusando a su asesino. Después de eso le resultó fácil arrojarle encima la escalera (ya que un hombre subido a una escalera no ve bien lo que hay abajo y detrás) y tirarse al suelo como una víctima más de la catástrofe.

»Pero su ambición asesina se confundía con una fe auténtica, no sólo en sus propias virtudes, sino también

en sus propias teorías. Creía de verdad en lo que él llamaba una mirada nueva, y reivindicaba libertad de acción para poner en práctica métodos nuevos. Sus ideas no eran malas, pero fracasaron donde suelen fracasar esa clase de ideas, porque la mirada nueva no es capaz de ver lo oculto. Eso sucede con la escalera de mano y el espantapájaros, pero no con la vida y el alma; y él cometió un grave error acerca de lo que haría un hombre como Michael al oír gritar a una mujer. La vanidad y la vanagloria de Michael lo empujaron a salir corriendo de inmediato; habría sido capaz de entrar en el castillo de Dublín por el guante de una dama. Llámelo pose o como usted quiera, pero lo habría hecho. Lo que sucedió cuando se encontró con ella es otra historia que quizá nunca lleguemos a conocer, pero por lo que me han contado desde entonces deben de haberse reconciliado. Ahí Wilson se equivocaba; sin embargo, algo había de cierto en su idea de que el recién llegado se fija más en todo y el lugareño sabe demasiado para saber nada. Tenía razón en cuanto a algunas cosas. Tenía razón en cuanto a mí.

—¿En cuanto a usted?—preguntó Harold March con cierto asombro.

—Yo soy el hombre que sabe demasiado para saber nada, o en cualquier caso para hacer nada—dijo Horne Fisher—. No me refiero especialmente a Irlanda. Me refiero a Inglaterra. Al modo en que nos gobiernan, quizá el único posible. Hace un momento me ha preguntado usted qué había sido de los supervivientes de aquella tragedia. Pues bien, Wilson se recuperó y conseguimos convencerlo de que se retirara. Pero tuvimos que jubilar a ese deplorable asesino más generosamente que a cualquier

héroe que haya luchado por Inglaterra. Yo logré salvar a Michael de lo peor, pero tuvimos que enviar a aquel hombre totalmente inocente a cumplir condena a trabajos forzados por un crimen que sabemos que jamás cometió, y hasta más tarde no pudimos planear su fuga en secreto. Sir Walter Carey es el Primer Ministro de este país, cosa que tal vez no habría sucedido de haberse sabido la verdad sobre semejante escándalo en su departamento. Eso habría acabado con todos nosotros en Irlanda; y sin duda habría acabado con él. Y además es el viejo amigo de mi padre, y siempre me ha colmado de atenciones. Como ve, estoy demasiado implicado en este enredado asunto, y sin duda no he nacido para desenredarlo. Parece usted afligido, por no decir escandalizado, pero eso no me ofende en absoluto. Cambiemos de tema si lo desea. ¿Qué le parece este borgoña? Es descubrimiento mío, como este restaurante.

Y pasó a hablar con erudición y exuberancia de todos los vinos del mundo, sobre cuyo tema, algunos moralistas también habrían considerado que sabía demasiado.

III
EL ALMA DEL COLEGIAL

Haría falta un mapa enorme de Londres para mostrar el disparatado y serpenteante recorrido de un viaje de un día emprendido por un tío y su sobrino; o, mejor dicho, de un sobrino y su tío. Y es que el sobrino, un colegial en un día de fiesta, era en teoría el dios del automóvil, el tranvía, el metro o lo que fuera, mientras que su tío era a lo sumo un sacerdote que bailaba ante él y le ofrecía sacrificios. Por describirlo con mayor seriedad, el colegial adoptaba un aire impasible, como un joven duque de viaje por Europa, mientras que su pariente se veía reducido al estatus de un guía, que sin embargo tenía que pagarlo todo como un cliente. Al colegial se lo conocía oficialmente como Summers Minor, y en sociedad lo llamaban Stinks,[7] el único homenaje público a su carrera como fotógrafo aficionado y electricista. El tío era el reverendo Thomas Twyford, un caballero delgado y vital de rostro rubicundo y entusiasta, y pelo cano. Pese a no ser más que un clérigo rural, era uno de esos tipos que alcanzan la paradoja de ser famosos de una forma misteriosa, porque son famosos en un mundo misterioso. En un reducido círculo de arqueólogos eclesiásticos, cuyos hallazgos sólo les resultaban comprensibles a ellos mismos, ocupaba un lugar recono-

[7] El verbo «stink» (apestar) también se utiliza en sentido figurado para expresar que alguien es detestable o que algo está mal hecho o es una chapuza. (*N. del T.*)

cido y respetable. Y un crítico podría haber visto en ese viaje tanto la afición del tío como el día de fiesta del sobrino.

Su objetivo original había sido absolutamente paternal y festivo. Pero, como muchas personas inteligentes, no estaba por encima de la debilidad de jugar con un juguete para divertirse con la excusa de que así se divertiría un niño. Sus juguetes eran coronas, mitras, báculos y espadas oficiales; y había gozado con ellos diciéndose que el muchacho debía ver todos los lugares de interés de Londres. Y al terminar el día, después de tomar un buen té, reveló bastante su juego con una visita por la que resultaba casi inconcebible que un muchacho de carne y hueso mostrara interés: una cámara subterránea que se suponía que había sido una capilla, recién excavada en la orilla norte del Támesis, que no contenía nada más que una vieja moneda de plata. Para los expertos, sin embargo, esa moneda era más única y espléndida que el Koh-i-noor. Era romana, y decían que tenía grabada la cabeza de san Pablo; y en torno a ella ardían las más encendidas controversias sobre la antigua Iglesia británica. Sin embargo, apenas podría negarse que tales controversias dejaban indiferente a Summers Minor.

Como es natural, las cosas que interesaban a Summers Minor, y las que no le interesaban, habían desconcertado y divertido a su tío durante varias horas. Éste ponía de manifiesto tanto la asombrosa ignorancia del colegial inglés como sus asombrosos conocimientos; unos conocimientos de una clase especial con los que, por regla general, podía corregir y confundir a los mayores. Consideraba que tenía derecho, en Hampton Court durante un día de fiesta,

a olvidar los nombres del cardenal Wolsey o Guillermo de Orange; sin embargo apenas podía desviarse su atención de algunos detalles sobre la instalación de los timbres del hotel contiguo. Se mostraba profundamente aturdido en la abadía de Westminster, cosa que no resulta tan extraña teniendo en cuenta que esa iglesia se convirtió en el trastero de las estatuas más grandes y menos logradas del siglo XVIII. Y en cambio poseía unos conocimientos mágicos y minuciosos sobre los autobuses de Westminster, y por supuesto sobre toda la red de autobuses de Londres, cuyos colores y números se sabía como un heraldo conoce la heráldica. Gritaba escandalizado ante una momentánea confusión entre un Paddington verde claro y un Bayswater verde oscuro, como lo habría hecho su tío si alguien hubiera tomado una imagen romana por un icono griego.

—¿Coleccionas autobuses como si fueran sellos?—preguntó su tío—. Deben de necesitar un álbum bastante grande. ¿O acaso los guardas en el armario?

—Los guardo en mi cabeza—contestó el sobrino con legítima firmeza.

—Reconozco que eso te honra—contestó el clérigo—. Supongo que sería inútil preguntar por qué motivo has aprendido eso entre un millar de cosas. No parece que tenga mucha salida profesional, a no ser que te coloques en la acera para evitar que las señoras mayores suban al autobús equivocado. Bueno, ahora tenemos que bajar de éste, pues ya hemos llegado. Quiero enseñarte lo que se suele llamar el Penique de san Pablo.

—¿Es como la catedral de San Pablo?—preguntó el joven con resignación mientras se apeaban del vehículo.

En la entrada les llamó la atención una singular figura que rondaba por allí con las mismas ansias de entrar que ellos. Era un hombre moreno y delgado envuelto en una larga toga negra que parecía una sotana; pero la gorra negra que llevaba en la cabeza tenía una forma demasiado extraña para ser un birrete. Más bien recordaba algún tocado arcaico de Persia o Babilonia. Tenía una curiosa barba negra que sólo le crecía en los ángulos de la barbilla, y sus grandes ojos estaban extrañamente engarzados en el rostro como los inexpresivos ojos decorativos pintados en los antiguos perfiles egipcios. Antes de que hubieran podido formarse más que una impresión general sobre el tipo, éste pasó a la entrada que también los aguardaba a ellos.

Desde la superficie no podía verse nada del santuario subterráneo, salvo un robusto barracón de madera como los que suelen levantarse rápidamente para usos varios militares u oficiales, cuyo suelo de madera no era más que una plataforma sobre la cavidad excavada. En su exterior había un centinela apostado y, en el interior, un soldado de grado superior, un distinguido oficial angloindio, escribía sentado a un escritorio. Naturalmente los visitantes no tardaron en descubrir que esa peculiar escena estaba rodeada de las más extraordinarias precauciones. Antes he comparado la moneda de plata con el Koh-i-noor, y en cierto modo ésta admitía la comparación incluso desde el punto de vista convencional, ya que por una casualidad histórica en un tiempo casi se había contado entre las joyas de la Corona, o cuando menos entre las reliquias de la Corona, hasta que uno de los príncipes reales la devolvió públicamente al santo lugar al que pertenecía. Otros

motivos se combinaron para concentrar a su alrededor una vigilancia de carácter oficial; había cundido la alarma acerca de unos espías que llevaban explosivos ocultos dentro de pequeños objetos, y una de esas órdenes experimentales que pasan como olas por encima de la burocracia había decretado que todos los visitantes debían cambiar su ropa por una especie de arpillera oficial, y luego (cuando este método dio que hablar), que al menos deberían enseñar los bolsillos. El coronel Morris, el oficial responsable, era un hombre pequeño y activo de rostro adusto y curtido; sin embargo sus ojos eran vivos y graciosos, una contradicción corroborada por su conducta, ya que se burlaba de las medidas preventivas pero al mismo tiempo insistía en su observancia.

—A mí me importan un bledo el Penique de Pablo y esa clase de cosas—reconoció como respuesta a algunas preguntas eruditas del clérigo, que lo conocía un poco—, pero llevo el uniforme del rey, y cuando el tío del rey deja algo aquí con sus propias manos bajo mi custodia debo tomarme en serio mi trabajo. En cuanto a los santos, las reliquias y todas esas cosas, me temo que soy un poco volteriano; lo que se diría un escéptico.

—No estoy seguro de que creer en la familia real pero no en la Sagrada Familia pueda considerarse una actitud escéptica—contestó el señor Twyford—. Pero desde luego no tengo inconveniente alguno en vaciarme los bolsillos para demostrar que no escondo ninguna bomba.

El pequeño montón de pertenencias que el clérigo dejó sobre la mesa consistía principalmente en papeles, además de una pipa, una bolsa de tabaco y algunas monedas romanas y sajonas. El resto eran catálogos de libros antiguos

y panfletos, entre los cuales había uno titulado *Liturgia de Sarum*. El coronel y el colegial tuvieron bastante con echarle una rápida ojeada, pues no entendían ni de liturgias ni de Sarums. Como cabía esperar, el contenido de los bolsillos del muchacho formó un montón más voluminoso, que incluía canicas, un ovillo de bramante, una linterna, un imán, un pequeño tirachinas y, por supuesto, una enorme navaja multiusos que casi podía describirse como una pequeña caja de herramientas, un complejo utensilio con el que el colegial pareció dispuesto a entretenerse señalando que incluía unas tenazas, una herramienta para hacer agujeros en la madera y, sobre todo, un instrumento que servía para arrancar piedras del casco de un caballo. La ausencia de caballo alguno le pareció un detalle sin importancia, como si fuera un mero apéndice fácil de conseguir. Pero cuando le tocó al caballero de la toga negra, éste no se vació los bolsillos, sino que se limitó a extender las manos.

—Yo no poseo nada—dijo.

—Me temo que debo pedirle que vacíe sus bolsillos para comprobarlo—observó el coronel, con voz áspera.

—No tengo bolsillos—dijo el desconocido.

El señor Twyford miraba la larga toga negra con ojos de entendido.

—¿Es usted monje?—preguntó, con tono de desconcierto.

—Soy mago—contestó el desconocido—. Tal vez haya oído hablar de los Reyes Magos. Pues yo soy mago.

—¡No me diga!—exclamó Summers Minor con ojos desorbitados.

—Pero he sido monje—prosiguió el desconocido—.

Soy lo que podría llamarse un monje fugitivo. Sí, me he fugado hacia la eternidad. Pero los monjes sostenían al menos una verdad: que la vida más elevada no admite posesiones. Yo no tengo ni dinero ni bolsillos, y las estrellas son mis baratijas.

—De todos modos son inalcanzables—observó el coronel Morris, con un tono que insinuaba que más valía que fuera así—. Yo he conocido a muchos magos en la India, con mangos y todo. Pero puedo jurar que los indios son todos unos impostores. De hecho, me divertí mucho poniéndolos en evidencia. En cualquier caso, más que con este aburrido trabajo. Pero ahí viene el señor Symon, que los conducirá al antiguo sótano.

El señor Symon, el custodio y guía oficial, era un hombre joven de pelo prematuramente cano, y tenía una boca grave que contrastaba curiosamente con un bigote muy pequeño y oscuro de astas apelmazadas, tan separado que parecía una mosca negra asentada en su rostro. Hablaba con acento de Oxford y de funcionario permanente, pero su tono era frío como el del guía más indiferente. Bajaron por una oscura escalera de piedra, y al llegar al pie Symon pulsó un botón y se abrió una puerta que daba a una sala oscura, o más bien a una sala que hasta hacía un instante había permanecido a oscuras. Pues casi mientras la pesada puerta de hierro se abría, un resplandor casi cegador de luces eléctricas llenó el interior. El intermitente entusiasmo de Stinks prendió de inmediato, y el muchacho preguntó con avidez si las luces estaban conectadas a la puerta.

—Sí, es un solo sistema—contestó Symon—. Lo instalaron el día en que su alteza real depositó aquí el preciado

objeto. Está guardado bajo llave en una vitrina, tal como él lo dejó.

Bastaba una ojeada para darse cuenta de que las medidas de seguridad para vigilar el tesoro eran tan infalibles como simples. Un solo cristal, con un marco de hierro empotrado en las paredes de piedra y el techo de madera, aislaba uno de los rincones de la sala; era imposible volver a abrir la vitrina sin llevar a cabo una sofisticada filigrana, a no ser que se rompiera el cristal, pero eso seguramente alarmaría al vigilante nocturno, que siempre se hallaba a pocos metros de ella, aunque se hubiera quedado dormido. Un minucioso examen habría revelado muchas más medidas ingeniosas; pero los ojos del reverendo Thomas Twyford ya se habían clavado en lo que más le interesaba: el pálido disco de plata que brillaba bajo la blanca luz recortado contra un sencillo fondo de terciopelo negro.

—El Penique de san Pablo, que según cuentan se hizo con el propósito de conmemorar la visita de san Pablo a Gran Bretaña, probablemente se conservó en esta capilla hasta el siglo VIII—decía Symon con su voz clara pero anodina—. Se cree que en el siglo IX se lo llevaron los bárbaros, y reaparece, tras la conversión de los godos del norte, en poder de la familia real de Gotland. Su alteza real el duque de Gotland lo conservó siempre bajo su custodia particular, y cuando decidió exhibirlo al público lo colocó aquí con sus propias manos. E inmediatamente fue encerrado en esta vitrina, tal como lo ven ahora...

Por desgracia en ese momento Summers Minor, cuya atención se había alejado de las guerras religiosas del siglo IX, se fijó en un corto trozo de cable que sobresalía de una grieta de la pared. Y se precipitó hacia él, gritando:

—Eh, oiga, ¿esto está conectado?

Y era evidente que sí lo estaba, pues en cuanto el muchacho lo hubo sacudido la sala se quedó a oscuras, como si todos se hubieran quedado ciegos, y poco después oyeron el golpe sordo de la puerta al cerrarse.

—Buena la has hecho—dijo Symon con su habitual serenidad. Y tras una pausa agregó—: Supongo que tarde o temprano nos echarán de menos, y no cabe duda de que desde fuera pueden abrirla; pero puede que tarden un poco.

Hubo un silencio, y entonces el desmesurado Stinks observó:

—Lástima que haya tenido que dejar la linterna.

—Creo que ya nos ha quedado suficientemente claro tu interés por la electricidad—dijo su tío, con circunspección.

Y tras una pausa, observó con un tono más amable:

—Creo que el único objeto de mi impedimenta que podría echar en falta es la pipa. Aunque, a decir verdad, tampoco es muy agradable fumar a oscuras. En la oscuridad todo parece distinto.

—Es que en la oscuridad todo es distinto—dijo una tercera voz, la del hombre que aseguraba que era mago. Era una voz muy musical, que contrastaba bastante con su rostro siniestro y moreno, que ahora resultaba invisible—. Tal vez no sepan lo terrible que es esta verdad. Cuanto se ve no son más que imágenes proyectadas por el sol, rostros, muebles, flores y árboles. Las cosas mismas pueden resultarles bastante extrañas. Ahora mismo podría haber otra cosa allí donde antes vieron una mesa o una silla. El rostro de un amigo puede ser muy distinto en la oscuridad.

Un ruido breve e indescriptible interrumpió la calma.

Twyford se sobresaltó un momento, y a continuación dijo con dureza:

—No creo que sea la ocasión más adecuada para intentar asustar a un niño.

—¿Quién es un niño?—gritó indignado Summers, con una voz aguda y quebrada al mismo tiempo—. ¿Y quién es un gallina? Yo no.

—Callaré, entonces—dijo la otra voz en la oscuridad—. Pero el silencio también hace y deshace.

El silencio exigido permaneció ininterrumpido durante largo rato, hasta que por fin el clérigo dijo a Symon en voz baja:

—Supongo que no habrá problemas con el aire.

—Claro que no—contestó Symon en voz alta—; hay un hogar y una chimenea en el despacho, junto a la puerta.

Un salto y el ruido de una silla al caer les indicaron que el irrefrenable representante de la nueva generación se había vuelto a precipitar a través de la sala. Oyeron la exclamación:

—¡Una chimenea! ¡Vaya, voy a ver si...!—y el resto se confundió entre gritos sordos y exultantes.

El tío lo llamó repetida e inútilmente, se abrió paso a tientas hasta la abertura, y al levantar la vista para escudriñarla atisbó un disco de luz, que parecía indicar que el fugitivo había desaparecido sin sufrir daño alguno. Mientras regresaba al grupo pasando junto a la vitrina, tropezó con la silla derribada y tardó un momento en recobrar la calma. Había abierto la boca para decir algo a Symon cuando se detuvo, y de pronto se encontró parpadeando ante el impacto de la blanca luz, y al mirar por encima del hombro del guía vio que la puerta estaba abierta.

—Así que por fin nos han rescatado—observó dirigiéndose a Symon.

El hombre de la toga negra estaba apoyado contra la pared a unos metros de ellos con una sonrisa esculpida en el rostro.

—Ahí viene el coronel Morris—prosiguió Twyford dirigiéndose aún a Symon—. Alguien tendrá que decirle cómo se fue la luz. ¿Lo hará usted?

Pero Symon seguía sin articular palabra. Permanecía inmóvil como una estatua, mirando fijamente el terciopelo negro de detrás de la vitrina. Miraba el terciopelo negro porque no había nada más que mirar. El Penique de san Pablo había desaparecido.

El coronel Morris entró en la habitación acompañado de dos nuevos visitantes; probablemente dos nuevos turistas cuya visita se había retrasado por culpa del accidente. El que más destacaba era un tipo alto, rubio, de aspecto lánguido, frente calva y nariz prominente; su acompañante era un hombre más joven de pelo claro y rizado y ojos francos e incluso inocentes. Symon apenas pareció oír a los recién llegados; parecía no darse cuenta de que el restablecimiento de la luz revelaba su actitud meditabunda. Entonces se sobresaltó como si se sintiera culpable de algo, y cuando vio al mayor de los dos desconocidos, su pálido rostro pareció empalidecer aún más.

—¡Pero si es Horne Fisher!

Y tras una pausa dijo en voz baja:

—Estoy en un buen lío, Fisher.

—Parece que aquí hay un pequeño misterio por desvelar—observó el caballero así llamado.

—Nunca será desvelado—dijo el pálido Symon—.

Si alguien puede desvelarlo es usted. Pero nadie podrá.

—Pues creo que yo sí podría—dijo otra voz apartada del grupo, y todos se volvieron con sorpresa y vieron que el hombre de la toga negra había hablado de nuevo.

—¡Usted!—dijo el coronel con dureza—. ¿Y cómo piensa hacer de detective?

—No pienso hacer de detective—contestó el desconocido con voz clara y cristalina—. Pienso hacer de mago. Uno de esos magos a los que usted puso en evidencia en la India, coronel.

Nadie habló durante un instante, y entonces Horne Fisher sorprendió a todo el mundo diciendo:

—Muy bien, vamos arriba y demos una oportunidad a este caballero.

Y acto seguido detuvo a Symon, quien ya había colocado automáticamente el dedo en el botón, y le dijo:

—No, deje las luces encendidas. Como precaución.

—Ahora no se pueden llevar el tesoro—dijo Symon con amargura.

—Pero pueden devolverlo—contestó Fisher.

Twyford ya había subido corriendo en busca de noticias de su desaparecido sobrino, y las recibió de un modo que lo desconcertó y tranquilizó al mismo tiempo. En el suelo del piso superior había uno de esos enormes dardos de papel que los muchachos suelen lanzarse unos a otros cuando el maestro ha salido del aula. Era evidente que había entrado por la ventana, y al ser desplegado mostró unos garabatos que rezaban: «Querido tío: Estoy bien. Nos vemos luego en el hotel», y a continuación la firma.

Ligeramente confortado por estas palabras, el clérigo volvió a dirigir sus pensamientos a su reliquia favorita,

que ocupaba en sus simpatías un honroso segundo lugar después de su sobrino favorito, y cuando quiso darse cuenta se vio rodeado por el grupo que discutía sobre la desaparición, y más o menos se dejó llevar por la corriente de su excitación. Pero un trasfondo de duda siguió rondándole la cabeza respecto a lo que le había sucedido realmente al muchacho y cuál, según él, era la definición exacta de estar bien.

Entretanto Horne Fisher había desconcertado bastante a todo el mundo con su nuevo tono y su actitud. Había hablado con el coronel sobre las instalaciones militares y mecánicas, y hecho gala de unos conocimientos asombrosos acerca de los detalles de la disciplina y los tecnicismos de la electricidad. Había hablado con el clérigo, y exhibido unos conocimientos no menos sorprendentes acerca de los intereses religiosos e históricos que rodeaban la reliquia. Había hablado con el hombre que aseguraba que era mago, y no sólo había sorprendido sino también escandalizado a los presentes al demostrar que estaba sensiblemente familiarizado con las manifestaciones más fantásticas del ocultismo oriental y la experimentación psíquica. Y en esta última y menos respetable línea de investigación se notaba que estaba preparado para llegar más lejos; animó al mago sin disimulo, y se mostró claramente dispuesto a seguir las vías de investigación más descabelladas que el mago pudiera indicarle.

—¿Por dónde empezaría?—inquirió con una cortesía ansiosa que congestionó de ira al coronel.

—Se trata de una cuestión de fuerza; de establecer comunicación para invocar una fuerza—contestó el experto afablemente, pasando por alto algunos gruñidos mili-

tares acerca de la fuerza policial—. Es lo que ustedes los occidentales solían llamar magnetismo animal, pero es mucho más que eso. Vale más que no diga cuánto más. Y en cuanto al procedimiento, el método habitual consiste en hacer entrar en trance a una persona sensible, que sirva como una especie de puente o cable de comunicación, a través del cual la fuerza del más allá puede proporcionarle una descarga eléctrica y despertar sus sentidos superiores. Así se abre el ojo dormido de la mente.

—Yo soy sensible—dijo Fisher con ingenuidad o con desconcertante ironía—. ¿Por qué no me abre a mí el ojo de la mente? Mi amigo Harold March puede asegurarle que en ocasiones veo cosas, incluso en la oscuridad.

—Sólo se ve en la oscuridad—dijo el mago.

Unas densas nubes crepusculares estaban cercando el barracón de madera; unas nubes enormes, cuyos extremos eran lo único que se veía desde la pequeña ventana, como cuernos y rabos purpúreos, casi como si unos monstruos gigantescos merodearan por allí. Pero el púrpura ya empezaba a volverse gris oscuro; pronto anochecería.

—No encienda la lámpara—dijo el mago con serena autoridad, deteniendo un movimiento en esa dirección—. Ya les he dicho que las cosas sólo suceden en la oscuridad.

Cómo llegó a tolerarse una escena tan confusa en el despacho del coronel precisamente fue más adelante un enigma en la memoria de muchos, incluido el propio coronel. La recordaban como una especie de pesadilla, como algo que no podían controlar. Tal vez hubiera realmente cierto magnetismo alrededor del hipnotizador. Sea como fuere, el hombre estaba siendo hipnotizado, ya que Horne Fisher se había desplomado sobre una silla con sus lar-

gas extremidades desparramadas y los ojos perdidos en el vacío; y el otro hombre lo estaba hipnotizando, ejecutando histriónicos gestos con los brazos enfundados de negro como unas oscuras alas. El coronel había rebasado ya su límite de tolerancia, y observó vagamente que a los aristócratas excéntricos se les permite cualquier extravagancia. Se consoló pensando que ya había avisado a la policía, que destaparía aquella farsa, y encendiendo un puro, cuya brasa encendida, en la oscuridad creciente, brillaba en señal de protesta.

—Sí, veo bolsillos—decía el hombre en trance—. Veo muchos bolsillos, pero están todos vacíos. No; veo uno que no lo está.

Hubo una ligera agitación en medio de la calma, y el mago dijo:

—¿Puede ver lo que hay dentro?

—Sí—contestó el hipnotizado—; hay dos luces brillantes. Creo que son dos trozos de acero. Uno de ellos está curvado o torcido.

—¿Han sido utilizados para sustraer la reliquia del piso de abajo?

—Sí.

Hubo otra pausa y el interrogador agregó:

—¿Ve algo de la propia reliquia?

—Veo algo que reluce en el suelo, como una sombra o un espíritu. Está ahí, en el rincón, detrás del escritorio.

Se produjo un revuelo, pues todos se volvieron, y luego una calma repentina, como si se quedaran rígidos, pues en el rincón, sobre el suelo de madera, había realmente una mancha redonda de luz pálida. Era la única mancha de luz que había en la sala. El puro se había apagado.

—Señala el camino—sentenció la voz del oráculo—. Los espíritus están señalando el camino hacia la penitencia, y piden al ladrón que devuelva lo robado. No veo nada más.

Su voz se sumió en un silencio que se prolongó un buen rato, como el largo silencio que se había producido abajo tras cometerse el robo. Pero fue interrumpido por un tintineo metálico en el suelo y el ruido de algo que giraba y caía como cuando cae medio penique lanzado al aire.

—¡Enciendan la lámpara!—gritó Fisher con voz fuerte e incluso jovial, poniéndose en pie de un salto con mucha menos languidez que de costumbre—. Ahora tengo que irme, pero antes me gustaría verlo. Al fin y al cabo he venido a propósito para verlo.

La lámpara se encendió, y Fisher vio lo que quería ver, pues el Penique de san Pablo estaba en el suelo, a sus pies.

—Ah, en cuanto a lo que presenciaron—aclaró durante un almuerzo al que invitó a March y Twyford al cabo de un mes, aproximadamente—, sólo tenía ganas de jugar con el mago a su propio juego.

—Yo pensaba que quería atraparlo en su propia trampa—dijo Twyford—. Aún no le veo ni pies ni cabeza, pero para mí siempre fue el principal sospechoso. No creo que fuera un ladrón común. La policía siempre parece pensar que la plata se roba por su valor, pero un objeto como ése también puede ser sustraído por una especie de obsesión religiosa. Un monje fugitivo convertido en místico podría quererlo para alguna finalidad mística.

—No—contestó Fisher—, el monje fugitivo no es un ladrón. En cualquier caso él no es el ladrón. Y tampoco es un mentiroso. Aquella noche dijo una verdad al menos.

—¿Y qué verdad era ésa?—inquirió March.

—Dijo que todo era cuestión de magnetismo. De hecho, el robo fue llevado a cabo con la ayuda de un imán—. Entonces, al ver que sus dos interlocutores permanecían perplejos, añadió: —Con el imán de juguete de su sobrino, señor Twyford.

—Pero, no lo entiendo—objetó March—. Si se llevó a cabo con el imán del colegial, debió de ser éste quien lo cometió.

—Bueno—contestó Fisher pensativamente—, depende bastante del colegial.

—¿A qué diablos se refiere?

—El alma de un colegial es algo curioso—prosiguió Fisher con tono meditabundo—. Puede sobrevivir a muchas cosas además de subir por una chimenea. Un hombre puede quedarse cano en grandes campañas y seguir teniendo alma de colegial. Puede regresar de la India con una reputación excelente, asumir la vigilancia de un importante tesoro público y tener un alma de colegial dormida esperando un accidente para despertarse. Y esto se multiplica por diez si al colegial le añadimos el escéptico, que por regla general es una especie de colegial atrofiado. Usted acaba de decir que hay cosas que pueden hacerse por obsesión religiosa. ¿Ha oído hablar de la obsesión irreligiosa? Le aseguro que existe, y se manifiesta de una forma muy violenta, sobre todo entre los hombres que disfrutan poniendo en evidencia a magos de la India. Pero en este caso el escéptico sintió la tentación de poner en evidencia a un farsante mucho más poderoso y cercano.

Los ojos de Harold March se iluminaron cuando vio de pronto, como a lo lejos, la vasta implicación de aque-

lla insinuación. Pero Twyford seguía luchando con un solo problema.

—¿De verdad cree que el coronel Morris cogió la reliquia?—dijo.

—Era la única persona que podía utilizar el imán—contestó Fisher—. De hecho, su servicial sobrino le dejó una serie de cosas que podían resultarle muy útiles. Tenía un ovillo de bramante, y un instrumento para hacer un agujero en el suelo de madera; por cierto, que durante mi estado de trance me divertí un poco con ese agujero en el suelo; gracias a las luces encendidas del piso de abajo, el orificio brillaba como un chelín—. De pronto Twyford saltó en su silla—. Pero en ese caso—gritó con una voz distinta y alterada—, claro, naturalmente... ¿Usted mencionó un trozo de acero...?

—Dije que había dos trozos de acero—dijo Fisher—. El trozo curvado de acero era el imán del muchacho. El otro era la reliquia de la vitrina.

—Pero si es de plata—respondió el arqueólogo con una voz casi irreconocible.

—Bueno—contestó Fisher con tono tranquilizador—, yo diría que le dieron una pequeña capa de pintura plateada.

Hubo un silencio denso, y por fin Harold March dijo:

—Entonces, ¿dónde está la reliquia auténtica?

—Donde ha estado los últimos cinco años—contestó Horne Fisher—, en poder de un millonario excéntrico llamado Vandam, que vive en Nebraska. El otro día apareció una pequeña fotografía suya muy divertida en la sección de ecos de sociedad de un periódico, donde se

hablaba de su delirio y se decía que siempre se dejaba enredar con las reliquias.

Harold March frunció el ceño con los ojos puestos en el mantel; y tras una pausa dijo:

—Creo que entiendo su idea de cómo se llevó a cabo el robo; según ésta, Morris simplemente hizo un agujero en el suelo y pescó el tesoro con un imán atado al extremo de un trozo de bramante. Semejante travesura parece una mera locura, pero supongo que el tipo estaba loco, en parte por el hastío que le producía tener que vigilar algo que él creía que era un engaño, aunque no pudiera demostrarlo. Entonces se le presentó la ocasión de demostrarlo, al menos a sí mismo, y se «divirtió», como el decía. Sí, creo que ahora entiendo muchos detalles. Pero lo que me sorprende es todo el montaje. ¿Cómo se llegó a ese extremo?

Fisher lo miraba con los párpados entrecerrados y una expresión imperturbable.

—Se tomaron todas las precauciones posibles—dijo—. El duque llevó la reliquia personalmente, y la encerró en la vitrina con sus propias manos.

March permaneció en silencio; pero Twyford dijo, tartamudeando:

—No le entiendo. Me pone usted los pelos de punta. ¿Por qué no habla más claramente?

—Si hablara más claramente me entendería aún menos—dijo Horne Fisher.

—Yo lo intentaría de todos modos—dijo March, que seguía sin levantar la cabeza.

—Está bien—contestó Fisher con un suspiro—; la pura verdad es, naturalmente, que se trata de un mal negocio. Todo aquel que sabe algo al respecto sabe que es un mal

negocio. Pero no para de suceder, y en cierto modo apenas se les puede culpar de nada. Se encaprichan con una princesa extranjera que es tan estirada como una muñeca holandesa y echan una cana al aire. Y en este caso la aventura ha sido bastante sonada.

El rostro del reverendo Thomas Twyford sin duda indicaba que se había perdido un poco en los mares de la verdad, pero mientras Fisher seguía hablando de aquel modo impreciso las facciones del anciano caballero se crisparon y contrajeron.

—Si se tratara de una aventura morganática decente no lo diría; pero hay que ser estúpido para desperdiciar miles de libras con una mujer así. Al final resultó no ser más que un puro chantaje; pero ya es algo que el viejo idiota no se lo cobrara a los contribuyentes. Sólo se lo pudo sacar al yanqui, y esa es la historia.

El reverendo Thomas Twyford se había puesto en pie.

—Bueno, me alegro de que mi sobrino no tuviera nada que ver—dijo—. Y si de verdad el mundo es así, espero que no tenga nunca ninguna relación con él.

—Eso espero yo—respondió Horne Fisher—. Nadie sabe mejor que yo que uno puede llegar a implicarse demasiado.

Efectivamente, Summers Minor no tenía nada que ver con aquel robo; y, precisamente, parte de su gran relevancia se basa en el hecho de que no tenía nada que ver ni con esa ni con ninguna otra historia semejante. El muchacho pasó como una bala a través del enredo de este cuento de política deshonesta y disparatada farsa, y salió por el otro lado, tras sus inocentes intereses. Desde lo alto de la chimenea por la que había trepado avistó un nuevo modelo

de autobús cuyo nombre y color no había visto nunca, del mismo modo que un naturalista reconocería una nueva especie de ave o un botánico una nueva flor. Y se dejó cautivar lo suficiente para salir corriendo tras él y alejarse a bordo de aquella nave fantástica.

IV
EL POZO SIN FONDO

En un oasis, o isla verde, en los mares rojos y amarillos de arena que se extienden más allá de Europa hacia el alba, se observa un contraste bastante fantástico, que sin embargo es típico de un lugar como ése, ya que los tratados internacionales lo han convertido en un puesto de avanzada de la ocupación británica. El emplazamiento es famoso entre los arqueólogos por algo que apenas parece un monumento, sino un mero agujero en el suelo. Se trata de un hoyo redondo, como el de un pozo, y probablemente parte de unas importantes obras de riego de fecha remota y discutida, tal vez lo más antiguo que haya en esa antigua tierra. Alrededor de la negra boca del pozo hay una hilera verde de palmas y chumberas; pero no se conserva nada de la mampostería superior salvo dos robustas y erosionadas piedras que se alzan como los pilares de una puerta que no se abre a ninguna parte, y en la que algunos de los arqueólogos más relevantes, en ciertas fases del amanecer o el crepúsculo, creen poder distinguir las débiles líneas de figuras o rasgos de una antigua monstruosidad babilónica; mientras que los más racionalistas, en los momentos más racionales del día, no ven nada más que dos piedras informes. Puede que se haya observado, sin embargo, que no todos los ingleses son arqueólogos. Muchos de los que allí se congregan con propósitos de carácter oficial y militar tienen otras aficiones. Y es cosa seria el hecho de que los ingleses que habitan en este exilio oriental

se las ingeniaran para convertir la verde maleza y la arena en un pequeño campo de golf con una acogedor club social en un extremo y este monumento primigenio en el otro. En realidad no utilizaron este arcaico abismo como búnker, porque por tradición era inconmensurable e ignoto, incluso para fines prácticos. Cualquier proyectil deportivo lanzado hacia él podría considerarse, literalmente, una bala perdida. Pero a menudo se paseaban a su alrededor durante los descansos en que aprovechaban para charlar y fumar cigarrillos, y uno de ellos acababa de bajar del club social y había encontrado a otro que miraba con aire taciturno dentro del pozo.

Ambos ingleses llevaban ropa ligera y cascos blancos con toquilla, pero ahí terminaba su parecido. Y ambos dijeron la misma palabra casi al mismo tiempo, pero con dos tonos de voz totalmente distintos.

—¿Se ha enterado de la noticia?—preguntó el hombre del club—. Es maravillosa.

—Maravillosa, sí—contestó el hombre junto al pozo. Pero el primero pronunció la palabra como un joven refiriéndose a una mujer, y el segundo como un anciano hablando del tiempo, no con falta de sinceridad, pero tampoco con fervor.

Y en este sentido el tono de los dos hombres les era característico. El primero, que era un tal capitán Boyle, era un tipo atrevido y juvenil, moreno, con una especie de calor innato en el rostro que no correspondía a la atmósfera de Oriente, sino más bien a las pasiones y las ambiciones de Occidente. El otro era mayor y sin duda residía allí desde hacía más tiempo, un funcionario del gobierno, Horne Fisher; y sus párpados caídos y su bigote claro y mustio

expresaban la paradoja del hombre inglés en Oriente. Tenía demasiado calor para mostrar algo más que frialdad.

Ninguno de los dos consideró necesario mencionar qué era lo maravilloso. Aquello habría generado una conversación superflua acerca de algo que todo el mundo ya sabía. La sorprendente victoria sobre una amenazadora combinación de turcos y árabes en el norte, obtenida por las tropas que estaban bajo el mando de lord Hastings, el veterano de tantas otras victorias sorprendentes, ya se había extendido a través de los periódicos por todo el Imperio, y por supuesto en aquella pequeña plaza fuerte situada tan cerca del campo de batalla.

—Ninguna otra nación del mundo habría hecho algo así—gritó el capitán Boyle con énfasis.

Horne Fisher seguía mirando en silencio dentro del pozo; y al cabo de un instante contestó:

—Sin duda poseemos el arte de enmendar los errores. En eso se equivocaron los pobres prusianos. Sólo eran capaces de cometer errores y aferrarse a ellos. Enmendar un error requiere cierto talento.

—¿A qué se refiere?—preguntó Boyle—. ¿De qué errores habla?

—Bueno, todo el mundo sabe que parecía intentar abarcar más de lo que podía—contestó Horne Fisher. Una de las peculiaridades del señor Fisher era que siempre decía que todo el mundo sabía cosas de las que una persona entre un millón había oído hablar—. Y sin duda fue toda una suerte que Travers apareciera justo a tiempo. Resulta curioso con cuánta frecuencia sucede que quien hace lo correcto es el segundo de a bordo, incluso cuando quien está al mando es un gran hombre. Como Colborne en Waterloo.

—Esto debería permitirnos añadir una provincia más al Imperio—observó Boyle.

—Bueno, supongo que los Zimmern habrían insistido en que se llegara hasta el canal—observó Fisher, meditabundo—, aunque todo el mundo sabe que hoy en día añadir provincias no trae demasiada cuenta.

El capitán Boyle frunció el ceño con ligero desconcierto. Como se sentía abochornado por no haber oído hablar en su vida de los Zimmern, sólo pudo observar, impasiblemente:

—Hombre, no se puede ser un insignificante inglés.

Horne Fisher sonrió, y la suya era una sonrisa agradable.

—Aquí todos somos unos insignificantes ingleses—dijo—. Todo el mundo desea regresar a la pequeña Inglaterra.

—Me temo que no sé de qué habla—dijo el hombre joven con recelo—. Cualquiera diría que no admira a Hastings ni... ni a nadie.

—Yo admiro muchísimo a Hastings—contestó Fisher—. Es con mucho el mejor hombre que puede tener este puesto; entiende a los musulmanes y puede hacer cualquier cosa con ellos. Por eso no soy nada partidario de hacer que Travers se vuelva en contra de él sólo por lo acontecido en este último episodio.

—De verdad que no entiendo a dónde quiere ir a parar—dijo Boyle con franqueza.

—Tal vez no merezca la pena entenderlo—respondió Fisher a la ligera—, y, de todos modos, no tenemos por qué hablar de política. ¿Conoce usted la leyenda árabe sobre este pozo?

—Me temo que no sé mucho de leyendas árabes—dijo Boyle con cierta rigidez.

—Eso es un error—contestó Fisher—, sobre todo desde su punto de vista. El propio lord Hastings es una leyenda árabe. Tal vez toda su grandeza consista en eso. Si su reputación desapareciera nuestra posición en Asia y en África se debilitaría. En fin, la historia sobre ese hoyo que baja hasta quién sabe dónde siempre me ha fascinado. Su origen es mahometano, pero no me extrañaría que la leyenda fuera muy anterior a Mahoma. Trata de un hombre al que llaman sultán Aladino, no nuestro amigo de la lámpara maravillosa, aunque tenía en común con éste el hecho de estar relacionado con genios o gigantes u otras criaturas por el estilo. Dicen que ordenó a unos gigantes que le construyeran una especie de pagoda que se elevara muy alto, por encima de las estrellas. El Súmmum de la Altura, como decía la gente cuando se construyó la Torre de Babel. Pero los constructores de la Torre de Babel eran hombres modestos y hogareños, como ratones, comparados con Aladino. Sólo querían una torre que alcanzara el cielo: una mera insignificancia. Aladino quería una torre que sobrepasara el cielo y se elevara por encima de él, y que siguiera elevándose por siempre jamás. Y Alá lo arrojó al suelo con un rayo que se hundió en la tierra y abrió un agujero cada vez más profundo, hasta que se convirtió en un pozo que no tenía fondo, del mismo modo que la torre no debía tener techo. Y así el alma del orgulloso sultán no cesa de caer por siempre jamás en el interior de esta torre invertida de oscuridad.

—¡Qué curioso es usted!—dijo Boyle—. Habla como si se pudiera creer en semejantes fábulas.

—Tal vez crea en la moraleja y no en la fábula—respondió Fisher—. Ahí viene lady Hastings. Tengo entendido que usted la conoce.

Naturalmente, el club social del campo de golf tenía muchos otros usos, aparte del estrictamente deportivo. Era el único centro social de la guarnición situado junto al cuartel general; tenía una sala de billar y un bar, e incluso una excelente biblioteca de referencia para aquellos soldados que fueran lo bastante retorcidos para tomarse en serio su profesión. Entre ellos estaba el mismísimo gran general, cuya cabeza plateada y rostro bronceado, parecido al de un águila desafiante, solían encontrarse inclinados sobre los mapas y volúmenes de la biblioteca. El gran lord Hastings creía en la ciencia y el estudio, así como en otros severos ideales de vida, y sobre ello había procurado muchos consejos paternales al joven Boyle, cuyas visitas a aquel lugar de investigación eran bastante más intermitentes. De uno de esos ratos de estudio acababa de salir el joven, a través de las puertas de cristal de la biblioteca. Pero por encima de todo, el club había sido creado para satisfacer las necesidades sociales de las damas por lo menos tanto como las de los caballeros, y lady Hastings era capaz de hacer de reina en semejante sociedad casi con la misma habilidad que en su salón de baile. Era sumamente calculadora y, según decían algunos, estaba sumamente predispuesta a interpretar ese papel. Era mucho más joven que su marido, una dama atractiva cuya belleza podía resultar peligrosa; y el señor Horne Fisher la siguió con una mirada un tanto sardónica mientras ella pasaba de largo con el joven soldado. Entonces sus aburridos ojos se desviaron hacia las espinosas plantas que crecían alrede-

dor del pozo, brotes de aquella curiosa formación de cactus en la que una gruesa hoja emerge directamente de la otra sin tallo ni rama. Aquello trajo a su imaginativa mente la siniestra idea de un crecimiento ciego sin forma ni propósito. En Occidente, una flor o un arbusto crecen hasta culminar en la flor, y ahí acaba el proceso. Pero aquello parecían manos que brotaran de otras manos o piernas que brotaran de otras piernas, como en una pesadilla.

—Siempre añadiendo una provincia al Imperio—dijo, con una sonrisa, y a continuación agregó, con tono más triste: —¡aunque no sé si tengo razón, después de todo!

Una voz fuerte y cordial interrumpió sus reflexiones, y alzó la mirada y sonrió al ver el rostro de un viejo amigo. Sin duda la voz era un poco más cordial que el rostro, que a simple vista resultaba decididamente adusto. Era el rostro típico de un legalista, con la mandíbula angulosa y unas cejas espesas y entrecanas; y pertenecía a un personaje sumamente legalista, aunque entonces estuviera adscrito en calidad de semimilitar a la policía de aquella agreste zona. Cuthbert Grayne tal vez tenía más de criminólogo que de abogado o policía, pero en aquellos bastos alrededores había conseguido convertirse en una práctica combinación de los tres. El esclarecimiento de una serie de extraños crímenes orientales era mérito suyo. Pero como había poca gente que estuviera familiarizada con aquella afición o rama del saber o se sintiera atraída por ella, su vida intelectual era un tanto solitaria. Entre las pocas excepciones estaba Horne Fisher, quien poseía una curiosa capacidad para hablar de casi todo con casi todo el mundo.

—¿Estudiando botánica? ¿O acaso se trata de arqueología?—inquirió Grayne—. Nunca llegaré hasta el final de

sus intereses, Fisher. Podría decirse que lo que usted no sabe no vale la pena ser sabido.

—Se equivoca—contestó Fisher con una brusquedad muy poco habitual, e incluso con amargura—. Es lo que sí sé lo que no vale la pena saber. El lado sórdido de las cosas, los motivos secretos, los móviles corrompidos, el soborno y el chantaje al que llaman política. El hecho de haber estado en esas alcantarillas no me hace sentir lo bastante orgulloso para alardear de ello ante los niños en la calle.

—¿A qué se refiere? ¿Qué le pasa?—preguntó su amigo—. Nunca lo había visto así.

—Me avergüenzo de mí mismo—contestó Fisher—. Acabo de echar un jarro de agua fría sobre el entusiasmo de un muchacho.

—Incluso esa explicación resulta apenas exhaustiva—observó el experto criminalista.

—Naturalmente, esos entusiasmos no eran más que malditas estupideces periodísticas—prosiguió Fisher—, pero yo debería saber que a esa edad las ilusiones pueden ser ideales. Y cuanto menos son mejores que la realidad. Pero es una responsabilidad muy fea arrancar a un joven de la rutina del ideal más corrompido.

—¿Y cuál podría ser?—inquirió su amigo.

—Es muy probable que lo arroje con la misma energía en una dirección mucho peor—contestó Fisher—; una dirección sin destino, un hoyo sin fondo tan profundo como ese pozo sin fondo.

Fisher no volvió a ver a su amigo hasta al cabo de dos semanas, cuando se encontraba en el jardín que había detrás del club social, al otro lado del campo de golf; un jar-

dín de abundantes colores, perfumado con las dulces plantas semitropicales a la luz del crepúsculo desértico. Lo acompañaban otros dos hombres, y el tercero era el ya célebre segundo de a bordo, conocido por todos con el nombre de Tom Travers, un tipo delgado y moreno que aparentaba más años de los que tenía, con un surco en la frente y un bigote negro cuya forma misma sugería cierta taciturnidad. Acababa de servirles café el árabe que servía en el club temporalmente, aunque era ya un personaje conocido, e incluso famoso, por haber sido el criado del general. Respondía al nombre de Said, y destacaba entre otros semitas por la anormal longitud de su cara amarilla y por la altura y estrechez de su frente, que se da a veces entre los individuos de su raza; y pese a su agradable sonrisa, causaba una impresión irracional de algo siniestro.

—Este tipo no me inspira confianza—dijo Grayne cuando el hombre se había ido—. Sé que es muy injusto, pues sin duda era muy leal a Hastings, y dicen que incluso le salvó la vida. Pero los árabes suelen ser así, leales a un hombre. No puedo evitar pensar que podría degollar a cualquiera, e incluso hacerlo a traición.

—Bueno—dijo Travers con una sonrisa más bien desabrida—, mientras deje en paz a Hastings al mundo no le importará mucho.

Se produjo un silencio bastante incómodo, lleno de recuerdos de la gran batalla, y a continuación Horne Fisher dijo en voz baja:

—Los periódicos no son el mundo, Tom. No te preocupes por ellos. En tu mundo todos conocen la verdad.

—Creo que más vale que no hablemos del general ahora—observó Grayne—, pues acaba de salir del club.

—No viene hacia aquí—dijo Fisher—. Sólo está acompañando a su mujer al coche.

En efecto, mientras Fisher decía esto, la mujer apareció en los escalones de la entrada del club, seguida de su marido, quien se le adelantó rápidamente para abrir la verja del jardín. Entretanto ella se volvió y habló un momento con un hombre solitario que permanecía sentado en una silla de mimbre a la sombra de la entrada, el único que quedaba en el club desierto salvo los tres que se entretenían en el jardín. Fisher escudriñó en la sombra un momento, y vio que se trataba del capitán Boyle.

En seguida, y ante la sorpresa de los observadores, el general volvió a aparecer, subió los escalones y dijo a su vez algo a Boyle. A continuación hizo señas a Said, quien se apresuró a servirles dos tazas de café, y los dos hombres volvieron a entrar en el club, cada uno con su taza en la mano. Al minuto siguiente un destello de luz blanca en la oscuridad creciente indicó que las lámparas de la biblioteca del edificio se habían encendido.

—Café e investigaciones científicas—dijo Travers con tono grave—. Todos los lujos del saber y la investigación teórica. Bueno, yo tengo que irme, que también tengo trabajo—. Y dicho esto se levantó con un gesto forzado, saludó a sus compañeros y se alejó a grandes zancadas en la noche incipiente.

—Sólo espero que Boyle se limite a la investigación científica—dijo Horne Fisher—. Tampoco acabo de estar del todo seguro de él. Pero cambiemos de tema.

Hablaron de otra cosa más tiempo del que probablemente tenían previsto, hasta que llegó la noche tropical y una luna espléndida pintó la escena de plata; pero antes de

que ésta alumbrara lo suficiente, Fisher ya se había fijado en que las luces de la biblioteca se habían apagado de pronto. Esperó a que salieran los dos hombres por la entrada del jardín, pero no apareció nadie.

—Deben de haber salido a pasear por el campo de golf—dijo.

—Seguramente—contestó Grayne—. Va a ser una noche preciosa.

Al cabo de un minuto o dos, oyeron una voz que los llamaba desde la sombra de la casa, y se sorprendieron al ver a Travers que corría hacia ellos gritando:

—Necesito su ayuda, amigos—gritaba—. Ha sucedido algo espantoso en el campo de golf.

Atravesaron corriendo el salón para fumadores y la biblioteca, sumidos en la oscuridad absoluta, tanto mental como material. Pero Horne Fisher, pese a su afectación o indiferencia, era una persona de una sensibilidad curiosa y casi trascendental a los ambientes, y ya sentía la presencia de algo más que un accidente. Chocó contra un mueble de la biblioteca, y casi se estremeció con el golpe, pues el objeto se movía como nunca habría imaginado que podía moverse un mueble. Se movía como una cosa viva, cediendo y luego contraatacando. En seguida Grayne encendió las luces, y Fisher vio que sólo había tropezado con una de las librerías giratorias, que con su vaivén lo había golpeado; pero aquel retroceso involuntario le había revelado su propia sensación subconsciente de algo misterioso y monstruoso. En la biblioteca había varias librerías giratorias como aquella; sobre una de ellas había dos tazas de café, y sobre otra, un libro enorme abierto. Era el libro de Budge sobre los jeroglíficos egipcios, con ilustraciones a

color de extraños pájaros y dioses, y mientras pasaba por su lado, le pareció extraño el hecho de que ese volumen precisamente, y no cualquier otra obra de ciencia militar, estuviera abierto allí en ese preciso instante. Incluso se fijó en el espacio que había dejado en la ordenada estantería de donde había sido retirado, y le pareció que éste casi lo miraba boquiabierto, de un modo inquietante, como dos dientes muy separados en un rostro siniestro.

En pocos minutos de carrera llegaron al otro lado del campo, frente al pozo sin fondo, y a pocos metros de éste, bajo una luz de luna casi tan clara como la del sol, vieron lo que habían ido a ver.

El gran lord Hastings estaba tendido boca abajo, en una postura en la que había algo extraño y forzado, con un codo erguido por encima de su cuerpo, el brazo flexionado y la mano grande y huesuda agarrando la tupida y desgreñada hierba. A pocos metros estaba Boyle, casi tan inmóvil como Hastings, a cuatro patas y con los ojos clavados en el cadáver. Probablemente no había sido más que un golpe o un accidente; pero la postura cuadrúpeda y el rostro boquiabierto resultaban un tanto torpes y forzados. Parecía como si la razón lo hubiera abandonado. Detrás sólo había el límpido cielo azul del sur y el comienzo del desierto, aparte de las dos enormes piedras rotas situadas frente al pozo. Y con esa luz y esa atmósfera creyeron ver en ellas unos rostros gigantescos y malignos que los observaban desde arriba.

Horne Fisher se agachó y tocó la mano fuerte que permanecía agarrada a la hierba y estaba tan fría como una piedra. Se arrodilló junto al cuerpo y dedicó unos instantes a hacer otras pruebas; entonces volvió a levantar-

se y dijo, con una especie de desesperación confiada:

—Lord Hastings está muerto.

Hubo un silencio sepulcral, y a continuación Travers observó ásperamente:

—Éste es su departamento, Grayne; dejo al capitán Boyle en sus manos para que lo interrogue. Yo no entiendo lo que dice.

Boyle se había recuperado y puesto en pie, pero su rostro aún mostraba una expresión espantosa, como si llevara una máscara o la cara de otro hombre.

—Estaba mirando el pozo—dijo—, y cuando me volví él se había caído.

Grayne tenía el rostro muy sombrío.

—El caso me compete a mí, como usted dice—dijo—. Pero antes debo pedirle que me ayude a llevarlo a la biblioteca y me deje examinarlo todo minuciosamente.

Una vez que hubieron depositado el cuerpo en la biblioteca, Grayne se volvió hacia Fisher y dijo, con una voz que había recobrado plenitud y confianza:

—Primero voy a encerrarme dentro para llevar a cabo un examen minucioso. Cuento con usted para seguir en contacto con los demás y hacerle un primer reconocimiento a Boyle. Yo hablaré con él luego. Y llame a la jefatura para que nos manden a un agente; que venga en seguida y esté preparado para cuando lo necesite.

Sin más palabras, el gran investigador criminalista entró en la biblioteca iluminada cerrando la puerta tras de sí, y Fisher, sin contestar, se volvió y empezó a hablarle a Travers en voz baja.

—Es curioso—dijo—, que el suceso haya tenido lugar delante de este sitio.

—Sin duda resultaría muy curioso que el sitio hubiera desempeñado algún papel en ello—contestó Travers.

—Yo creo que el papel que no desempeñó resulta aún más curioso—contestó Fisher.

Y tras estas palabras, que aparentemente carecían de sentido, se volvió hacia el conmocionado Boyle y, sosteniéndolo por el brazo, empezó a pasearlo de un lado a otro bajo la luz de la luna, hablando en voz baja.

Ya despuntaba el alba brusca y radiante cuando Cuthbert Grayne apagó las luces de la biblioteca y salió al campo de golf. Fisher estaba allí, solo y ocioso, con su habitual languidez; pero el policía al que había mandado a buscar estaba firme detrás de él.

—He mandado a Boyle con Travers—observó Fisher despreocupadamente—; él lo vigilará. De todos modos necesita dormir un poco.

—¿Ha conseguido sacarle algo?—preguntó Grayne—. ¿Le ha contado lo que estaban haciendo Hastings y él?

—Sí—respondió Fisher—, me ha dado una explicación bastante clara. Ha dicho que después de que lady Hastings se fuera en el automóvil, el general lo había invitado a tomar café en la biblioteca para consultar un tema relacionado con las antigüedades de la zona. Apenas había empezado a buscar el libro de Budge en una de las librerías giratorias cuando el general lo encontró en una estantería de la pared. Tras mirar algunas ilustraciones salieron al campo de golf, al parecer bastante repentinamente, y caminaron hacia el viejo pozo; y mientras Boyle miraba en su interior oyó un ruido sordo detrás de él, y cuando se volvió, vio al general tendido en el suelo tal como lo encontramos nosotros. Boyle se arrodilló para examinar el cuer-

po, y se quedó paralizado por una especie de pánico que le impedía acercarse a él o tocarlo. Pero no creo que eso tenga demasiada importancia; a veces la gente que ha padecido una gran impresión aparece en las posturas más extrañas.

Grayne mostró una adusta sonrisa de atención, y tras un breve silencio dijo:

—Bueno, no le ha contado muchas mentiras. Es una versión clara y verosímil de los hechos, en la que falta todo lo importante.

—¿Ha descubierto algo ahí dentro?—preguntó Fisher.

—Lo he descubierto todo—respondió Grayne.

Fisher guardó un silencio un tanto sombrío, mientras Grayne reanudaba su explicación con voz tranquila y segura.

—Tenía usted toda la razón al decir que aquel joven corría el riesgo de adentrarse por caminos tenebrosos que conducían al abismo. Tuviera o no algo que ver con ello, como usted se imaginaba, el golpe que usted asestó a su concepto del general, hacía ya tiempo que el muchacho no se estaba portando muy bien con él. Es un asunto desagradable, y no quiero detenerme demasiado en los detalles; pero es bastante evidente que su mujer tampoco se estaba portando bien con él. No sé hasta qué extremo llegaba la cosa, pero en todo caso llegaba hasta la ocultación; y es que cuando lady Hastings se dirigió a Boyle lo hizo para decirle que había escondido una nota en el libro de Budge de la biblioteca. El general lo oyó por casualidad, o bien se enteró de algún modo, y fue directo a buscar el libro y encontró la nota. Se la enseñó a Boyle y naturalmente se armó un escándalo. Pero Boyle tuvo que hacer fren-

te a otra cosa; tuvo que enfrentarse a un espantoso dilema según el cual la vida de un anciano significaba la perdición y su muerte el triunfo e incluso la felicidad.

—Bueno—observó Fisher por fin—, no le reprocho que no le haya contado la versión de los hechos de la mujer. Pero ¿cómo sabe lo de la carta?

—La he encontrado en el cadáver del general—respondió Grayne—, y también he encontrado cosas peores. El cuerpo había adquirido la rigidez característica que provocan algunos venenos asiáticos. Entonces examiné las tazas de café, y gracias a mis conocimientos de química encontré veneno en el poso de una de ellas. Así pues, el general fue directo a la estantería y dejó su taza de café sobre la librería situada en medio de la sala. Mientras estaba de espaldas, la taza quedó a disposición de Boyle, quien fingía que inspeccionaba la librería. El veneno tarda en actuar unos diez minutos, y en diez minutos podían llegar paseando hasta el pozo sin fondo.

—Sí—observó Fisher—, pero ¿qué me dice del pozo sin fondo?

—¿Qué tiene que ver con esto el pozo sin fondo?—preguntó su amigo.

—Nada—respondió Fisher—. Eso es lo que me parece totalmente desconcertante e increíble.

—¿Y por qué iba a tener alguna relación con ello ese curioso agujero en el suelo?

—Para usted es un curioso agujero—dijo Fisher—. Pero no pienso insistir en ello ahora. Por cierto, hay otra cosa que debería decirle. He dicho que había puesto a Boyle bajo la vigilancia de Travers. Pero también podría decir que he puesto a Travers bajo la vigilancia de Boyle.

—¿Me está diciendo que sospecha de Tom Travers?—gritó el otro.

—Estaba mucho más resentido con el general que Boyle—observó Horne Fisher con curiosa indiferencia.

—Vamos, hombre, no lo dirá usted en serio—gritó Grayne—. Le digo que encontré el veneno en una de las tazas de café.

—Por supuesto también está Said—agregó Fisher—, por odio o por dinero. Ya hemos convenido en que era capaz de casi todo.

—Y también que era incapaz de hacer daño a su amo—replicó Grayne.

—Bueno, bueno—dijo Fisher cordialmente—, diría que tiene usted razón; pero me gustaría echar un vistazo a la biblioteca y a las tazas de café.

Entró en la biblioteca, mientras Grayne se dirigía al policía y le entregaba una nota garabateada para que la telegrafiara desde la jefatura. El agente saludó y salió corriendo; a continuación Grayne siguió a su amigo y lo encontró junto a la librería situada en medio de la biblioteca, sobre la cual estaban las tazas vacías.

—Aquí es donde Boyle buscó el volumen de Budge, o fingió que lo buscaba, según su versión—dijo.

Mientras hablaba, Fisher se puso casi en cuclillas para mirar los libros de la pequeña estantería giratoria, ya que la librería no era mucho más alta que una mesa corriente. En seguida se levantó de un salto, como si le hubiera picado algo.

—¡Dios mío!—exclamó.

Muy poca gente, por no decir nadie, había visto comportarse al señor Horne Fisher como acababa de hacerlo

entonces. Echó una ojeada a la puerta, vio que la ventana abierta estaba más cerca que aquella, la cruzó de un brinco, como si saltara una valla, y salió corriendo a través de la hierba tras el agente que acababa de marcharse. Grayne, que se quedó allí plantado y siguiéndolo con la mirada, no tardó en ver regresar aquella figura alta y desgarbada, con su languidez y despreocupación habituales. Se abanicaba lentamente con un trozo de papel, el telegrama que acababa de interceptar con violencia.

—Menos mal que he podido detenerlo—observó—. Debemos mantener en secreto este asunto. Hastings tiene que haber muerto de una apoplejía o de un infarto.

—¿Qué diablos sucede?—preguntó el otro investigador.

—Lo que sucede es que en pocos días habríamos tenido un dilema muy agradable: el de ahorcar a un hombre inocente o arruinar el Imperio británico.

—¿Insinúa usted que este crimen tan atroz no debe ser castigado?—preguntó Grayne.

Fisher lo miró fijamente.

—Ya ha sido castigado—dijo.

Y tras una breve pausa prosiguió.

—Ha reconstruido usted el crimen con admirable pericia, querido amigo, y casi todo lo que ha dicho era verdad. Dos hombres con sendas tazas de café entraron en la biblioteca, dejaron sus tazas sobre la librería y salieron juntos al pozo, y uno de ellos era un asesino y echó veneno en la taza del otro. Pero no lo hizo mientras Boyle miraba la librería giratoria. Es cierto que éste la examinó en busca del libro de Budge que escondía la nota, pero creo que Hastings ya lo había trasladado a una de las estante-

rías de la pared. Parte de su macabro juego consistía en que lo encontrara él primero.

—Ahora bien, ¿cómo busca uno un libro en una librería giratoria? Por regla general no va saltando a su alrededor de cuclillas, como una rana. Simplemente le da un toque y la hace girar.

Mientras hablaba fruncía el ceño con la mirada clavada en el suelo, y bajo sus pesados párpados había una luz que no se veía a menudo. El misticismo que yacía enterrado bajo la profunda capa de cinismo de su experiencia estaba despierto y se movía en las profundidades. Su voz adoptaba inesperados giros e inflexiones, casi como si hablaran dos hombres en vez de uno.

—Eso es lo que hizo Boyle; apenas tocó la estantería, ésta giró con la facilidad con que gira el mundo. Sí, con la misma facilidad con que gira el mundo, pues la mano que la hizo girar no era la suya. Dios, que hace girar la rueda de todas las estrellas, tocó aquella rueda y le hizo dar un giro completo, para imponer así Su temible justicia.

—Empiezo a tener una vaga y espantosa idea de lo que quiere usted decir—dijo Grayne pausadamente.

—Es muy sencillo—dijo Fisher—, cuando Boyle se levantó, había sucedido algo que ni él ni su enemigo ni nadie habían advertido. Las dos tazas de café se habían intercambiado el sitio.

El imperturbable rostro de Grayne parecía encajar un golpe en silencio; ni una sola de sus arrugas se alteró, pero cuando hablaba su voz era inesperadamente débil.

—Entiendo lo que quiere decir—dijo—, y, como usted dice, cuanto menos se hable de ello mejor. No fue el amante el que intentó deshacerse del marido, sino al revés.

Y una historia como ésa sobre un hombre como ése sería nuestra ruina aquí. ¿Lo sospechó desde el principio?

—El pozo sin fondo, como ya le he dicho—respondió Fisher en voz baja—; eso fue lo que me desconcertó desde el principio. No porque tuviera algo que ver con el asunto, sino porque no tenía nada que ver.

Hizo una breve pausa, como si escogiera las palabras, y prosiguió:

—Cuando un hombre sabe que su enemigo estará muerto al cabo de diez minutos, y lo lleva hasta el borde de un abismo insondable, su intención es arrojar ahí el cadáver. ¿Qué otra cosa iba a hacer? Hasta a un idiota se le ocurriría hacer eso, y Boyle no es idiota. ¿Y por qué no lo hizo Boyle? Cuanto más reflexionaba al respecto más sospechaba que había algún error en el asesinato, por así decir. Alguien había llevado a alguien allí para arrojarlo al pozo, y sin embargo la víctima no había sido arrojada. Yo ya albergaba la endeble e inquietante sospecha de que se había producido una sustitución o inversión de papeles; entonces me agaché para hacer girar la librería, por casualidad, e inmediatamente lo entendí todo, pues vi cómo las dos tazas volvían a girar, como dos lunas en el cielo.

Tras una pausa, Cuthbert Grayne dijo:

—¿Y qué vamos a decir a la prensa?

—Mi amigo Harold March llega hoy de El Cairo—dijo Fisher—. Es un periodista muy hábil e inteligente. Pero aun así es un hombre muy honesto, de modo que no debemos decirle la verdad. Al cabo de media hora Fisher volvía a pasearse de un lado a otro delante de la casa del club acompañado del capitán Boyle, este último con un

aire conmocionado y perplejo; tal vez se había vuelto más triste y más sensato.

—¿Qué pasa conmigo, entonces?—decía—. ¿Estoy absuelto? ¿No se me va a absolver?

—Espero y deseo que nadie sospeche de usted—respondió Fisher—. Pero tampoco lo van a absolver. No debe haber sospecha alguna contra él, y por lo tanto tampoco contra usted. Cualquier sospecha contra él, y no digamos ya una historia como ésta, nos enviaría disparados de Malta a Mandalay. Él era un héroe, y para los musulmanes representaba el mismísimo demonio. Casi podría considerársele un héroe musulmán al servicio de Inglaterra. Desde luego se llevaba bien con ellos gracias en parte a su pequeña dosis de sangre oriental heredada de su madre, una bailarina de Damasco; eso lo sabe todo el mundo.

—Claro—repitió Boyle mecánicamente, mirando a su interlocutor con los ojos muy abiertos—, todo el mundo lo sabe.

—Diría que había algo de esa sangre en sus celos y en sus feroces deseos de venganza—prosiguió Fisher—. Pero pese a ello semejante crimen supondría nuestra perdición entre los árabes, sobre todo porque podría parecer un crimen contra su hospitalidad. Ha sido odioso para usted y bastante espantoso para mí. Pero hay cosas que no se pueden hacer, y mientras yo viva ésta es una de ellas.

—¿A qué se refiere?—preguntó Boyle mirándolo con curiosidad—. ¿Por qué se muestra usted tan vehemente al respecto?

Horne Fisher miró al joven con una expresión desconcertante.

—Supongo que porque soy un insignificante inglés— dijo.

—Nunca entiendo lo que quiere usted decir con eso— contestó Boyle, dubitativo.

—¿Cree usted que Inglaterra es tan insignificante que no puede retener a un hombre que se halla a varios miles de kilómetros?—dijo Fisher con una pizca de calidez en su fría voz—. Usted me dio una lección de patriotismo utópico, joven amigo; pero ahora se trata de patriotismo práctico, y sin mentiras de por medio. Hablaba usted como si a nosotros todo nos fuera bien en todo el mundo, en un crescendo triunfal que culminaba en Hastings. Pues yo le digo que nos ha salido mal todo salvo Hastings. Él era el nombre que nos abría todas las puertas, y eso no puede perderse también, ¡no, por Dios! Bastante tenemos ya con que una banda de malditos judíos nos colocara aquí, donde no hay ningún interés inglés que servir y tenemos a todo el mundo en contra, sólo porque ese metomentodo de Zimmern ha prestado dinero a la mitad del gabinete ministerial. Y bastante tenemos con que un viejo prestamista de Bagdad nos mande a librar sus batallas; con la mano derecha amputada no podríamos combatir. Nuestro punto a favor era Hastings y su victoria, que era realmente la victoria de alguien más. Tom Travers debe sufrir, y usted también.

Entonces, tras un momento de silencio, señaló hacia el pozo sin fondo y dijo, bajando la voz:

—Ya le dije que no creía en la filosofía de la Torre de Aladino. No deseo que el Imperio crezca hasta alcanzar el cielo; no deseo que la bandera de nuestro país se eleve eternamente como la Torre. Pero si cree usted que voy a dejar que descienda eternamente, como el pozo sin fondo, en la

oscuridad del abismo infinito, en la derrota y el escarnio, entre los abucheos de los judíos que nos han exprimido, no, no pienso permitirlo, y no hay más que hablar; aunque el ministro de Economía fuera chantajeado por veinte millonarios con sus periodicuchos sensacionalistas; aunque el Primer Ministro se casara con veinte judías yanquis; aunque Woodville y Carstairs tuvieran acciones en veinte minas tapadera. Si es verdad que la cosa se tambalea, y que Dios nos ayude en tal caso, no debemos ser nosotros quienes la acabemos volcando.

Boyle lo miraba con un desconcierto que rayaba en el miedo e incluso tenía algo de aversión.

—De algún modo—dijo—, parece haber algo espantoso en las cosas que usted sabe.

—En efecto—contestó Horne Fisher—. No estoy satisfecho con mi pequeña reserva de conocimientos y capacidad de reflexión. Pero habida cuenta de que ésta ha contribuido a que no lo ahorquen a usted, no entiendo por qué va usted a quejarse de ella.

Y, como si se avergonzara de su anterior arranque de orgullo exaltado, dio media vuelta y se alejó paseando hacia el pozo sin fondo.

V
LA MANÍA DEL PESCADOR

Hay cosas que son demasiado extraordinarias para ser recordadas. Si suceden fuera del curso de las cosas, y aparentemente no tienen causas ni acarrean consecuencias, los acontecimientos posteriores no hacen pensar en ellas, y no son más que algo que permanece en el subconsciente y que se despierta mucho después a raíz de algún accidente. Se aleja como un sueño olvidado; y fue precisamente a la hora de muchos sueños, al rayar el alba, poco después de que terminara la oscuridad, cuando aquella extraña visión se ofreció a un hombre que impulsaba a remo un bote por un río del oeste. El hombre estaba despierto; cuando menos él se consideraba totalmente despierto, ya que era el periodista político Harold March, que iba a entrevistar a varias celebridades políticas a sus residencias rurales. Sin embargo lo que vio era tan inverosímil que podría haber sido fruto de la imaginación. Simplemente pasó de largo por su mente y se perdió entre otros acontecimientos posteriores y totalmente distintos; no recuperó el recuerdo siquiera hasta mucho después de haber descubierto su significado.

Las pálidas neblinas de la mañana se extendían sobre los campos y los juncos a lo largo de una orilla del río; al otro lado discurría un muro de ladrillo rojizo que casi se inclinaba sobre el agua. Había levantado los remos para dejar un momento la barca a merced de la corriente cuando volvió la cabeza y vio un puente que interrumpía la monotonía del largo muro de ladrillo; un elegante puente de

aspecto dieciochesco con pequeñas columnas de piedra blanca que se estaban tornando grises. Había habido inundaciones y el río aún estaba muy crecido. Algunos árboles enanos se hallaban parcialmente sumergidos en él, y un estrecho arco de luz blanca del amanecer brillaba bajo la curva del puente.

Mientras su bote pasaba por debajo del oscuro arco, vio cómo otra embarcación se acercaba a la suya impulsada por un hombre tan solitario como él. La postura en la que se encontraba impedía verlo bien, pero al acercarse al puente se puso en pie en el bote y se volvió. Sin embargo, estaba tan cerca de la oscura entrada que su cuerpo era una negra figura recortada contra la luz de la mañana, y March no alcanzó a ver de su cara nada más que las astas de unas largas patillas o bigotes, que conferían un aire siniestro a la silueta, como unos cuernos fuera de lugar. March no se habría fijado siquiera en estos detalles de no haber sido por lo que sucedió en aquel preciso instante. Mientras el hombre pasaba por debajo del puente dio un salto y se asió a él; mientras las piernas le colgaban el bote se alejó flotando de debajo de él. March vio por un momento un par de piernas negras pataleando, luego una sola y después ya nada, salvo la corriente arremolinada y la larga perspectiva del muro de ladrillo. Pero, cada vez que volvía a pensar en ello, al cabo de mucho tiempo, cuando por fin entendió la historia en la que se enmarcaba, siempre aparecía fijado en aquella forma fantástica, como si esas piernas descontroladas fueran un grotesco ornamento esculpido del propio puente, al estilo de una gárgola. En aquel momento él se limitó a pasar de largo con la mirada fija en la corriente del río. No vio ninguna figura fugaz por el puen-

te, de modo que llegó a la conclusión de que debía de haber huido ya; sin embargo intuía una vaga relevancia en el hecho de que entre los árboles que rodeaban la cabeza del puente opuesta al muro de ladrillo viera una farola y, junto a la farola, la espalda ancha y azul de un policía inconsciente.

Antes de llegar al santuario de su peregrinaje político tenía muchas otras cosas en que pensar más importantes que el curioso episodio del puente; y es que manejar el bote solo no siempre resultaba fácil, ni siquiera en un río tan solitario. Y desde luego el hecho de que estuviera solo se debía simplemente a un accidente imprevisto. Había adquirido el bote y programado la expedición junto con un amigo que en el último momento se había visto obligado a modificar sus planes. Harold March debería haber viajado con su amigo Horne Fisher en aquella travesía fluvial hacia Willowood Place, donde en ese momento se hospedaba el Primer Ministro. Cada vez eran más las personas que oían hablar de Harold March, pues sus magníficos artículos políticos le abrían las puertas de cada vez más salones; y sin embargo aún no había conocido al Primer Ministro. De Horne Fisher no había oído hablar casi nadie; y sin embargo conocía al Primer Ministro desde siempre. Por estas razones, de haber emprendido los dos juntos el viaje planeado, March se habría mostrado ligeramente dispuesto a acelerarlo y Fisher vagamente contento de poder alargarlo. Y es que Fisher era una de esas personas que habían nacido conociendo al Primer Ministro. Al parecer esta circunstancia no producía un efecto demasiado estimulante, pues parecía más bien haber nacido cansado. Sin embargo se mostró visiblemente enfadado al recibir, mientras pre-

paraba un pequeño y ligero equipaje compuesto por aparejos de pesca y algunos puros, un telegrama procedente de Willowood en el que se le pedía que saliera hacia allí de inmediato en tren, pues el Primer Ministro tenía que irse esa misma noche. Fisher sabía que su amigo el periodista no podía salir hasta el día siguiente, y su amigo el periodista le caía bien y él tenía muchas ganas de pasar unos días junto al río. El Primer Ministro no le caía ni bien ni mal, pero lo que sí le desagradaba sobremanera era tener que pasar unas horas en tren. No obstante, aceptaba a los primeros ministros del mismo modo que aceptaba los ferrocarriles; como parte de un sistema para cuya destrucción, afortunadamente, él no había sido el revolucionario enviado a la Tierra. De modo que telefoneó a March para pedirle, entre un montón de maldiciones de disculpa y vagas palabrotas, que recorriera el río en bote tal como habían dispuesto, y que se encontrarían en Willowood a la hora convenida; entonces salió y cogió un taxi para ir a la estación. Una vez allí pasó por el quiosco para añadir a su ligero equipaje unas cuantas historias de asesinatos, que leyó con gran placer y sin el presentimiento de estar a punto de enfrentarse a una historia no menos extraña en la vida real.

Llegó un poco antes de que anocheciera, con su ligera maleta en la mano, frente a la verja de los largos jardines a orillas del río de Willowood Place, una de las pequeñas residencias de sir Isaac Hook, dueño de muchos barcos y de muchos periódicos. Entró por la verja que daba a la carretera, al otro lado del río, aunque algo había en aquel paisaje acuoso que recordaba al viajero que el río estaba cerca. Blancos destellos de agua brillaban como espadas o lanzas en los verdes matorrales. E incluso en el jardín, dividido

en parterres y protegido por setos y elevados árboles, por todas partes flotaba en el ambiente la música del agua. El primero de los verdes parterres que pisó parecía una especie de pista de cróquet en la que había un joven solitario jugando al cróquet contra sí mismo. Sin embargo no era un entusiasta de aquel deporte, ni siquiera del jardín; y su rostro cetrino, aunque bien esculpido, parecía más huraño que otra cosa. No era más que uno de esos jóvenes que no soportan la carga de la consciencia a menos que estén haciendo algo, y cuyas ideas de hacer algo se limitan a un juego de cualquier clase. Era moreno e iba bien vestido, con ropa ligera de vacaciones, y Fisher en seguida reconoció al joven James Bullen, a quien por algún motivo desconocido llamaban Bunker. Era el sobrino de sir Isaac, pero lo más importante es que también era el secretario particular del Primer Ministro.

—¡Hola, Bunker!—saludó Horne Fisher—. Precisamente el hombre al que quería ver. ¿Ha llegado ya su jefe?

—Sólo se queda a cenar—contestó Bullen sin apartar los ojos de la pelota amarilla—. Mañana tiene que pronunciar un importante discurso en Birmingham y se marcha esta misma noche. Irá hasta allí motorizado; digo, en automóvil. Es lo único de lo que está realmente orgulloso.

—¿Significa eso que se va a quedar aquí con su tío, como un buen muchacho?—respondió Fisher—. ¿Pero qué hará el jefe en Birmingham sin los epigramas que le susurra al oído su eficiente secretario?

—No empiece a tomarme el pelo—dijo el joven al que llamaban Bunker—. No sabe cómo me alegro de no tener que ir con él. No sabe ni de mapas, ni de dinero, ni de hoteles, ni de nada, y siempre me hace ir de aquí para allá

como un mensajero. En cuanto a mi tío, como se supone que voy a heredar parte de su patrimonio, lo menos que puedo hacer es pasar por aquí de tanto en tanto.

—Muy adecuado—contestó Fisher—. Bueno, lo veré luego.

Y a continuación cruzó el parterre y lo abandonó a través de un hueco que había en el seto.

Mientras paseaba por el césped hacia el embarcadero del río, aún sentía a su alrededor, bajo la cúpula de la tarde dorada, un sabor y un eco antiguos en aquel jardín asediado por el río. El siguiente parterre de hierba que cruzó le pareció desierto a primera vista, hasta que vio una hamaca en la penumbra de los árboles que había en un rincón, y en la hamaca a un hombre leyendo un periódico y balanceando una pierna por encima del borde de la red.

A éste también lo saludó por su nombre, y el hombre bajó de la hamaca y avanzó hacia él con aire despreocupado. Parecía predestinado a sentir algo del pasado en los accidentes de aquel lugar, pues la figura bien podría haber sido un fantasma de la primera época victoriana que visitara a los fantasmas de los arcos y los mazos de cróquet. Era la figura de un hombre mayor con unas largas patillas que parecían casi fantásticas, y un pintoresco y meticuloso diseño de cuello y corbata. Cuarenta años atrás había sido un dandi que vestía a la moda, y se las había arreglado para conservar la condición de dandi sin hacer caso de las modas. En la hamaca, junto al *Morning Post*, había un sombrero de copa blanco. Era el duque de Westmoreland, la reliquia de una familia realmente secular; y la antigüedad no era heráldica, sino historia. Nadie mejor que Fisher sabía lo raros que son los nobles de esa cla-

se en la realidad y lo numerosos que resultan en la ficción. Pero si el duque debía el respeto general del que gozaba a la autenticidad de su linaje, o al hecho de poseer una inmensa cantidad de valiosas propiedades, era un tema sobre el que tal vez habría resultado más interesante descubrir la opinión de Fisher.

—Parecía estar tan cómodo—dijo Fisher—, que he creído que debía ser uno de los criados. Busco a alguien que me lleve la maleta; no he traído ninguna ayuda, pues he venido a toda prisa.

—En realidad yo tampoco—contestó el duque, con cierto orgullo—. Nunca traigo a nadie. No existe bicho viviente al que deteste más que a un ayuda de cámara. De pequeño aprendí a vestirme solo y debía de hacerlo bastante bien. Puede que esté en mi segunda infancia, pero no he llegado al extremo de dejarme vestir como un niño.

—El primer ministro no ha traído ayuda de cámara, sino a su secretario—observó Fisher—. Un trabajo endemoniadamente inferior. Me ha parecido oír que Harker estaba por aquí.

—Está ahí abajo, en el embarcadero—contestó el duque con indiferencia, y reanudó su estudio del *Morning Post*.

Fisher cruzó la última pared verde del jardín y salió a una especie de camino de sirga que daba al río y a una isla boscosa que había enfrente. Y allí, en efecto, vio una figura delgada y oscura, encorvada como la de un buitre, que en los tribunales asociaban a la persona de sir John Harker, el ministro de Justicia. Tenía el rostro arrugado por la actividad cerebral, pues de los tres holgazanes que había en el jardín él era el único que había prosperado sin ayuda

de nadie; y alrededor de su frente calva y sus sienes hundidas se adherían unos mechones de pelo rojo sin brillo, aplastados como láminas de cobre.

—Aún no he visto a mi anfitrión—dijo Horne Fisher, con un tono ligeramente más serio que el que había empleado con los demás—. Pero supongo que lo veré a la hora de la cena.

—Puede verlo ahora, pero no va a poder estar con él—contestó Harker.

Con un gesto de la cabeza señaló hacia un extremo de la isla de enfrente, y mirando fijamente en la misma dirección el otro invitado pudo ver la coronilla de una cabeza calva y la punta de una caña de pescar, ambas igualmente inmóviles, elevándose por encima de la alta maleza que se recortaba contra el fondo del agua que tenía detrás. El pescador parecía estar apoyado contra la cepa de un árbol y mirando hacia la otra orilla, de modo que no podía vérsele el rostro, pero la forma de su cabeza era inconfundible.

—No le gusta que lo molesten cuando está pescando—prosiguió Harker—. Tiene la manía de no comer nada más que pescado, y está muy orgulloso de poder pescarlo él mismo. Por supuesto defiende la simplicidad, como tantos otros millonarios de su estilo. Le gusta decir que ha trabajado para ganarse el pan como un jornalero cualquiera.

—¿También explica cómo sopla el cristal de sus copas y rellena sus muebles tapizados?—preguntó Fisher—. ¿Y cómo fabrica sus tenedores de plata, cultiva la uva y los melocotones que come y diseña todos los motivos de sus alfombras? Dicen que es un hombre muy ocupado.

—Creo que de eso no ha hablado nunca—respondió el abogado—. ¿A qué viene esta sátira social?

—Bueno, es que estoy un poco harto de la sencilla y extenuante vida que lleva nuestra pequeña aristocracia—dijo Fisher—. En realidad todos dependemos de casi todo, y todos nos jactamos de ser capaces de prescindir de algo. El Primer Ministro se enorgullece de poder prescindir de chófer, pero no puede prescindir de un factótum, un hombre orquesta; y al pobre Bunker le toca interpretar el papel de genio universal, para el que Dios sabe que no estaba predestinado. El duque se vanagloria de poder prescindir de ayuda de cámara, pero aun así, conseguir esa ropa anticuada y extraordinaria que lleva debe de causar un montón de molestias a mucha gente. Debe de haber mandado consultar al Museo Británico o excavar algunas tumbas. Sólo ese sombrero blanco debió de requerir una especie de expedición para encontrarlo, como si fuera el Polo Norte. Y ahí está el viejo Hook[8] fingiendo atrapar su propio pescado cuando es incapaz de fabricar los cuchillos o los tenedores con los que se lo come. Puede que su actitud sea sencilla ante las cosas sencillas, pero apuesto a que es lujosa ante los lujos, sobre todo ante las cosas pequeñas. A usted no lo incluyo; ha trabajado demasiado para jugar a disfrutar del trabajo.

—A veces creo que usted esconde el espantoso secreto de resultar útil en ocasiones. ¿No ha venido a ver al Número Uno antes de que se vaya a Birmingham?

Horne Fisher respondió, bajando la voz:

[8] Uno de los significados de *hook* es, precisamente, «anzuelo». (*N. del T.*)

—Sí; y espero tener la suerte de dar con él antes de cenar. Después tiene que hablar de no sé qué asunto con sir Isaac.

—¡Vaya!—exclamó Harker—. Sir Isaac ha acabado de pescar. Sé que presume de levantarse al amanecer y de irse a dormir al anochecer.

En efecto, el anciano de la isla se había puesto en pie, volviéndose y mostrando una mata de barba gris y unas facciones menudas y hundidas, pese a unas cejas feroces y unos ojos penetrantes y encolerizados. Regresaba a tierra firme a través de una pasarela de piedras planas que había más abajo, en una parte poco profunda del río, llevando con cuidado sus aparejos de pesca; entonces se desvió, se acercó a sus invitados y los saludó cortésmente. Había varios pescados en su cesta y estaba de buen humor.

—Sí—dijo, respondiendo a la educada expresión de sorpresa de Fisher—, creo que soy el primero de la casa en levantarme. A quien madruga Dios lo ayuda.

—Por desgracia—dijo Harker—, no por mucho madrugar amanece más temprano.

—Pero quien madruga atrapa antes el pescado—contestó el anciano, con tono áspero.

—Sin embargo, según he oído decir, sir Isaac, usted también es trasnochador—intervino Fisher—. Debe de dormir muy poco.

—Nunca he tenido mucho tiempo para dormir—respondió Hook—, y, en todo caso, esta noche también tendré que trasnochar. El Primer Ministro me ha dicho que quiere hablar conmigo, y, bien mirado, creo que más vale que vayamos vistiéndonos para la cena.

Esa noche la cena transcurrió sin una sola palabra de

política y con poco más que las habituales nimiedades de rigor. El Primer Ministro, lord Merivale, que era un hombre alto y esbelto de pelo cano y rizado, elogió solemnemente a su anfitrión por su éxito como pescador y la habilidad y la paciencia de que hacía gala; la conversación fluía como el arroyo entre las piedras de la pasarela.

—Sin duda se requiere paciencia para esperarlos—dijo sir Isaac—, y habilidad para engañarlos, pero por regla general yo tengo bastante suerte.

—¿Y nunca ha sucedido que un pez grande rompa el hilo y se escape?—inquirió el político, con respetuoso interés.

—Con el tipo de hilo que uso yo no—respondió Hook, con satisfacción—. De hecho, soy un experto en aparejos de pesca. Si un pez fuera lo bastante fuerte para romper el hilo, también lo sería para tirarme a mí al río.

—Eso supondría una enorme pérdida para la comunidad—dijo el Primer Ministro inclinando la cabeza.

Fisher había escuchado todas aquellas palabras vanas con contenida impaciencia, esperando su oportunidad para intervenir, y cuando el anfitrión se levantó, se puso en pie de un salto con una presteza poco habitual en él. Se las arregló para atrapar a lord Merivale antes de que sir Isaac se lo llevara para la entrevista final. Sólo tenía unas pocas palabras que decir, pero quería soltarlas.

Y dijo en voz baja, mientras le abría la puerta al Premier:

—He visto a Montmirail; dice que a menos que protestemos inmediatamente en defensa de Dinamarca, Suecia embargará los puertos.

Lord Merivale asintió.

—Precisamente ahora voy a oír lo que opina Hook al respecto—dijo.

—Imagino que no es muy difícil adivinar lo que dirá—dijo Fisher con una leve sonrisa.

Merivale no contestó, y se encaminó con elegancia hacia la biblioteca, donde ya lo esperaba su anfitrión. Los demás invitados se dirigieron a la sala de billar, y Fisher se limitó a comentar al abogado:

—No tardarán mucho. Ya sabemos que casi están de acuerdo.

—Hook apoya sin reservas al Primer Ministro—corroboró Harker.

—O el Primer Ministro apoya sin reservas a Hook—dijo Horne Fisher, y empezó a golpear despreocupadamente las bolas en torno a la mesa de billar.

A la mañana siguiente Horne Fisher bajó tarde y sin prisas, como tenía por reprensible costumbre; era evidente que no aspiraba a la ayuda de Dios. Pero los demás invitados parecían sentir una indiferencia parecida, y se servían el desayuno del aparador a intervalos, ya casi a la hora del almuerzo. De modo que no habían pasado muchas horas cuando los asaltó la primera sensación de aquel extraño día. Ésta se presentó con la forma de un joven de pelo claro y expresión cándida que llegó remando por el río y atracó en el embarcadero. En efecto, no era otro que el señor Harold March, cuyo trayecto fluvial había comenzado mucho más arriba, aún de madrugada. Llegó a última hora de la tarde, pues había parado a tomar el té en un gran pueblo situado junto a la orilla, y por el bolsillo le asomaba un periódico vespertino de color rosáceo. Cayó sobre el jardín de la orilla como un

rayo silencioso y educado, aunque sin saber que lo era.

El primer intercambio de saludos y presentaciones fue bastante banal, y consistió en la inevitable repetición de disculpas por el excéntrico aislamiento del anfitrión. Había vuelto a salir a pescar, por supuesto, y no podía molestársele hasta la hora convenida, aunque estaba sentado a un tiro de piedra de donde se encontraban ellos.

—Compréndalo, es su única afición—observó Harker a modo de disculpa—; al fin y al cabo está en su casa; y en otros aspectos es muy hospitalario.

—Mucho me temo que se está convirtiendo más en una manía que en una afición—dijo Fisher bajando la voz—. Sé lo que pasa cuando un hombre de esa edad empieza a coleccionar cosas, si es que sólo se trata de coleccionar esos pequeños y asquerosos peces de río. Acuérdese del tío de Talbot, con sus mondadientes, y el pobre Buzzy y la ceniza de los puros. Hook hizo un montón de cosas importantes en sus buenos tiempos, como el gran acuerdo sobre el comercio de madera sueca y la Conferencia de Paz de Chicago, pero dudo si ahora mismo le interesa alguna de esas cosas importantes tanto como esos pequeños peces.

—Vamos, vamos—protestó el ministro de Justicia—. El señor March va a pensar que ha venido a visitar a un loco. Créame, Hook sólo lo hace para divertirse, como cualquier otro deporte, sólo que es de los que se toman la diversión a pecho. Pero apuesto a que si llegara alguna noticia importante sobre la madera o los barcos, apartaría sin problemas su afición y sus peces.

—Bueno, yo no estoy tan seguro—dijo Horne Fisher mirando con ojos somnolientos la isla fluvial.

—Por cierto, ¿hay alguna noticia?—preguntó Harker

a Harold March—. Veo que trae un periódico vespertino; uno de esos emprendedores periódicos vespertinos que salen por la mañana.

—El principio del discurso de lord Merivale en Birmingham—contestó March, entregándole el periódico—. Sólo es un párrafo, pero me parece bastante bueno.

Harker cogió el periódico, lo desplegó y volvió a doblar, y miró las noticias de «Última Hora». No era más que un párrafo, como March había dicho. Pero aquel fragmento produjo un extraño efecto en sir John Harker. Sus ceñudas cejas se arquearon con un leve movimiento, sus ojos pestañearon y su áspera mandíbula se aflojó un momento. Curiosamente, tenía el aspecto de un anciano. Y entonces, endureciendo la voz y devolviéndole el periódico a Fisher sin un solo temblor, se limitó a decir:

—Bien, he aquí una ocasión para apostar. Aquí tiene esa noticia importante que podría interrumpir la pesca del anciano.

Horne Fisher miraba el periódico, y en sus facciones más lánguidas y menos expresivas también pareció producirse un cambio. Pese a ser un párrafo pequeño, iba encabezado por dos o tres grandes titulares, y sus ojos tropezaron con: «Increíble advertencia a Suecia» y «Vamos a protestar».

—¡Qué demonios!—dijo, y sus palabras fueron bajando de tono hasta convertirse primero en un susurro y finalmente en un silbido.

—Tenemos que comunicárselo a Hook de inmediato; de lo contrario no nos lo perdonará nunca—dijo Harker—. Seguramente querrá ver al Número Uno en seguida, aunque tal vez sea ya tarde. Voy a buscarlo ahora

mismo. Apuesto a que consigo hacerle olvidar sus peces.

Y, volviendo la espalda, avanzó con paso apresurado por la orilla hasta la pasarela de piedras.

March miraba fijamente a Fisher, asombrado por el efecto que había causado su periódico rosáceo.

—¿Qué significa todo esto?—exclamó—. Siempre supuse que había que protestar en defensa de los puertos daneses, por su bien y por el nuestro. ¿A qué se debe esta preocupación entre ustedes acerca de sir Isaac? ¿Acaso lo consideran una mala noticia?

—¡Una mala noticia!—repitió Fisher con un énfasis suave e indescriptible.

—¿Tan grave es?—preguntó su amigo, finalmente.

—¿Grave?—repitió Fisher—. No podría ser mejor. Es una noticia buenísima. ¡Maravillosa! Por eso nos ha dejado a todos atontados. Es excelente. Inestimable. Y también increíble.

Volvió a mirar los tonos grises y verdes de la isla y el río, y sus sombríos ojos recorrieron lentamente el paisaje hasta los setos y los parterres de césped.

—Creía que este jardín era una especie de sueño—dijo—, y supongo que debo de estar soñando. Pero la hierba crece y el agua se mueve; y sin embargo algo imposible ha sucedido.

Mientras hablaba, la oscura figura encorvada como un buitre apareció en el claro del seto situado justo encima de ellos.

—Ha ganado usted la apuesta—dijo Harker con una voz áspera y casi ronca—. A ese viejo chiflado no le importa nada más que la pesca. Me ha insultado y me ha dicho que no pensaba hablar de política.

—Ya me lo temía—dijo Fisher con modestia—. ¿Qué va a hacer ahora?

—Voy a utilizar el teléfono de ese viejo idiota—contestó el abogado—. Debo averiguar qué ha pasado exactamente. Mañana tengo que hablar en nombre del Gobierno—. Y se alejó corriendo hacia la casa.

En medio del silencio que siguió, un silencio que a March le pareció desconcertante, vieron cómo se acercaba a través del jardín la pintoresca figura del duque de Westmoreland con su sombrero blanco y sus patillas. Fisher se adelantó hacia él al instante con el periódico rosáceo en la mano y, sin demasiadas palabras, le señaló el apocalíptico párrafo. El duque, que había caminado hasta allí lentamente, permaneció completamente inmóvil, y durante unos instantes pareció el maniquí de un sastre, plantado y con la mirada perdida en la entrada de una tienda de antigüedades. Entonces March oyó su voz, fuerte y casi histérica:

—Tiene que verlo; hay que hacérselo entender. No deben de habérselo explicado debidamente—. Y a continuación su voz cobró seguridad e incluso pomposidad: —Se lo diré yo mismo.

Entre los extraños incidentes de aquella tarde, a March siempre le resultaría cómica la clara imagen del anciano caballero con su maravilloso sombrero blanco pasando con cuidado de una piedra a otra a través del río, como alguien cruzando entre el tráfico de Piccadilly. Luego desapareció detrás de los árboles de la isla, y March y Fisher se volvieron para saludar al ministro de Justicia que salía de la casa con un semblante de adusta seguridad en sí mismo.

—Todo el mundo dice que el Primer Ministro ha pro-

nunciado el mejor discurso de su vida. Una gran alocución y ovaciones clamorosas y prolongadas. Financieros corruptos y campesinos heroicos. No volveremos a abandonar Dinamarca.

Fisher asintió y volvió la vista hacia el camino de sirga, donde vio al duque, que regresaba con expresión aturdida. En respuesta a su pregunta, dijo con voz ronca y tono confidencial:

—Creo que nuestro pobre amigo no es el de siempre. Se ha negado a escucharme; me ha... insinuado... que podía asustar a los peces.

Un oído fino habría detectado un susurro del señor Fisher acerca del sombrero blanco, pero sir John Harker intervino con más decisión:

—Fisher tenía razón. Yo no me lo creía, pero es evidente que el anciano tiene fijación con la pesca. Si la casa se incendiara detrás de él apenas se movería hasta el atardecer.

Fisher había seguido paseando hasta el terraplén del camino de sirga, y lanzó una mirada prolongada y escrutadora no hacia la isla, sino hacia las lejanas alturas boscosas que formaban las paredes del valle. Un cielo crepuscular tan despejado como el del día anterior se extendía sobre el oscuro paisaje, pero hacia el oeste era más rojo que dorado; apenas se oía más sonido que la monótona música del río. Entonces se oyó una exclamación medio ahogada de Horne Fisher, y Harold March alzó la vista para mirarlo con cara de sorpresa.

—Usted hablaba de malas noticias—dijo Fisher—. Bueno, pues ahora sí que hay malas noticias. Me temo que la cosa se pone fea.

—¿A qué mala noticia se refiere?—preguntó su amigo, que había advertido un tono extraño y siniestro en su voz.

—El sol se ha puesto—respondió Fisher.

Prosiguió su explicación con el aire de quien es consciente de haber dicho algo fatídico.

—Tenemos que encontrar a alguien a quien escuche de verdad. Puede que esté loco, pero se trata de una locura metódica. Casi siempre hay método en la locura. Eso es lo que vuelve locos a los hombres: el ser metódicos. Y él nunca permanece ahí sentado a la caída de la tarde, cuando oscurece. ¿Dónde está su sobrino? Tengo entendido que le tiene mucho cariño.

—¡Miren!—exclamó March, bruscamente—. Ya ha ido a verlo. Por ahí viene.

Y mirando una vez más río arriba, vieron cómo la oscura figura de James Bullen, recortada contra los reflejos del crepúsculo, avanzaba de una piedra a otra con paso apresurado y bastante torpe. En una ocasión resbaló sobre una de las piedras y chapoteó un poco. Cuando se unió al grupo que lo esperaba en la orilla su rostro aceitunado estaba pálido.

Los cuatro hombres ya se habían congregado en el mismo lugar y le gritaron casi al unísono:

—¿Y ahora qué ha dicho?

—Nada. No ha dicho nada.

Fisher miró fijamente al joven un momento; luego se despertó de su inmovilidad y, haciendo señas a March para que lo siguiera, echó a andar a grandes zancadas hacia la pasarela del río. Al cabo de unos minutos los dos hombres estaban en el pequeño sendero que bordeaba la isla bos-

cosa en cuyo extremo opuesto se encontraba el pescador. Una vez allí se detuvieron a mirarlo sin articular palabra.

Sir Isaac Hook seguía apoyado contra la cepa del árbol, y por el más lógico de los motivos. Un trozo de su infalible hilo de pescar estaba enroscado, y bien tensado, dos veces alrededor de su cuello y otras dos veces alrededor del pilar de madera que le servía de respaldo. El importante investigador corrió hacia él y tocó la mano del pescador, que estaba fría como un pescado.

—El sol se ha puesto—dijo Horne Fisher con el mismo tono funesto de antes—, y él ya nunca volverá a verlo salir.

Al cabo de diez minutos, los cinco hombres, conmocionados por semejante golpe, volvían a estar reunidos en el jardín mirándose unos a otros con rostros pálidos y atentos. El abogado parecía el más alarmado del grupo; se expresó bien, aunque con cierta brusquedad.

—Debemos dejar el cuerpo tal como está y avisar a la policía—dijo—. Creo que poseo autoridad suficiente para interrogar a los criados y examinar los papeles del malogrado difunto, para ver si hay algo que los relacione con su muerte. Y por supuesto, ninguno de ustedes debe salir de aquí.

Tal vez había algo en su rápida y rigurosa diligencia legalista que sugería el cierre de una red o trampa. Fuera como fuese, el joven Bullen se vino abajo de pronto, o tal vez explotó, pues su voz era como una explosión en el jardín silencioso.

—Yo no lo he tocado—exclamó—. ¡Juro que no he tenido nada que ver!

—¿Quién ha dicho que sí?—preguntó Harker con

dureza en la mirada—. ¿Por qué grita usted antes de que le hagan daño?

—¡Porque todos ustedes me miran de ese modo!—gritó el joven enojado—. ¿Creen que no sé que siempre están hablando de mis malditas deudas y expectativas?

Ante la sorpresa de March, Fisher se había alejado de esta primera confrontación llevándose al duque a otra parte del jardín. Cuando nadie podía oírlos le dijo, de un modo curiosamente sencillo:

—Westmoreland, voy a ir directo al grano.

—Usted dirá—dijo el otro, mirándolo con ojos impasibles.

—Usted tenía un motivo para asesinarlo—dijo Fisher.

El duque siguió mirando fijamente, pero parecía incapaz de hablar.

—Espero que tuviera usted un motivo para asesinarlo—prosiguió Fisher con suavidad—. Verá, la situación es bastante curiosa. Si tenía usted un motivo para asesinarlo, seguramente no lo hizo. Pero si no tenía ninguno, quizá sí lo hizo.

—¿De qué diablos me habla?—preguntó el duque, con violencia.

—Es muy sencillo—dijo Fisher—. Cuando usted cruzó el río él podía estar vivo o muerto. Si estaba vivo, podría haberlo matado usted; pero si no lo estaba, ¿por qué iba a morderse la lengua acerca de su muerte? Pero si ya lo encontró muerto y usted tenía un motivo para matarlo, podría haberse mordido la lengua por miedo a que lo acusaran—. Y tras un silencio, agregó: Chipre es un país hermoso, creo. Un paisaje romántico y gente romántica. Muy embriagador para un joven.

De pronto, el duque apretó los puños y dijo con esfuerzo:

—Bueno, sí, tenía un motivo.

—Entonces no pasa nada—dijo Fisher alargando la mano con una expresión de inmenso alivio—. Estaba seguro de que no podía haber sido usted; como es natural, se llevó un buen susto cuando se enteró de que alguien ya lo había cometido. Como una pesadilla hecha realidad, ¿verdad?

Mientras transcurría esta curiosa conversación, Harker había entrado en la casa sin prestar atención a las explicaciones del malhumorado sobrino, y no tardó en regresar con el ánimo renovado y un fajo de papeles en la mano.

—He llamado a la policía—dijo, deteniéndose para hablar con Fisher—, pero me parece que ya les he hecho casi todo el trabajo. Creo que he averiguado la verdad. Aquí hay un documento...—. Se detuvo, ya que Fisher lo miraba con una expresión singular; y fue éste quien habló entonces:

—Me pregunto si hay algún documento que no esté ahí. Que no esté ahí ahora, quiero decir—. Y tras una pausa, añadió: —Pongamos las cartas sobre la mesa. Harker, cuando ha ido a examinar sus documentos con tanta prisa, ¿no estaba buscando algo... para asegurarse de que no fuera encontrado?

A Harker no se le movió uno solo de los rojizos pelos de su dura cabeza, pero miró al otro con el rabillo de los ojos.

—Y supongo que por eso usted también nos mintió cuando dijo que había encontrado vivo a Hook—prosiguió Fisher con soltura—. Sabía que había algo que podía de-

mostrar que lo había matado usted, y no se atrevió a decirnos que había sido asesinado. Pero, créame, ahora vale más que sea honesto.

El demacrado rostro de Harker se encendió de pronto con llamas infernales.

—¡Honesto!—exclamó—. A ustedes no les resulta tan difícil la dichosa honestidad. Han nacido todos con un pan bajo el brazo y se pavonean siempre orgullosos porque no se han embolsado el pan de los demás. Pero yo nací en una casa de huéspedes de Pimlico y el pan tuve que ganármelo por mi cuenta, y son muchos los que podrían confirmar que tan sólo malogré un pan o un hombre honesto. Si un hombre luchador se pasa un poco de la raya en su juventud, en esas zonas sombrías de la legalidad que son bastante precarias siempre hay algún viejo vampiro que se lo recordará toda la vida.

—Diamantes guatemaltecos, ¿verdad?—dijo Fisher con comprensión en la voz.

Harker se estremeció de pronto. Y dijo:

—Creo que usted lo sabe todo, como Dios Todopoderoso.

—Sé demasiado—dijo Horne Fisher—, y todo lo que no hay que saber.

Los otros tres hombres se estaban acercando a ellos, pero antes de que llegaran, Harker dijo, con una voz que había recobrado toda su firmeza:

—Es verdad que destruí un documento, pero también encontré otro; y creo que éste nos exculpa a todos.

—Muy bien—dijo Fisher con un tono más alto y animado—; pues déjenos verlo.

—Sobre la pila de documentos de sir Isaac—explicó

Harker—, había una carta amenazadora de un hombre llamado Hugo. Amenazaba con matar a nuestro desafortunado amigo de un modo muy parecido a como ha sido asesinado. Es una carta furiosa, llena de insultos; compruébenlo ustedes mismos; pero hay en ella un comentario relacionado con la costumbre de Hook de ir a pescar a la isla. Y sobre todo, el hombre asegura escribir desde un bote. Y dado que sólo nosotros cruzamos a la isla para ir a hablar con él—y al decir esto sonrió de un modo desagradable—, el crimen debió de cometerlo un hombre que pasara por allí con un bote.

—¡Dios mío!—exclamó el duque, con un tono que casi podía considerarse animado—. ¡Me acuerdo muy bien de ese tal Hugo! Era una especie de criado y guardaespaldas de sir Isaac. Verán, sir Isaac tenía miedo de que alguien lo atacara. No era... no era muy popular por aquí. Hugo fue despedido después de alguna que otra pelea, pero lo recuerdo muy bien. Era un húngaro alto con un bigote enorme cuyas astas sobresalían a ambos lados de su cara.

Una puerta se abrió en la oscuridad de la memoria de Harold March, o mejor dicho, en la del olvido, y le mostró un paisaje luminoso, como el de un sueño perdido. Más que un paisaje era una marina, una extensión de prados inundados y árboles bajos donde se distinguía el oscuro arco de un puente. Y por un instante volvió a ver cómo aquel hombre cuyos bigotes sobresalían como negros cuernos subía al puente de un salto y desaparecía.

—¡Santo cielo!—exclamó—. ¡Yo he visto al asesino esta mañana!

Al final Horne Fisher y Harold March pudieron pasar el día en el río, ya que el grupo se dispersó al llegar la policía. Declararon que la coincidencia del testimonio de March los había exculpado a todos e imputaba el asesinato al escurridizo Hugo. Horne Fisher dudaba mucho que llegaran a atrapar a aquel fugitivo húngaro, aunque tampoco puede decirse que hiciera gala de una desenfrenada energía detectivesca en aquel asunto mientras descansaba recostado en los cojines del bote, fumando y contemplando el balanceo de los juncos que se deslizaban ante sus ojos.

—Fue muy buena idea subir al puente de un salto—dijo—. Un bote vacío no indica casi nada; no se lo ha visto en ninguna de las dos orillas, y salió del puente sin haber entrado en él, por así decir. Nos lleva veinticuatro horas de ventaja; su bigote desaparecerá, y luego desaparecerá él. Creo que hay muchas esperanzas de que consiga escapar.

—¿Esperanzas?—repitió March, y dejó de remar un instante.

—Sí, esperanzas—repitió el otro—. Para empezar, yo no pienso dejar que me corroa un sentimiento corso de venganza porque alguien haya matado a Hook. Tal vez usted haya adivinado ya lo que era Hook. Ese sencillo y vigoroso magnate de la industria que se había hecho a sí mismo no era más que un maldito chantajista y una sanguijuela. Conocía secretos que podían perjudicar a casi todo el mundo; uno de ellos, al pobre Westmoreland, acerca de un primer matrimonio en Chipre que habría podido poner a la duquesa en una situación comprometida; y otro, a Harker, sobre una pequeña apuesta que había hecho con el dinero de un cliente cuando era un joven pasante. Lógica-

mente, por eso quedaron destrozados cuando lo encontraron muerto. Se sentían como si lo hubieran asesinado ellos en sueños. Pero reconozco que tengo otro motivo para no querer que ahorquen a nuestro amigo húngaro por ese asesinato.

—¿Y qué motivo es ése?—preguntó su amigo.

—Pues que no fue él quien cometió el asesinato—respondió Fisher.

Harold March soltó los remos y dejó el bote un momento a merced de la corriente.

—¿Sabe que ya me temía algo parecido?—dijo—. Se me antojaba totalmente irracional, pero flotaba en el ambiente, como un trueno en el aire.

—Al revés, lo que resulta irracional es creer que Hugo sea culpable—contestó Fisher—. ¿No se da cuenta de que lo están condenando por la misma razón por la que absuelven a los demás? Harker y Westmoreland guardaron silencio cuando lo encontraron muerto porque sabían que había documentos que podían hacer creer que ellos eran los asesinos. Pero también Hugo lo encontró muerto, y también sabía que existía un documento que podía hacer creer que el asesino era él. Lo había escrito él mismo el día antes.

—Pero, en tal caso—dijo March frunciendo el ceño—, ¿a qué intempestiva hora de la madrugada se cometió el crimen realmente? Apenas era de día cuando yo lo vi en el puente, y éste queda un poco alejado de la isla.

—La respuesta es muy sencilla—contestó Fisher—. El crimen no se cometió de madrugada. Y tampoco se cometió en la isla.

March fijó la mirada en el agua reluciente sin contes-

tar, pero Fisher prosiguió como si le hubieran hecho una pregunta:

—Cualquier delito inteligente supone sacar provecho de alguna característica poco corriente en una situación corriente. En este caso la característica era el capricho del anciano Hook de ser el primero en levantarse por la mañana, su rutina inamovible como pescador y su irritación cuando lo molestaban. El asesino lo estranguló en su propia casa la noche anterior después de cenar, cruzó el río a altas horas de la noche, llevando a cuestas el cadáver y todos sus aparejos de pesca, lo ató al árbol y allí lo dejó, bajo las estrellas. Era un muerto que se pasó el día allí sentado pescando. Luego el asesino regresó a la casa, o al garaje, mejor dicho, y se fue en su automóvil. El asesino tenía automóvil propio.

Fisher echó una ojeada a la expresión de su amigo y prosiguió.

—Parece usted horrorizado, y es cierto que el crimen es horrible. Pero hay otras cosas que también lo son. Si un hombre poco conocido hubiera sido atormentado por un chantajista y viera arruinada su vida familiar, usted no consideraría el asesinato de su perseguidor el más imperdonable de los asesinatos. ¿Acaso es peor el crimen cuando lo que se libera no es sólo una familia, sino una gran nación? Gracias a esta advertencia a Suecia, probablemente evitaremos una guerra en vez de precipitarla, y salvaremos miles de vidas mucho más valiosas que la de esa víbora. Oh, no pretendo construir sofismas ni justificar seriamente el crimen, pero la esclavitud que lo tenía sometido a él y a su país era mil veces menos justificable. De haber sido realmente astuto lo habría adivinado por su tranquila y fu-

nesta sonrisa durante la cena de aquella anoche. ¿Recuerda aquella estúpida conversación sobre cómo el anciano Isaac siempre lograba engañar a sus peces? En cierto sentido, aunque parezca terrible, era un pescador de hombres.

Harold March agarró los remos y se puso a remar de nuevo.

—La recuerdo—dijo—, y también recuerdo que le preguntaron si un pez grande podía romper el hilo y escaparse.

VI
EL AGUJERO EN EL MURO

Dos hombres, uno arquitecto y el otro arqueólogo, se encontraron en los escalones de la gran casa de Prior's Park, y su anfitrión, lord Bulmer, con la simpatía que lo caracterizaba, consideró natural presentarlos. Hay que decir que además de ser simpático tenía una mente confusa, y sus asociaciones de ideas no iban más allá de la observación de que arquitecto y arqueólogo empiezan con la misma serie de letras. El mundo deberá conservar la reverente duda de si, partiendo de esa misma base, habría presentado también a un diplomático y a un dipsómano, o a un racionalista y a un ratero. Era un joven alto y corpulento, de pelo rubio y cuello corto y ancho, que prodigaba ademanes exagerados, sacudía inconscientemente sus guantes y agitaba sin cesar su bastón.

—Ustedes dos deben de tener algo de que hablar—dijo con voz animada—. De edificios antiguos y cosas por el estilo; por cierto, éste es bastante antiguo, aunque no soy yo quien debería decirlo. Les ruego que me disculpen un momento, tengo que ir a encargarme de las invitaciones para la fiesta de Navidad que está preparando mi hermana. Los esperamos, por supuesto. Juliet quiere que sea una especie de baile de disfraces: abades, cruzados y demás. Vamos, mis antepasados, digo yo.

—Espero que el abad no sea antepasado mío—dijo el caballero arqueólogo con una sonrisa.

—Sólo una especie de tío abuelo, supongo—contes-

tó el otro riéndose; entonces sus dispersos ojos se volvieron hacia el ordenado paisaje que había frente a la casa: un estanque adornado con una anticuada ninfa en el centro y rodeado por un parque de altos árboles grises, negros y helados, pues estaban en lo más crudo de un duro invierno.

—Está haciendo mucho frío—prosiguió su señoría—. Mi hermana espera que además de bailar también podamos patinar.

—Si los cruzados vienen con toda la armadura—dijo el otro—, habrá que tener cuidado de que sus antepasados no se ahoguen.

—Oh, no hay peligro—respondió Bulmer—; este precioso lago no tiene ni un metro de profundidad—. Y con uno de sus exagerados ademanes metió su bastón en el agua para demostrar la poca profundidad que había. Vieron el corto extremo torcido bajo el agua, de modo que por un momento pareció que apoyaba su enorme peso sobre un bastón a punto de romperse.

—Lo peor que pueden esperar es ver cómo un abad se sienta bruscamente—agregó mientras se volvía—. Bueno, *au revoir*; ya los mantendré informados.

El arqueólogo y el arquitecto se quedaron en los grandes escalones de piedra sonriéndose el uno al otro; pero pese a cualquier interés que pudieran tener en común, el contraste entre ambos era considerable, y un observador imaginativo tal vez habría hallado alguna contradicción en cada uno considerado por separado. El primero, un tal James Haddow, procedía de un soporífero bufete del Inns of Court, lleno de cuero y pergamino, ya que el derecho era su profesión y la historia su única afición; era, entre

otras cosas, el abogado y el agente de la finca de Prior's Park. Pero él no era soporífero ni mucho menos, sino que parecía bastante despierto con esos ojos azules vivos y saltones y ese pelo rojo cepillado con tanto esmero como su pulcro traje. El segundo, cuyo nombre era Leonard Crane, venía directamente de un ordinario y casi humilde despacho de constructores y agentes inmobiliarios de la zona residencial vecina, expuesto al sol al extremo de una nueva hilera de casas chapuceras con planos de colores muy vivos y anuncios de grandes letras. Pero un observador serio, tras una segunda ojeada, podría haber visto en sus ojos un atisbo de ese sueño brillante que suele llamarse visión; y su pelo rubio, que no llevaba afectadamente largo, sí se veía naturalmente descuidado. Era una verdad evidente y triste que el arquitecto era un artista. Pero el carácter artístico no bastaba para definirlo ni mucho menos; había algo más en él que resultaba indefinible, pero que algunos incluso consideraban peligroso. Pese a su aspecto de soñador, a veces sorprendía a sus amigos con artes e incluso deportes alejados de su vida ordinaria, como recuerdos de una existencia anterior. En esta ocasión, sin embargo, se apresuró a negar cualquier grado de conocimiento sobre la afición del otro hombre.

—No voy a engañarle—dijo con una sonrisa—. Apenas sé lo que es un arqueólogo, aunque las oxidadas nociones de griego que aún conservo me indican que es un hombre que estudia cosas antiguas.

—Sí—contestó Haddow con tono grave—. Un arqueólogo es un hombre que estudia cosas antiguas y considera que son nuevas.

Crane lo miró fijamente un momento y volvió a sonreír.

—¿Podría decirse que algunas de las cosas de las que hemos estado hablando se encuentran entre las cosas antiguas que resulta que no son tan antiguas?—dijo.

Su acompañante también guardó silencio un momento, y la sonrisa en su rostro de duras facciones se difuminó mientras contestaba con voz tranquila:

—El muro que rodea los jardines es muy antiguo. La verja es gótica, y no veo ningún rastro de destrucción ni de restauración. Pero la casa y la finca en general... bueno, las ideas románticas que suelen verse en estas cosas son a menudo fantasías recientes, casi como novelas de moda. Por ejemplo, el nombre de este lugar, Prior's Park, hace que todo el mundo piense en una abadía medieval iluminada por la luna; yo incluso diría que a estas alturas los espiritistas ya han descubierto allí el fantasma de un monje. Sin embargo, según el único estudio fidedigno que he podido encontrar sobre el asunto, al lugar simplemente le pusieron Prior's, como una finca rural podría llamarse Podger's. Fue la casa de un tal señor Prior, probablemente una granja que estuvo aquí emplazada en un momento u otro y era un punto de referencia para los habitantes de la región. Existen muchos ejemplos de esto, aquí y en otras partes. Esta zona en la que estamos había sido un pueblo, y como algunas personas pronunciaban mal el nombre y decían Holliwell, muchos poetas menores fantasearon sobre cierto Pozo Sagrado, con hechizos, hadas y demás, llenando de penumbra céltica los salones suburbanos. Cuando cualquiera que esté al corriente de la realidad sabe que Hollinwall no significa otra cosa que «el agujero en el muro», y probablemente hacía referencia a algún accidente sin importancia. A eso me refiero cuando digo

que no encontramos tantas cosas antiguas como nuevas.

Crane parecía haber dejado de prestar atención a la pequeña conferencia sobre antigüedades y novedades, y la causa de su distracción no tardó en manifestarse, y de hecho se acercaba. La hermana de lord Bulmer, Juliet Bray, cruzaba lentamente el césped hacia ellos acompañada de un caballero y seguida de otros dos. El joven arquitecto se encontraba en el ilógico estado de ánimo en el que prefería tres a uno.

El hombre que caminaba junto a la dama no era otro que el eminente príncipe Borodino, quien era al menos tan famoso como debía serlo un distinguido diplomático, en beneficio de lo que suele llamarse diplomacia secreta. Había estado haciendo una ronda de visitas a varias casas de campo inglesas, y lo que estaba haciendo exactamente por la diplomacia en Prior's Park era tan secreto como desearía cualquier diplomático. Lo más evidente que se podía decir sobre su aspecto era que habría sido muy apuesto de no ser totalmente calvo. Pero eso habría sido una manera bastante simple de decir las cosas. Por increíble que parezca, sería más adecuado al caso decir que la gente se habría sorprendido de haber visto que le crecía pelo, tanto como si le hubieran visto crecer pelo al busto de un emperador romano. Su alta figura estaba envuelta en un traje abotonado y ceñido a la cintura que acentuaba su poderoso torso, y llevaba una flor roja en el ojal. Uno de los dos hombres que caminaban detrás también era calvo, pero la suya era una calvicie parcial y más prematura, pues su bigote caído aún era rubio, y el hecho de que pareciera que le pesaran los párpados se debía a su languidez, y no a la edad. Era Horne Fisher, y hablaba con la sol-

tura y la despreocupación que lo caracterizaban. Su acompañante era más llamativo, e incluso más siniestro, y tenía la importancia añadida de ser el amigo más antiguo e íntimo de lord Bulmer. Todo el mundo lo llamaba señor Brain; pero se decía que había sido juez y funcionario de la policía en la India, y que tenía enemigos, los cuales habían tachado poco menos que de criminales sus medidas contra el crimen. Era un esqueleto marrón con los ojos oscuros, intensos y hundidos y un bigote negro que ocultaba la expresión de su boca. Pese a tener el aspecto de alguien debilitado por alguna enfermedad tropical, sus movimientos eran mucho más vivos que los de su parsimonioso acompañante.

—Ya está todo decidido—anunció la dama, con gran animación, cuando ya estaban a suficiente distancia para saludarse—. Todos tendrán que ponerse un disfraz, y muy probablemente patines también, aunque el príncipe dice que no resultan adecuados para esta clase de fiestas, pero a nosotros nos da lo mismo. Ya está helando, y en Inglaterra no solemos tener una oportunidad así.

—Ni siquiera en la India se puede patinar durante todo el año—observó el señor Brain.

—Y ni siquiera Italia se asocia fundamentalmente al hielo—dijo el italiano.

—Italia se asocia fundamentalmente a los helados—señaló el señor Horne Fisher—. Me refiero a los heladeros. La mayoría de gente de este país imagina que todos los habitantes de Italia son heladeros y organilleros. De esos hay muchos, desde luego; tal vez sean un ejército invasor disfrazado.

—¿Cómo sabe que no son los emisarios secretos de

nuestra diplomacia?—preguntó el príncipe, con una sonrisa ligeramente desdeñosa—. Un ejército de organilleros podría recoger pistas, y sus monos podrían recoger cosas de todo tipo.

—De hecho los organillos están organizados—dijo el displicente señor Fisher—. Yo he tenido más frío que ahora en Italia, e incluso en la India, en las laderas del Himalaya. El hielo de nuestro pequeño estanque redondo resultará de lo más acogedor en comparación.

Juliet Bray era una mujer atractiva de pelo y cejas oscuros y ojos inquietos, y en su carácter imperioso se observaba cierta cordialidad e incluso generosidad. En una mayoría de cosas podía imponerse a su hermano, aunque ese noble, como muchos hombres de ideas confusas, podía comportarse como un matón cuando se veía acorralado. Ella podía imponerse a sus invitados, hasta el punto de hacer que los más respetables y reacios se engalanaran para su baile de disfraces. Y también parecía capaz de imponerse a los elementos como una bruja, pues el tiempo era cada vez más frío y riguroso; aquella noche el hielo del lago, que brillaba a la luz de la luna, parecía un suelo de mármol, y antes de que anocheciera ya habían empezado a bailar y patinar sobre él.

Prior's Park, o, hablando con más propiedad, la zona circundante de Holinwall, era una casa solariega que se había convertido en un barrio residencial; después de haber tenido sólo un pueblo dependiente a sus puertas, ahora veía fuera de todos sus límites las señales de la expansión de Londres. El señor Haddow, que llevaba a cabo investigaciones históricas tanto en la biblioteca como en la localidad, no encontró mucha ayuda en la segunda. Ya se

había dado cuenta, a través de los documentos consultados, que Prior's Park había sido algo parecido a Prior's Farm, de acuerdo con el apellido de algún personaje de la zona, pero las nuevas condiciones sociales se oponían a que él analizara la historia mediante sus tradiciones. De haber seguido vivo alguno de sus habitantes originales, tal vez habría hallado alguna leyenda del señor Prior, por remota que fuera. Pero la nueva población nómada, formada por oficinistas y artesanos que no paraban de cambiar de casa de un barrio a otro, o a sus hijos de escuela, no podía tener una conciencia colectiva. Éstos mostraban el olvido de la historia que suele acompañar a la ampliación de la educación.

No obstante, cuando salió de la biblioteca a la mañana siguiente y vio los árboles invernales plantados alrededor del estanque helado como una selva negra, tuvo la impresión de encontrarse en la zona más boscosa del país. El antiguo muro que rodeaba el parque conservaba el carácter rural y romántico de aquel recinto, y uno podía imaginar con facilidad que la espesura de aquel oscuro bosque se perdía indefinidamente hasta llegar a valles y montañas lejanas. El gris, el negro y el plata del bosque invernal resultaban aún más severos o sombríos en contraste con el colorido de los grupos carnavalescos que ya ocupaban el estanque helado y sus alrededores. Pues con la excusa de la fiesta todos habían corrido a ponerse sus disfraces, y el abogado, con su pulcro traje negro y su pelo encarnado, era la única figura moderna entre la multitud.

—¿Y usted no va a disfrazarse?—preguntó Juliet, agitando ante él indignada un altísimo tocado azul con cuernos del siglo XIV que enmarcaba su rostro y la favo-

recía mucho, pese a su estrafalario aspecto—. Aquí todo el mundo tiene que estar en la Edad Media. Incluso el señor Brain se ha puesto una especie de batín y asegura que es un monje; y el señor Fisher ha cogido de la cocina algunos sacos viejos de patatas y los ha cosido: también va de monje. Y en cuanto al príncipe, está absolutamente maravilloso con esas vestiduras carmesíes, como un cardenal. Parece como si fuera a envenenar a todo el mundo. Y usted también tiene que ser algo.

—Ya seré algo al final del día—contestó él—. De momento no soy más que un anticuario y un abogado. Ahora mismo tengo que ver a su hermano para hablar de un asunto legal y de unas investigaciones que me encargó sobre la zona. Debo de parecer un poco un administrador presentando un informe de mi administración.

—¡Pues mi hermano se ha disfrazado!—exclamó la muchacha—. Y mucho. Extremadamente, me atrevería a decir. De hecho, se le está viniendo encima ahora mismo en todo su esplendor.

En efecto, el noble lord avanzaba hacia ellos envuelto en un magnífico traje púrpura y dorado del siglo XVI, con una espada con la empuñadura de oro, un sombrero con plumas y una actitud acorde con su indumentaria. Y es que había en su aspecto algo más que su acostumbrada efusividad gestual. Casi parecía, por así decir, que las plumas de su sombrero se le hubieran subido a la cabeza. Agitaba su majestuosa capa forrada de oro como las alas de un rey de cuento en una comedia musical navideña; incluso desenvainó la espada con una floritura y la blandió en el aire como hacía con su bastón. A la luz de los acontecimientos posteriores, aquella exuberancia resultaba un tanto mons-

truosa y amenazante, como animada por un espíritu sobrenatural. En aquel momento, la posibilidad de que estuviera borracho sólo les pasó por la cabeza a unas pocas personas.

Mientras avanzaba a grandes zancadas hacia su hermana, el primer personaje con el que se cruzó fue el de Leonard Crane, vestido de verde, con el cuerno, el tahalí y la espada propios de Robin Hood; era el que más cerca estaba de la dama, de quien no se separaba desde hacía mucho rato. Había exhibido uno de sus talentos ocultos sobre la pista de patinaje, y ahora que ya no patinaban parecía dispuesto a prolongar su compañía. El escandaloso Bulmer lo provocó en broma con su espada desenvainada, entrando a fondo como un auténtico espadachín y soltando una cita de Shakespeare un tanto trillada sobre un roedor y una moneda veneciana.

Probablemente Crane también tuviera cierta excitación reprimida: en un abrir y cerrar de ojos había desenvainado su espada y parado el ataque; y entonces, de repente, y ante la sorpresa de todos los presentes, el arma de Bulmer pareció saltar de la mano de su propietario y se deslizó girando ruidosamente sobre el hielo.

—¡Vaya!—dijo la dama con un tono como de indignación justificada—. No me había dicho usted que también practicaba el esgrima.

Bulmer recogió su espada con un aire más perplejo que enojado, lo cual acentuó la impresión de cierta irresponsabilidad en su disposición de ánimo; a continuación se volvió bastante bruscamente hacia su abogado y dijo:

—Podemos revisar las cuentas de la finca después de cenar; no he patinado casi nada, y dudo que el hielo aguan-

te hasta mañana por la noche. Creo que me levantaré temprano y daré algunas vueltas yo solo.

—Yo no lo molestaré—dijo Horne Fisher con su habitual tono de cansancio—. Si tengo que empezar el día con hielo, al estilo americano, lo prefiero en cantidades más pequeñas. Pero en diciembre no madrugo. A quien madruga Dios lo resfría.

—Oh, yo no me voy a morir de un resfriado—contestó Bulmer, y se rió.

Una parte considerable del grupo de patinadores había estado formada por los invitados que se alojaban en la casa, y los demás se habían ido alejando de dos en dos o de tres en tres poco antes de que la mayoría de asistentes a la fiesta empezaran a retirarse. Los vecinos, a los que siempre se invitaba a Prior's Park en tales ocasiones, regresaron a sus casas en automóvil o a pie; el caballero legalista y arqueológico había vuelto al Inns of Court con un tren nocturno para buscar un documento requerido durante la reunión con su cliente; y la mayoría de los demás invitados se distraían y entretenían con distintas cosas antes de subir a acostarse. Horne Fisher había sido el primero en retirarse a su habitación, como si quisiera ahorrarse el tener que buscar cualquier excusa para no levantarse temprano; pero pese a su aspecto somnoliento, no podía dormir. Había cogido de una mesa el libro de topografía antigua en el que Haddow había encontrado las primeras pistas sobre el origen del nombre de la zona, y como era un hombre con una capacidad serena y extraña para interesarse por cualquier cosa, empezó a leer sin parar, anotando de

vez en cuando detalles que le planteaban ciertas dudas acerca de sus conclusiones actuales a la luz de anteriores lecturas. Su habitación era la que se encontraba más cerca del lago del centro del bosque, y por lo tanto la más tranquila, y ninguno de los últimos ecos de la fiesta nocturna podía llegar hasta sus oídos. Había seguido atentamente el razonamiento que establecía el origen de la granja del señor Prior y el agujero en el muro, y había ido despachando cualquier fantasía de moda sobre monjes y pozos mágicos, cuando empezó a ser consciente de un ruido perceptible en el silencio congelado de la noche. No era un ruido especialmente fuerte, pero parecía consistir en una serie de ruidos sordos o golpes, como los que podría asestar a una puerta de madera un hombre que quisiera entrar. A continuación se oyó algo parecido a un chirrido o un chasquido débil, como si el obstáculo hubiera cedido o sido abierto. Abrió la puerta de su habitación y escuchó, pero como oía hablar y reír en los pisos inferiores no tenía motivos para temer que desatendieran su petición de auxilio o que la casa quedara sin protección. Fue hacia la ventana abierta de su cuarto, que daba al estanque congelado y a la estatua iluminada por la luz de la luna en medio de aquel círculo de oscuros árboles, y volvió a escuchar. Pero el silencio había regresado a aquel lugar silencioso, y después de forzar los oídos durante un tiempo considerable, no pudo oír nada más que el solitario silbido de un tren antes de partir. Entonces se recordó a sí mismo la cantidad de ruidos indescriptibles que puede oír un hombre despierto durante la noche más corriente, y encogiéndose de hombros volvió cansinamente a la cama.

Se despertó de pronto y se incorporó en la cama con los oídos saturados, como si de un trueno se tratara, de los vibrantes ecos de un grito desgarrador. Permaneció rígido un momento, y entonces saltó de la cama y se puso rápidamente el holgado traje de arpillera que había llevado todo el día. Primero se acercó a la ventana, que estaba abierta pero cubierta con una tupida cortina, a fin de que la habitación siguiera estando completamente a oscuras; pero cuando apartó la cortina y asomó la cabeza, vio que tras el negro bosque que rodeaba el pequeño lago ya había aparecido la luz gris y plateada del alba, y eso fue todo cuanto vio. Si bien el ruido había entrado a través de la ventana abierta desde aquella dirección, el escenario estaba tan tranquilo y vacío bajo la luz de la mañana como bajo la luz de la luna. Entonces la larga y perezosa mano que había puesto sobre la repisa de la ventana se agarró a ella con más fuerza, como para dominar un temblor, y sus escrutadores ojos azules se ensombrecieron de miedo. Podría parecer que aquella emoción era exagerada e innecesaria, teniendo en cuenta el esfuerzo de sentido común gracias al cual había vencido sus nervios por el ruido de la noche anterior. Pero aquel ruido había sido distinto. Podrían haberlo provocado quinientas cosas, desde un hacha cortando leña hasta los cristales hechos añicos de unas botellas. Sólo había una cosa en la naturaleza de la que podía proceder el ruido que resonó por toda la casa oscura al amanecer. Era la espantosa voz articulada del hombre; y lo peor de todo era que sabía de qué hombre se trataba.

También sabía que había sido un grito de auxilio. Le pareció incluso que había oído esa misma palabra; pero

ésta se había oído ahogada, como si le hubieran tapado la boca o raptado al hombre que la pronunciaba. Sólo permanecieron en su memoria los ecos burlones de ésta, pero no tenía la menor duda de la voz original. No tenía la menor duda de que la imponente voz de toro de Francis Bay, el barón Bulmer, se había oído por última vez entre la oscuridad y el alba incipiente.

No supo cuánto tiempo permaneció allí de pie, pero le devolvió la capacidad de reacción la primera criatura viviente que vio moverse en aquel paisaje medio congelado. A lo largo del sendero que bordeaba el lago, e inmediatamente debajo de su ventana, una figura caminaba con paso lento y sigiloso, pero con gran serenidad: una figura majestuosa envuelta en unas vestiduras de un espléndido rojo escarlata; era el príncipe italiano, disfrazado aún de cardenal. La mayoría de los invitados no se habían quitado los disfraces durante el último o los dos últimos días, y el propio Fisher había utilizado su hábito de arpillera como una cómoda bata; sin embargo, aquella magnífica cacatúa roja mostraba un raro aspecto refinado y ceremonioso, como un pájaro madrugador. Y parecía que el pájaro madrugador hubiera estado despierto toda la noche.

—¿Qué sucede?—gritó Fisher con brusquedad, asomándose por la ventana, y el italiano alzó su imponente rostro amarillo como una máscara de latón.

—Más vale que lo hablemos abajo—dijo el príncipe Borodino.

Fisher bajó corriendo, y se topó con la majestuosa figura de rojo que en ese momento entraba por la puerta y bloqueaba la entrada con su masa corporal.

—¿Ha oído el grito?—preguntó Fisher.

—He oído un ruido y he salido a ver qué era—contestó el diplomático, y su rostro estaba demasiado oculto en la sombra para poder ver su expresión.

—Era la voz de Bulmer—insistió Fisher—. Juraría que era su voz.

—¿Lo conocía usted bien?—preguntó el otro.

La pregunta parecía irrelevante, aunque no era ilógica, y Fisher sólo pudo responder, de manera improvisada, que conocía a lord Bulmer sólo un poco.

—Al parecer nadie lo conoce bien—prosiguió el italiano con un tono desapasionado—. Nadie salvo ese tal Brain. Es bastante mayor que Bulmer, pero creo que ambos comparten muchos secretos.

Fisher se movió bruscamente, como si acabara de despertarse de un trance momentáneo, y dijo, con una voz nueva y más enérgica:

—Oiga, ¿no sería mejor que saliéramos a ver si ha pasado algo?

—Parece que el hielo se está derritiendo—dijo el otro casi con indiferencia.

Cuando salieron de la casa, unas manchas y estrellas oscuras en el campo gris de hielo les indicaron que la helada se estaba deshaciendo, tal como su anfitrión había pronosticado el día anterior, y el recuerdo de ayer planteó el misterio de hoy.

—Sabía que habría deshielo—observó el príncipe—. Salió a patinar muy temprano a propósito. ¿Cree usted que gritó porque se cayó al agua?

Fisher parecía perplejo.

—Bulmer no gritaría nunca así por mojarse las botas. Pues eso es lo único que podía pasarle aquí; el agua ape-

nas le llegaría a la pantorrilla a un hombre de su estatura. Pueden verse las algas en el suelo del lago, como a través de una fina lámina de cristal. No, si Bulmer sólo hubiera roto el hielo no habría dicho gran cosa en ese momento, aunque sí muchas cosas más tarde. Lo habríamos encontrado maldiciendo y pateando este sendero de un lado a otro, y pidiendo unas botas limpias.

—Esperemos encontrarlo ocupado en tan feliz tarea—señaló el diplomático—. En ese caso la voz debió de salir del bosque.

—Juraría que no procedía de la casa—dijo Fisher; y ambos desaparecieron juntos en la penumbra de los árboles invernales.

La plantación se recortaba oscura contra el cielo teñido de rojo, una hilera negra mostraba ese aspecto suave de plumas que hace que los árboles cuando están desnudos no parezcan rugosos, sino todo lo contrario. Muchas horas después, cuando el mismo margen espeso y delicado se recortaba contra los tonos verdosos iluminados por el sol poniente, la búsqueda emprendida al amanecer aún no había terminado. Por etapas sucesivas, y para los grupos que se iban congregando lentamente, se puso de manifiesto que se había hecho en la fiesta el más extraordinario de los vacíos; los invitados no encontraban rastro alguno de su anfitrión. Los criados informaron que había dormido en su cama y que sus patines y su disfraz habían desaparecido, como si se hubiera levantado temprano para hacer lo que se había propuesto. Pero desde arriba hasta abajo de la casa, desde los muros que rodeaban el parque hasta el estanque del centro no había rastro de lord Bulmer, ni vivo ni muerto. Horne Fisher se dio cuenta de que

una escalofriante premonición ya le había impedido esperar encontrarlo con vida. Pero su calva frente se arrugaba ante un problema totalmente nuevo y anormal, el hecho de no encontrar el cuerpo.

Consideró la posibilidad de que Bulmer se hubiera marchado voluntariamente, por el motivo que fuera; pero después de sopesarla en detalle acabó descartándola. No concordaba con la inconfundible voz que había oído de madrugada, y con muchos otros obstáculos de carácter práctico. Sólo había una verja en el antiguo y alto muro que cercaba el pequeño parque; el portero la mantenía cerrada hasta tarde en la mañana, y éste no había visto pasar a nadie. Fisher estaba bastante seguro de que tenía ante sí un problema matemático en un espacio cerrado. Su instinto había anticipado tanto la tragedia desde el principio, que casi habría sido un alivio para él encontrar el cadáver. Le habría apenado, pero no horrorizado, hallar el cuerpo del noble colgando de uno de sus propios árboles como si de una horca se tratara, o flotando en su propio estanque como una pálida alga. Lo que lo horrorizaba era no encontrar nada.

No tardó en darse cuenta de que no estaba solo ni siquiera en sus experimentos más individuales y aislados. A menudo advertía una figura que lo seguía como si fuera su sombra, en claros silenciosos y casi secretos de la plantación o rincones y recovecos alejados del antiguo muro. La boca de bigote oscuro era tan muda como inquietos los ojos profundos, moviéndose sin cesar de acá para allá, pero era evidente que Brain, de la policía india, le había seguido el rastro como un viejo cazador a la zaga de un tigre. A Fisher no le pareció extraño, teniendo en cuenta

que era el único amigo personal del desaparecido, y decidió ser sincero con él.

—Este silencio crea bastante tensión—dijo—. ¿Me permite que rompa el hielo hablando del tiempo? El cual, por cierto, ya ha roto el hielo. Ya sé que en este caso romper el hielo puede ser una metáfora bastante lúgubre.

—Yo no opino lo mismo—contestó Brain, de manera cortante—. No creo que el hielo tenga mucha relación. No veo cómo.

—¿Qué propone que hagamos?—preguntó Fisher.

—Bueno, hemos llamado a las autoridades, por supuesto, pero yo espero encontrar algo antes de que lleguen—contestó el angloindio—. No puedo decir que espere mucho de los métodos policiales de este país. Demasiado papeleo, habeas corpus y demás. Lo que tenemos que hacer es procurar que nadie salga corriendo; y la mejor forma de hacerlo sería reunir a todos los invitados y contarlos. Nadie se ha marchado últimamente, salvo ese abogado que no paraba de fisgonear en busca de antigüedades.

—Él no puede haber sido; se marchó anoche—respondió el otro—. Ocho horas después de que el chófer de Bulmer dejara a su abogado en la estación oí la voz de Bulmer tan clara como oigo la suya ahora.

—Imagino que no creerá usted en los espíritus—dijo el hombre de la India. Y tras una pausa añadió: —Hay alguien más a quien me gustaría encontrar, antes de ir tras un tipo que tiene una coartada en el Inner Temple. ¿Qué ha sido de ese tipo de verde, el arquitecto vestido de guarda forestal? No lo he visto por aquí.

El señor Brain se las arregló para reunir a todos los consternados invitados antes de que llegara la policía. Pero

cuando empezó a comentar una vez más el retraso del joven arquitecto en hacer acto de presencia, se encontró con un segundo misterio, y con un acontecimiento psicológico de un carácter totalmente inesperado.

Juliet Bray se había tomado la catástrofe de la desaparición de su hermano con un sombrío estoicismo en el que tal vez había más parálisis que dolor; pero cuando la otra pregunta salió a la superficie se mostró nerviosa y enfadada.

—No pretendemos sacar conclusiones precipitadas sobre nadie—decía Brain con su entrecortada voz—. Pero nos gustaría saber alguna cosa más acerca del señor Crane. Al parecer nadie sabe mucho de él, ni de su procedencia. Y da la coincidencia de que ayer cruzó su espada con la del pobre Bulmer, y pudo haberlo herido también, pues demostró ser mejor espadachín que él. Por supuesto eso habría sido un accidente y no podría utilizarse para acusar a nadie, pero tampoco tenemos los medios para acusar a nadie. Hasta que llegue la policía no somos más que una jauría de sabuesos aficionados.

—Y yo creo que son ustedes una partida de esnobs—dijo Juliet—. Como el señor Crane es un genio que ha prosperado sin ayuda de nadie, pretenden insinuar que es un asesino sin atreverse a decirlo directamente. Sólo porque llevaba una espada de juguete y resultaba que sabía manejarla, quieren hacernos creer que la utilizó como un maniaco sanguinario sin motivo alguno. Y como pudo haber herido a mi hermano y no lo hizo, ustedes deducen que él lo asesinó. Ésa es su forma de presentar las cosas. Y en cuanto a su desaparición, se equivocan como se equivocan en lo demás, pues ahí viene.

Y en efecto, la figura verde del falso Robin Hood se despegaba lentamente del fondo gris de los árboles y se dirigía hacia ellos mientras ella hablaba.

Se acercó al grupo lentamente y con calma; pero estaba muy pálido, y los ojos de Brain y de Fisher ya se habían fijado en un detalle de la figura vestida de verde con más claridad que los demás. El cuerno aún se balanceaba colgado del tahalí, pero la espada no estaba.

Ante la sorpresa del grupo de invitados, Brain no formuló la pregunta planteada por ese detalle, sino que, sin abandonar la actitud de encabezar la investigación, dio la impresión de cambiar de tema.

—Ahora que ya estamos todos—observó con calma—, hay una pregunta con la que me gustaría empezar. ¿Alguien de los presentes ha visto a lord Bulmer esta mañana?

Leonard Crane fue volviendo su pálida cara y recorriendo con la vista el círculo de rostros hasta que llegó al de Juliet; entonces apretó los labios un poco y dijo:

—Sí, yo lo he visto.

—¿Estaba sano y salvo?—preguntó Brain rápidamente—. ¿Cómo iba vestido?

—Parecía sanísimo—contestó Crane con un tono curioso—. Iba vestido igual que ayer, con aquel traje púrpura copiado del retrato de su antepasado del siglo XVI. Llevaba los patines en la mano.

—Y la espada al costado, supongo—agregó el interrogador—. ¿Dónde está la suya, señor Crane?

—La he tirado.

En el singular silencio que siguió, el hilo de las ideas de muchas mentes se convirtió sin querer en una serie de imágenes de colores.

Se habían acostumbrado a que sus extravagantes trajes resultaran más alegres y bonitos recortados contra el gris oscuro y el plata entreverado del bosque, de modo que las figuras en movimiento resplandecían como santos en una vidriera de colores. El efecto era más eficaz debido a que la mayoría de los invitados había parodiado despreocupadamente trajes pontificales o monásticos. Pero la actitud más deslumbrante que recordaban todos no tenía nada de monástico, y correspondía al momento en que el personaje de verde claro y el de intenso violeta habían dibujado por un momento una cruz plateada con sus espadas cruzadas. Pese a tratarse de una broma, en cierto modo había parecido un drama; y resultaba extraño y siniestro pensar que a la luz gris del alba esas mismas figuras en la misma postura pudieran haberse repetido como tragedia.

—¿Se peleó usted con él?—preguntó Brain de pronto.

—Sí—contestó el imperturbable hombre de verde—. O él se peleó conmigo.

—¿Y por qué se peleó con usted?—preguntó el investigador, y Leonard Crane no respondió.

Aunque parezca mentira, Horne Fisher no había prestado mucha atención a aquel interrogatorio. Sus ojos somnolientos habían seguido lánguidamente la figura del príncipe Borodino, que había ido paseando hasta el borde del bosque; y tras una pausa, como si meditara, se había adentrado en la oscuridad de los árboles.

Fue arrancado de su distracción por la voz de Juliet Bray, que resonó con un tono totalmente nuevo de decisión:

—Si ése es el problema, más vale que lo aclaremos. Yo

estoy prometida con el señor Crane, y cuando se lo dijimos a mi hermano, a él no le pareció bien; eso es todo.

Ni Brain ni Fisher mostraron sorpresa, pero el primero añadió, con calma:

—Sólo que, supongo, él y su hermano fueron a discutir al bosque, donde el señor Crane perdió su espada, por no decir a su adversario.

—¿Puedo preguntar qué se supone que debo haber hecho con ellos?—inquirió Crane con cierto atisbo de burla asomando por sus pálidas facciones—. Adoptemos la alegre tesis de que soy un asesino; aún está por demostrar que también sea mago. Si es cierto que atravesé el cuerpo de su malogrado amigo, ¿qué hice con el cadáver? ¿Hice que se lo llevaran siete dragones voladores? ¿O simplemente se trató de algo tan insignificante como convertirlo en una cierva blanca como la leche?

—No es momento para hacer broma—dijo el juez angloindio con abrupto tono autoritario—. Su situación no mejora sólo porque sea capaz de bromear acerca de la desaparición.

Los ojos somnolientos e incluso sombríos de Fisher permanecían posados en el borde del bosque que había detrás, y atisbó manchas de un color rojo oscuro, como el de una nube de tormenta al atardecer, que resplandecían a través de la trama gris de finos árboles, y el príncipe envuelto en sus vestiduras de cardenal volvió a salir al sendero. Brain había sospechado que el príncipe pudiera haber ido a buscar el estoque perdido. Pero cuando reapareció lo que llevaba en la mano no era una espada, sino un hacha.

La incongruencia entre la mascarada y el misterio ha-

bía creado una curiosa atmósfera psicológica. Al principio todos se habían sentido muy avergonzados al verse sorprendidos, con los estrafalarios disfraces de una fiesta, por un suceso que, si acaso, mostraba en exceso el carácter de un funeral. Muchos de ellos ya habrían regresado a sus habitaciones y se habrían puesto una ropa más fúnebre o cuando menos más formal. Pero en ese momento aquella reunión parecía una segunda mascarada, más artificial y frívola que la primera. Y mientras se resignaban a sus ridículas indumentarias, una curiosa sensación los había asaltado a todos, sobre todo a los más sensibles, como Crane, Fisher y Juliet, pero en cierto grado a todos, a excepción del práctico señor Brain. Parecía como si fueran los fantasmas de sus propios antepasados rondando por aquel bosque tenebroso y aquel lago sombrío, e interpretando algún papel antiguo que sólo recordaban a medias. Los movimientos de aquellas figuras de vivos colores parecían significar algo establecido mucho tiempo atrás, como una heráldica silenciosa. Actos, actitudes y objetos externos se aceptaban como una alegoría, aun sin disponer de la clave; y todos sabían distinguir un momento crítico, aun sin saber de qué se trataba. Y supieron que el cuento había tomado un giro nuevo y terrible cuando vieron al príncipe plantado en el hueco de los árboles desnudos, con sus encendidas vestiduras carmesíes y su ceñudo rostro de bronce, sosteniendo en la mano un nuevo objeto mortífero. No habrían sabido decir por qué, pero en efecto las dos espadas parecían haberse convertido en armas de juguete y el cuento había acabado roto y tirado como un juguete. Borodino parecía un verdugo del viejo continente, vestido de un rojo terrible y empuñando el hacha

dispuesta para la ejecución del criminal. Y el criminal no era Crane.

El señor Brain de la policía india fulminaba con la mirada el nuevo objeto, y pasaron unos momentos antes de que hablara, con voz áspera y casi ronca.

—¿Qué está usted haciendo con eso?—preguntó—. Parece el hacha de un leñador.

—Una lógica asociación de ideas—observó Horne Fisher—. Si encuentra un gato en un bosque pensará que es un gato montés, aunque sólo se haya paseado hasta allí desde el sofá del salón. De hecho, resulta que sé que ésta no es el hacha del leñador, sino el hacha de la cocina, el hacha de cortar carne o como quiera que se llame, que alguien ha tirado en el bosque. Yo mismo la vi en la cocina cuando fui a buscar los sacos de patatas con los que me disfracé de ermitaño medieval.

—De todas formas, no deja de tener interés—observó el príncipe tendiendo el instrumento hacia Fisher, quien lo cogió y examinó con detenimiento—. Una cuchilla de carnicero que ha hecho el trabajo de un carnicero.

—Sin duda fue el arma del crimen—asintió Fisher en voz baja.

Brain miraba fijamente con ojos ardientes y fascinados el pálido brillo azul de la hoja del hacha.

—No le entiendo—dijo—. No tiene... no tiene marcas.

—No ha derramado sangre—respondió Fisher—, pero aun así ha cometido un crimen. Es lo más cerca que estuvo el criminal del crimen cuando lo cometió.

—¿A qué se refiere?

—No estaba allí cuando lo hizo—explicó Fisher—.

¿Qué asesino de medio pelo es incapaz de cometer un crimen sin estar presente?

—Parece que hable sólo para desconcertarnos—dijo Brain—. Si tiene algún consejo práctico que ofrecer más vale que lo haga de un modo inteligible.

—El único consejo práctico que puedo sugerir—dijo Fisher meditabundo—es una pequeña investigación de la topografía y la nomenclatura locales. Dicen que existió un tal señor Prior que tenía una granja en esta zona. Creo que algunos detalles sobre la vida doméstica del difunto señor Prior arrojarían más luz a este espantoso asunto.

—¿Y no tiene nada más inmediato que su topografía para ayudar a vengar la muerte de mi amigo?—dijo Brain con aire desdeñoso.

—Bueno—dijo Fisher—, debería averiguar la verdad sobre el Agujero en el Muro.

Esa noche, al final de un crepúsculo tormentoso y bajo un viento del oeste que sucedió al deshielo, Leonard Crane se abría paso por un agreste camino rondando y volviendo a rondar en las inmediaciones del alto muro continuo que cercaba el pequeño bosque. Lo hacía impulsado por la febril idea de resolver por sí solo el acertijo que había empañado su reputación e incluso amenazaba su libertad. Las autoridades policiales, ya al mando de la investigación, no lo habían detenido, pero sabía perfectamente que si intentaba alejarse lo detendrían de inmediato. Las pistas incompletas de Horne Fisher, que él no había querido seguir aún, habían empujado el temperamento artístico del arquitecto a una especie de análisis desenfrenado,

y estaba decidido a leer el jeroglífico, al revés y de todas las maneras, hasta encontrarle un sentido. Si se trataba de algo relacionado con el agujero en el muro encontraría el agujero en el muro; sin embargo, de momento no había encontrado ni una sola grieta. Sus conocimientos profesionales le decían que la mampostería pertenecía a una sola obra y fecha, y salvo la entrada habitual, que no arrojaba luz alguna al misterio, no halló nada que insinuara un escondrijo o posible vía de escape. Caminando por un estrecho sendero entre la pared serpenteante y la curva y ondulación hacia el oeste de los árboles grises que parecían plumas, y viendo cómo los destellos móviles del sol poniente titilaban casi como relámpagos mientras las nubes de tempestad cruzaban raudas el firmamento y se fundían con la primera luz pálida y azul de una luna que crecía lentamente detrás de él, empezó a sentir cómo la cabeza le daba vueltas mientras sus talones giraban y giraban alrededor de la recurrente barrera ciega. Tenía pensamientos que rayaban con la frontera del pensamiento; fantaseaba con una cuarta dimensión que no era más que un agujero en el que esconder cualquier cosa; con verlo todo desde un nuevo ángulo, asomado a una nueva ventana de los sentidos; o con una luz y una transparencia místicas, como los nuevos rayos de la química, en los que podía ver el cuerpo de Bulmer, horroroso y deslumbrante, flotando en un refulgente halo por encima del bosque y el muro. También lo atormentaba la insinuación, que le parecía igualmente horrenda, de que todo aquello tuviera algo que ver con el señor Prior. Había algo escalofriante en el hecho de que siempre se hablara de él con el respetuoso apelativo de señor Prior, así como en la circunstancia de que

él se hubiera visto incitado a buscar la simiente de aquellas atrocidades en la vida doméstica del granjero muerto. De hecho, había descubierto que ninguna investigación local había revelado nada acerca de la familia Prior.

La luz de la luna se había ensanchado e intensificado, el viento había ahuyentado a las nubes y había ido amainando a ráfagas, cuando llegó de nuevo ante el lago artificial frente a la casa. Por algún motivo parecía un lago muy artificial; de hecho, la escena entera parecía un paisaje clásico con reminiscencias de Watteau; la fachada palladiana de la casa, pálida bajo la luna, y la misma plata reflejada en la ninfa pagana y desnuda de mármol que había en medio del estanque. Ante su sorpresa, encontró otra figura junto a la estatua, sentada casi con la misma inmovilidad; y el mismo lápiz de plata hizo surgir la frente arrugada y el paciente rostro de Horne Fisher, vestido aún de ermitaño y al parecer ejerciendo la soledad de un ermitaño. Sin embargo, levantó la vista hacia Leonard Crane y sonrió, casi como si lo hubiera estado esperando.

—Oiga—dijo Crane plantándose de frente a él—, ¿puede decirme algo acerca de este asunto?

—Pronto tendré que decir a todo el mundo todo cuanto sé al respecto—contestó Fisher—, pero no tengo ningún inconveniente en decirle algo a usted primero. Antes, sin embargo, ¿podría usted decirme una cosa? ¿Qué pasó en realidad esta mañana cuando vio a Bulmer? Es verdad que tiró su espada, pero no lo mató.

—No lo maté porque tiré mi espada—dijo el otro—. Lo hice a propósito; de lo contrario no sé qué habría pasado.

Y tras una pausa prosiguió, con calma:

—El difunto lord Bulmer era un caballero muy simpático, extremadamente simpático. Era muy agradable con sus inferiores, y solía alojar en su casa a su abogado y a su arquitecto para toda clase de vacaciones y diversiones. Pero también tenía otro lado oculto, que descubrían aquellos que intentaban tratarlo como a un igual. Cuando le dije que su hermana y yo estábamos prometidos, sucedió algo que no puedo ni pienso describir. A mí me pareció un acceso monstruoso de locura. Pero supongo que la verdad es aterradoramente sencilla. Existe un fenómeno que podría llamarse la ordinariez de un caballero. Y es lo más espantoso que hay en la humanidad.

—Lo sé—dijo Fisher—. Los nobles renacentistas de la época Tudor eran así.

—Es curioso lo que acaba usted de decir—prosiguió Crane—. Pues mientras estábamos allí discutiendo me asaltó una extraña sensación, como si estuviéramos repitiendo alguna escena del pasado, y yo fuera realmente un bandido al que encuentran en el bosque, como Robin Hood, y él hubiera salido con sus plumas y su púrpura cardenalicia del marco del retrato de su antepasado. Sea como fuere, él era el poderoso, y no temía a Dios ni respetaba al hombre. Lo desafié, por supuesto, y me alejé. Podría haberlo matado de no haberme alejado.

—Sí—dijo Fisher asintiendo—, su antepasado era poderoso y él era poderoso, y ahí termina la historia. Todo encaja.

—¿Que encaja? ¿Dónde?—exclamó su acompañante con una impaciencia repentina—. Yo no le veo ni pies ni cabeza. Me dice usted que busque el secreto en el agujero del muro, pero yo no veo ningún agujero en el muro.

—Es que no hay ninguno—dijo Fisher—. Ése es el secreto—. Y tras un instante de reflexión, agregó: —A no ser que lo considere un agujero en el muro del mundo. Verá usted; se lo contaré si lo desea, pero me temo que la explicación requiere una introducción. Tiene que entender uno de los engaños de la mentalidad moderna, una tendencia que la mayoría de gente sigue sin darse cuenta. En el pueblo o zona residencial de ahí fuera hay una posada con el letrero de san Jorge y el Dragón. Supongamos que yo fuera por ahí diciendo a todo el mundo que eso no es más que una distorsión del rey Jorge y el Dragón. Mucha gente se lo creería, sin molestarse en hacer indagaciones, debido a la vaga impresión de que es probable porque es prosaico. Convierte una cosa romántica y legendaria en algo reciente y ordinario. Y eso de algún modo hace que parezca racional, aunque la razón no lo corrobore. Naturalmente algunas personas recordarían haber visto a san Jorge en viejos cuadros italianos y novelas de caballerías francesas, pero la mayoría ni siquiera pensarían en ello. Se limitarían a tragarse el escepticismo sólo porque es escepticismo. La inteligencia moderna no acepta nada por imposición, y acepta cualquier cosa sin ella. Eso es precisamente lo que ha sucedido aquí. Cuando algún detractor decidió decir que Prior's Park no era un priorato, sino que llevaba el nombre de algún habitante moderno llamado Prior, nadie se molestó en comprobar la teoría. A nadie se le ocurrió repetir la historia para preguntar si en verdad *existía* un tal señor Prior, si alguien lo había visto alguna vez o había oído hablar de él. Pero en realidad sí que era un priorato, y corrió la suerte de la mayoría de prioratos; es decir, el caballero Tudor con sus plumas simplemente lo

robó por la fuerza bruta y lo convirtió en su casa particular; también hizo cosas peores, como oirá más adelante. Pero lo importante aquí es que así es como funciona el engaño, y el engaño funciona del mismo modo al otro lado del cuento. Esta zona aparece con el nombre de Holinwall en los mejores mapas trazados por los estudiosos; y éstos aluden ligeramente, no sin una sonrisa, al hecho de que los pobres más ignorantes y anticuados lo pronunciaban así. Pero en realidad se escribe mal y se pronuncia bien.

—¿Me está usted diciendo que sí había un pozo?—preguntó Crane rápidamente.

—Hay un pozo—dijo Fisher—, y la verdad se esconde en su fondo.

Mientras hablaba tendió la mano y señaló hacia la capa de agua que tenía delante.

—El pozo está bajo el agua—dijo—, y ésta no es la primera tragedia relacionada con él. El fundador de esta casa hizo algo que otros villanos como él hacían raras veces; algo que tenía que guardarse en silencio incluso en la anarquía de los pillajes de los monasterios. El pozo estaba relacionado con los milagros de algún santo, y el último prior que lo custodió era una especie de santo también; sin duda le faltaba poco para ser un mártir. Desafió al nuevo propietario y lo retó a corromper el lugar, hasta que el noble, hecho una furia, lo apuñaló y arrojó el cadáver al pozo, donde, al cabo de cuatrocientos años, lo ha seguido un heredero del usurpador, envuelto en la misma púrpura y paseándose por el mundo con el mismo orgullo.

—Pero ¿cómo es posible que Bulmer haya ido a caerse por primera vez precisamente en ese punto?—preguntó Crane.

—Porque el hielo sólo estaba roto en ese punto, y el responsable de esta circunstancia era el único hombre que conocía la historia—respondió Horne Fisher—. El hielo fue agrietado a propósito en ese punto concreto con el hacha de la cocina; yo mismo oí los golpes y no entendí lo que sucedía. El lugar había sido cubierto por un lago artificial, aunque sólo fuera porque la verdad debía ser encubierta por una leyenda artificial. ¿Se da cuenta de que es exactamente lo que habrían hecho esos nobles infieles, profanarlo con una especie de diosa pagana, del mismo modo que el emperador romano construyó un templo a Venus sobre el Santo Sepulcro? Pero la verdad aún podía ser averiguada por cualquier estudioso que se propusiera descubrirla. Y este hombre se había propuesto hacerlo.

—¿Qué hombre?—preguntó el otro con un atisbo de la respuesta en la mente.

—El único hombre que tiene una coartada—contestó Fisher—. James Haddow, el abogado anticuario, se marchó la noche antes de la fatalidad, pero dejó esa estrella negra de la muerte sobre el hielo. Se marchó de pronto, cuando en realidad se había propuesto quedarse en la fiesta; probablemente, después de una desagradable escena con Bulmer,durante su entrevista para hablar de asuntos legales. Como bien sabe usted, Bulmer era bastante capaz de despertar los instintos asesinos de cualquiera, y yo me inclino a creer que el abogado también tenía algunas irregularidades que confesar y que su cliente había amenazado con poner al descubierto. Pero tal como interpreto yo la naturaleza humana, un hombre es capaz de engañar en su oficio, pero no en su afición. Puede que Haddow haya sido un abogado deshonesto, pero no podía evitar ser un anti-

cuario honesto. Una vez que encontró la pista de la verdad acerca del Pozo Sagrado tenía que llegar hasta el final; no estaba dispuesto a dejarse enredar por las anécdotas periodísticas sobre el señor Prior y el agujero en el pozo; lo descubrió todo, hasta la ubicación exacta del pozo, y recibió su recompensa, si es que el éxito de un asesino puede considerarse una recompensa.

—¿Y cómo encontró usted la pista de esta historia oculta?—preguntó el joven arquitecto.

Una nube ensombreció la frente de Horne Fisher.

—Ya sabía demasiado acerca de ello—dijo—, y, después de todo, me da vergüenza hablar a la ligera del pobre Bulmer, que ya ha pagado su error, cuando los demás no lo hemos pagado. Diría que cada puro que me fumo y cada copa de licor que bebo procede directa o indirectamente del saqueo de estos lugares sagrados y de la persecución de los pobres. Al fin y al cabo, no hace falta escarbar mucho en el pasado para encontrar ese agujero en el muro, la gran brecha en las defensas de la historia de Inglaterra. Se halla bajo la superficie de una fina capa de falsa información e instrucción, del mismo modo que el pozo negro y ensangrentado se halla bajo esa superficie de aguas poco profundas y algas aplastadas. La capa de hielo es fina, pero resistente; lo bastante resistente para soportar nuestro peso cuando nos disfrazamos de monjes y bailamos sobre ella burlándonos de la vieja y pintoresca Edad Media. Me pidieron que me disfrazara, de modo que me disfracé de acuerdo con mi gusto y mi imaginación. Me puse el único disfraz que se me antoja adecuado para un hombre que ha heredado la posición de un caballero sin haber perdido totalmente los sentimientos que le son dignos.

En respuesta a una mirada interrogativa, se levantó con un dramático gesto de humildad.

—Arpillera—dijo—; y también llevaría las cenizas si se aguantaran sobre mi calva.

VII
EL TEMPLO DEL SILENCIO

Harold March y los pocos que cultivaban la amistad de Horne Fisher, sobre todo si lo veían de vez en cuando en su entorno social, habían advertido cierta soledad en su sociabilidad. Parecía que siempre les presentaba a parientes suyos pero no a su familia. O acaso sería más correcto decir que veían a menudo a su familia y no veían nunca su hogar. Sus primos y parientes se ramificaban como un laberinto por toda la clase gobernante de Gran Bretaña, y parecía congeniar bien, o al menos con buen humor, con la mayoría. Y es que Horne Fisher destacaba por su curiosa erudición impersonal y el interés que mostraba por toda clase de asuntos, hasta tal punto que a veces uno pensaba que su cultura, al igual que su incoloro bigote rubio y sus blandas facciones, poseía la naturaleza neutra de un camaleón. Fuera como fuese, era capaz de tratar con virreyes, ministros de Estado y todos los hombres importantes responsables de los grandes ministerios, y hablar con cada uno sobre el tema que él propusiera, sobre el campo que más le interesara en ese momento. Así, podía conversar con el ministro de Defensa sobre gusanos de seda, con el ministro de Educación sobre relatos de detectives, con el ministro de Trabajo sobre el esmalte de Limoges, y con el ministro de Misiones y Progreso Moral (si acaso es ése el título correcto) sobre los bufones de las últimas cuatro décadas. Y como el primero era primo hermano suyo, el segundo primo segundo, el tercero su cuña-

do, y el cuarto su tío político, sin duda esta versatilidad para la conversación contribuía en cierto modo a crear una familia feliz. Sin embargo March nunca alcanzaba a ver ese interior doméstico al que están acostumbrados los hombres de las clases medias con sus amistades, y que constituye la base misma de la amistad, el amor y todo lo demás en cualquier sociedad sana y estable. Se preguntaba si Horne Fisher no sería huérfano e hijo único a la vez.

Por eso se sorprendió un poco cuando descubrió que Fisher tenía un hermano, mucho más próspero y poderoso que él, aunque a juicio de March ni remotamente tan divertido. Sir Henry Harland Fisher, con medio alfabeto detrás de su nombre, era una figura en el Ministerio de Asuntos Exteriores mucho más formidable que el propio ministro. Debía de ser cosa de familia, pues al parecer había en la India otro hermano, Ashton Fisher, bastante más formidable que el propio virrey. Sir Henry Fisher era más robusto que su hermano, aunque también más apuesto, y también tenía la frente calva, aunque mucho más tersa. Era muy cortés, aunque un tanto condescendiente, no sólo con March, sino también, y como ya había creído advertir March, con Horne Fisher. Este último, quien solía intuir las sospechas de los demás, sacó el tema mientras salían de la gran casa en Berkeley Square.

—¿Sabía usted que yo soy el tonto de la familia?—observó con calma.

—Pues debe de tener usted una familia muy lista—dijo Harold March con una sonrisa.

—Muy elegante—contestó Fisher—; eso es lo mejor de tener una formación literaria. Bueno, tal vez sea una

exageración decir que soy el tonto de la familia. Basta decir que soy el fracasado de la familia.

—Me resulta extraño pensar que usted haya podido fracasar en algo—señaló el periodista—. Como dicen en los exámenes, ¿en qué suspendió?

—En política—contestó su amigo—. Cuando era joven me presenté como candidato a diputado y fui elegido por una gran mayoría; me aclamaron y llevaron a hombros por toda la ciudad. Por supuesto, desde entonces mi reputación ha quedado ensombrecida.

—Me temo que no entiendo muy bien ese «por supuesto»—respondió March riendo.

—Esa parte no hace falta entenderla—dijo Fisher—. La otra, en cambio, querido amigo, resulta bastante curiosa e interesante. Toda una historia de detectives, así como la primera lección que aprendí sobre el funcionamiento de la política moderna. Se la cuento si le apetece.

Y lo que viene a continuación, redactado con un estilo no tan coloquial y lleno de alusiones, es la historia que contó.

Nadie que en los últimos años hubiera tenido el privilegio de conocer a sir Henry Harland Fisher se habría creído que alguna vez lo hubieran llamado Harry. Pero naturalmente había sido un muchacho, y esa serenidad que lo había iluminado toda la vida, y que ahora adoptaba la forma de seriedad, había adoptado también la expresión de la alegría. Sus amigos habrían dicho que había alcanzado ese grado de madurez en la edad adulta precisamente por haber sido joven en su juventud. Sus enemigos habrían

dicho que seguía siendo ligero de cascos, pero no de espíritu. En cualquier caso, la historia que Horne Fisher iba a contar arrancaba de la casualidad que había convertido al joven Harry Fisher en el secretario particular de lord Saltoun. De ahí su posterior relación con el Ministerio de Asuntos Exteriores, que sin duda fue una especie de legado de su señoría cuando el gran hombre era el poder en la sombra. No es éste el lugar adecuado para hablar demasiado de Saltoun, de lo poco que se sabía de él y de lo mucho que merecía la pena saber. Inglaterra ha tenido por lo menos tres o cuatro estadistas secretos como él. Un sistema de gobierno aristocrático genera de vez en cuando un aristócrata que también es un accidente, un hombre de independencia y perspicacia intelectuales, un Napoleón nacido con la púrpura cardenalicia. La mayor parte de su inmensa labor era invisible, y lo poco que se podía sacar de él en su vida privada era un sentido del humor amargo y bastante cínico. Pero sin duda fue el accidente de su presencia en una cena familiar en casa de los Fisher, y la opinión inesperada que expresó, lo que convirtió lo que podría haber sido una broma de mesa en una especie de novela sensacional.

Salvo lord Saltoun, todos los allí reunidos eran de la familia Fisher, pues el otro distinguido forastero acababa de marcharse después de cenar, dejando a los demás con el café y el tabaco. Éste había sido un personaje de cierto interés: un joven de Cambridge llamado Eric Hughes, que era la nueva esperanza del Partido Reformista, al que la familia Fisher, así como su amigo Saltoun, había estado vinculada, al menos formalmente. La personalidad de Hughes se podía resumir bien en el hecho de que habló con elo-

cuencia y seriedad durante toda la cena, pero inmediatamente después se marchó para no llegar tarde a una cita. Todas sus acciones tenían algo ambicioso y concienzudo al mismo tiempo; no bebía vino, pero estaba ligeramente ebrio de palabras. Y su rostro y sus frases aparecían en primera plana en todos los periódicos de entonces porque se presentaba a las elecciones para cubrir el escaño ya casi asegurado a sir Francis Verner en el oeste del país. Todo el mundo hablaba del poderoso discurso contra la pequeña aristocracia rural que había pronunciado no hacía mucho; incluso en el círculo de los Fisher todo el mundo hablaba de ello salvo Horne Fisher, quien, sentado en un rincón, contemplaba el fuego con el ceño fruncido.

—Tenemos que darle las gracias por haber rejuvenecido el partido—decía Ashton Fisher—. Esta campaña contra la vieja aristocracia rural muestra el grado de democracia que hay en este condado. Este proyecto de ley para ampliar el control de la corporación del gobierno en el condado es casi suyo; de modo que podría decirse que ha entrado en el gobierno antes incluso de haber entrado en el Parlamento.

—Una cosa es más fácil que la otra—dijo Harry con tono despreocupado—. Apuesto a que en ese condado la aristocracia rural es más poderosa que la corporación del gobierno. Verner está bastante bien arraigado; todas esas zonas rurales son lo que suele llamarse reaccionarias. Y condenar a los aristócratas no cambiará las cosas.

—Pues los condena bastante bien—observó Ashton—. Nunca habíamos visto un mitin como el de Barkington, donde por regla general votan a los constitucionales. Y cuando dijo: «Ya puede sir Francis presumir de sangre

azul, que nosotros le demostraremos que la nuestra es roja», y siguió hablando de la hombría y la libertad, todo el auditorio se puso en pie.

—Habla muy bien—dijo lord Saltoun con tono áspero, en la que hasta entonces había sido su única aportación a la conversación.

Entonces Horne Fisher, casi tan callado como lord Saltoun, habló de pronto, sin apartar sus inquietantes ojos del fuego.

—Lo que yo no entiendo—dijo—, es por qué no se ataca nunca a nadie por el motivo real.

—¡Mira por dónde!—observó Harry con tono jocoso—, ¿y ahora te das cuenta?

—Verner, por ejemplo—prosiguió Horne Fisher—. Si queremos atacar a Verner, ¿por qué no lo hacemos? ¿Por qué lo alabamos por ser un aristócrata reaccionario y romántico? ¿Quién es Verner? ¿De dónde procede? El apellido parece antiguo, pero yo no lo había oído nunca. ¿Por qué se habla de su sangre azul? Como nadie lo sabe, su sangre lo mismo es amarilla con motas verdes. Lo único que sabemos es que un anciano señor del lugar, Hawker, se gastó todo su dinero (y el de su mujer, imagino, pues era bastante rica), y vendió la finca a un hombre llamado Verner. ¿Con qué amasó éste su fortuna? ¿Petróleo? ¿Contratos con el Ejército?

—No lo sé—dijo Saltoun mirándolo meditabundo.

—Es lo primero que veo que usted no sabe—exclamó el eufórico Harry.

—Y aún hay más—prosiguió Horne Fisher, que de pronto parecía haber recuperado la lengua—. Si queremos que la gente del campo nos vote, ¿por qué no busca-

mos a alguien que conozca el campo? A los habitantes de Threadneedle Street no les hablamos sólo de nabos y de pocilgas. ¿Por qué a los habitantes de Somerset no les hablamos más que de barrios obreros y socialismo? ¿Por qué no entregamos la tierra del terrateniente a sus arrendatarios, en vez de sacar a colación la corporación del gobierno?

—Tres acres y una vaca—exclamó Harry soltando lo que los informes parlamentarios suelen llamar una aclamación irónica.

—Sí—contestó su hermano, obstinado—. ¿No cree que los trabajadores agrícolas deberían tener tres acres y una vaca, en vez de tres acres de impresos y un comité? ¿Por qué nadie funda un partido de granjeros independientes que apele a las viejas tradiciones del pequeño hacendado? ¿Por qué no atacan a hombres como Verner por lo que son, que es algo casi tan antiguo y tradicional como un *trust* petrolero americano?

—Podrías dirigirlo tú mismo—dijo Harry riéndose—. ¿No cree que sería divertido, lord Saltoun, ver a mi hermano y a sus alegres hombres, con sus carteles y pancartas, desfilando por Somerset vestidos de verde Lincoln, en vez de llevar los sombreros de Lincoln y Bennet?

—No—contestó el Viejo Saltoun—. No me parecería divertido. Creo que sería una idea sumamente seria y sensata.

—¡Caramba!—exclamó Harry Fisher mirándolo fijamente—. Antes he dicho que era la primera vez que usted no sabía algo, y ahora debería decir que es la primera vez que usted no capta una broma.

—He visto muchas cosas en mi vida—dijo el anciano

con su tono avinagrado—. También he dicho muchas mentiras, y tal vez esté ya un tanto harto de ellas. Pero hay mentiras y mentiras. Los caballeros solían mentir como los colegiales, porque formaban una piña y, en parte, para ayudarse unos a otros. Pero yo no veo por qué debería mentir por esos canallas cosmopolitas que sólo se ayudan entre sí. A nosotros ya no nos apoyan; nos están desplazando, sencillamente. Si un hombre como su hermano quiere entrar en el Parlamento como pequeño hacendado, caballero, jacobita o antiguo britano, a mí me parece una idea estupenda.

En el silencio asustado que siguió a esa intervención, Horne Fisher se puso en pie de un salto y se sacudió de encima su habitual languidez.

—Estoy dispuesto a hacerlo mañana mismo—exclamó—. Supongo que ninguno de vosotros querrá apoyarme.

Entonces Harry Fisher mostró el lado bueno de su impetuosidad. Hizo un movimiento brusco, como para estrecharle la mano.

—Eres honesto—dijo—, y yo te apoyaré si nadie más lo hace. Pero podemos apoyarte todos, ¿no? Entiendo lo que quiere decir lord Saltoun, y por supuesto tiene razón. Él siempre tiene razón.

—Entonces iré a Somerset—dijo Horne Fisher.

—Sí, está yendo hacia Westminster—dijo lord Saltoun con una sonrisa.

Y así aconteció que al cabo de unos días Horne Fisher llegó a la pequeña estación de una remota población del oeste con mercado, acompañado de una ligera maleta y un hermano muy animado. No debe suponerse, sin embargo,

que el tono alegre del hermano no fuera más que una impostura. Éste apoyó al nuevo candidato con esperanza e hilaridad; y detrás de su bullicioso respaldo había una empatía y un aliento crecientes. Harry Fisher siempre había sentido cariño por su hermano más callado y excéntrico, y ahora cada vez lo respetaba más. Cuando empezó la campaña el respeto se convirtió en ardiente admiración. Pues Harry aún era joven, y podía sentir la clase de entusiasmo por su capitán de campaña electoral que siente un colegial por su capitán de críquet.

Y esa admiración tampoco era inmerecida. A medida que avanzaba la contienda entre los tres candidatos, resultó evidente, no sólo para su devoto hermano, que Horne Fisher podía ofrecer mucho más de lo que parecía a simple vista. Quedó claro que su estallido junto al hogar familiar no había sido más que la culminación de un largo recorrido de reflexión y estudio sobre la cuestión. El talento que había conservado hasta entonces para estudiar su tema, e incluso temas ajenos, llevaba mucho tiempo concentrado en esa idea de defender a un nuevo campesinado contra una nueva plutocracia. Se expresó con elocuencia ante una multitud de espectadores y contestó con gracia a una pregunta particular, dos artes políticas que parecía poseer de manera innata. Sin duda conocía mucho mejor los problemas rurales que Hughes, el candidato reformista, o Verner, el constitucional. E investigó esos problemas con curiosidad humana, y profundizó en ellos como no habrían podido imaginar los otros dos. No tardó en convertirse en la voz de la opinión popular que nunca aparece en la prensa popular. Nuevos puntos de vista críticos, argumentos que hasta entonces no habían sido expre-

sados por una voz educada, análisis y comparaciones que sólo se habían oído en dialecto y en boca de hombres que bebían en las pequeñas tabernas de la zona, artimañas medio olvidadas que se habían ido transmitiendo con las manos y la lengua desde épocas remotas, cuando sus padres eran libres; todo ello creaba un curioso entusiasmo doble. A los bien informados los sorprendía por ser una idea nueva y estupenda que nunca habían visto. Y a los ignorantes, por ser una idea antigua y familiar que nunca pensaron que verían renacer. Los hombres veían las cosas bajo una nueva luz, y ni siquiera sabían si era la del crepúsculo o la del amanecer.

Las quejas reales hacían que el movimiento resultara extraordinario. A medida que Fisher iba de un lado a otro entre las casas y las posadas rurales, se fue percatando sin dificultad de que sir Francis Verner era un terrateniente muy malo. Y la historia de su adquisición de las tierras tampoco era más antigua y digna de lo que él había supuesto; la historia era famosa en el condado y en muchos aspectos resultaba obvia. Hawker, el antiguo señor, había sido una persona disoluta y poco fiable, se había llevado muy mal con su primera mujer (quien había muerto, según decían algunos, de abandono), y se había casado con una deslumbrante sudamericana judía con mucho dinero. Pero debió de ir derrochando esa fortuna con una rapidez asombrosa, pues no tardó en verse obligado a vender la finca a Verner e irse a vivir a América del Sur, probablemente de las propiedades de su mujer. Aunque Fisher se dio cuenta de que la relajación del antiguo señor era mucho menos detestada que la eficiencia del nuevo. La historia de Verner parecía llena de hábiles tratos y apuestas

financieras que hacían perder a los demás el dinero y la calma. Pero si bien había oído hablar mucho de Verner, había una cosa que se le escapaba sin cesar; algo que nadie sabía, que ni siquiera Saltoun había sabido nunca. No lograba averiguar cómo se había enriquecido.

—Debe de haberlo mantenido muy en secreto—se decía Horne Fisher para sus adentros—. Debe de ser algo de lo que se avergüenza mucho. Pero, a ver, ¿de qué puede avergonzarse un hombre hoy en día?

Y mientras cavilaba sobre las posibilidades, éstas se fueron ensombreciendo y distorsionando en su cabeza; pensó vagamente en cosas remotas y repulsivas, extrañas formas de esclavitud o de brujería, y luego en cosas desagradables que si bien eran más antinaturales resultaban más cercanas. La figura de Verner parecía ennegrecerse y transformarse en su imaginación, y se recortaba contra fondos variados y cielos extraños.

Mientras caminaba con paso enérgico por la calle de un pueblo, dándole vueltas a todo aquello, sus ojos vieron un contraste absoluto en el rostro de su otro adversario, el candidato reformista. Eric Hughes, con su pelo rubio y suelto y su cara de universitario entusiasta, subía en ese momento a su automóvil y decía unas últimas palabras a su representante, un tipo robusto y entrecano llamado Gryce. Eric Hughes saludó cordialmente con la mano; pero Gryce lo miró con cierta hostilidad. Eric Hughes era un joven con unos entusiasmos políticos genuinos, pero sabía que los oponentes políticos son personas con las que uno puede tener que cenar cualquier día. Sin embargo el señor Gryce era un adusto radical de la región, un defensor de la capilla, y una de esas personas afortunadas cuyo

trabajo es también su afición. Volvió la espalda mientras el automóvil se alejaba y echó a andar con brío por la soleada calle principal de la pequeña población, silbando, y del bolsillo le sobresalían unos cuantos periódicos políticos.

Fisher observó meditabundo la resuelta figura y, como movido por un impulso, se puso a seguirla. A través del concurrido mercado, entre los cestos y los carretones, bajo el letrero de madera pintada del Green Dragon, por una oscura entrada lateral, bajo un arco, y a través de un laberinto de sinuosas calles adoquinadas ambos se fueron abriendo paso, la cuadrada y ufana figura delante, y la delgada y parsimoniosa detrás, como su sombra a la luz del sol. Por fin llegaron a una casa de ladrillo marrón con una placa metálica en la que se leía el nombre del señor Gryce, y el individuo se volvió y miró fijamente a su perseguidor.

—Señor, ¿podría hablar con usted?—preguntó Horne Fisher con educación. El representante le sostuvo la mirada, pero asintió cortésmente, e hizo pasar al desconocido a un despacho lleno de folletos y carteles de vivos colores colgados en todas las paredes que asociaban el nombre de Hughes con los intereses más nobles de la humanidad.

—El señor Fisher, si no me equivoco—dijo el señor Gryce—. Me siento muy honrado con su visita, por supuesto. Me temo que no puedo felicitarlo por participar en la lucha electoral; aunque seguro que usted tampoco lo espera. Aquí hemos defendido siempre la libertad y la reforma, y ahora llega usted y rompe la línea de combate.

Y es que el señor Elijah Gryce era muy aficionado a las metáforas militares y a las denuncias del militarismo. Era

un hombre de mandíbula cuadrada y facciones bastas, que solía arquear las cejas de forma agresiva. Desde que era un muchacho estaba metido en la política de aquella región, conocía los secretos de todo el mundo y las campañas electorales eran la pasión de su vida.

—Supongo que piensa que me consume la ambición— dijo Horne Fisher con su apática voz de siempre—, y que aspiro a una dictadura y todas esas cosas. Pues bien, creo que puedo absolverme del cargo de pura ambición egoísta. Sólo quiero que se hagan algunas cosas. No quiero hacerlas yo. A mí casi nunca me apetece hacer nada. Y he venido aquí para decir que estoy dispuesto a retirarme de la pugna si usted logra convencerme de que en realidad queremos hacer lo mismo.

—El representante del partido reformista lo miró con una expresión extraña y ligeramente perpleja, y antes de que pudiera contestar, Fisher prosiguió con el mismo tono desapasionado:

—No se lo creerá, pero soy un hombre de conciencia; y dudo de varias cosas. Por ejemplo, ambos queremos echar a Verner del Parlamento, pero ¿qué arma vamos a utilizar? He oído muchos chismes contra él, pero ¿es correcto actuar basándose en un mero chisme? Del mismo modo que quiero ser justo con usted, quiero ser justo con él. Si algunas de las cosas que he oído son ciertas, deberían expulsarlo del Parlamento y de cualquier otro club de Londres. Pero si no lo son, no quiero echarlo del Parlamento.

En ese instante la chispa de la batalla saltó a los ojos del señor Gryce y éste se volvió locuaz, por no decir violento. En cualquier caso, él no tenía la menor duda de que

tales historias eran ciertas; podía declarar con seguridad que eran ciertas. Verner no sólo era un terrateniente duro, sino también mezquino, y un ladrón y un mafioso; cualquier caballero tendría motivos para deshacerse de él. Había estafado al anciano Wilkins y le había quitado las tierras mediante un truco digno de un carterista; había mandado a la anciana señora Biddle al asilo de pobres; había forzado la ley contra Long Adam, el cazador furtivo, hasta conseguir que todos los magistrados se avergonzaran de él.

—Así que si desea usted servir a la vieja bandera—concluyó el señor Gryce con un tono más cordial—, y echar a ese tirano estafador, estoy seguro de que no lo lamentará.

—Y si la verdad es ésa—dijo Horne Fisher—, ¿piensa revelarla?

—¿Qué quiere decir con revelar la verdad?—preguntó Gryce.

—Quiero decir si va usted a contar la verdad como acaba de hacerlo ahora—contestó Fisher—. Si va a empapelar este pueblo con la crueldad infligida al anciano Wilkins. Si va a llenar los periódicos con la infame historia de la señora Biddle. Si va a denunciar a Verner desde una tribuna pública, nombrándolo por lo que hizo y nombrando al cazador furtivo a quien se lo hizo. Si va a averiguar cómo ganó este hombre el dinero con el que compró las tierras; y cuando sepa la verdad, como he dicho antes, la contará, naturalmente. Con esas condiciones yo defenderé la vieja bandera, como usted la llama, y arriaré mi pequeño pendón.

El representante lo miraba con una curiosa expresión, hosca pero no del todo desagradable.

—Bueno—dijo, lentamente—, ya sabe que esas cosas hay que hacerlas mediante los procedimientos habituales; de lo contrario la gente no lo entendería. Yo tengo mucha experiencia, y me temo que lo que usted dice no funcionaría. Por regla general la gente entiende que se condene a los terratenientes; pero esa clase de personalismos no se consideran juego limpio. Se interpretan como un golpe por debajo del cinturón.

—Y supongo que el anciano Wilkins no tiene cinturón—contestó Horne Fisher—. Verner puede golpearlo de cualquier manera y nadie dice nada. Pero por lo visto hay que ocupar una posición muy elevada en la sociedad para tener cinturón. Probablemente—agregó, meditabundo—, probablemente sea ésa la explicación de la expresión «tener el riñón bien cubierto», cuyo significado siempre se me había resistido.

—Yo lo que quiero decir es que esos personalismos no llevan a ninguna parte—replicó Gryce, mirando la mesa con el ceño fruncido.

—Y la señora Biddle y Long Adam, el cazador furtivo, no son personalidades—dijo Fisher—, y supongo que es mejor no preguntar cómo ganó Verner el dinero que le permitió convertirse en una personalidad.

Gryce seguía mirándolo con expresión ceñuda, pero el singular brillo de sus ojos se había intensificado. Y finalmente dijo, con voz más calmada:

—Oiga usted, señor. Usted me cae bien, si no le importa que se lo diga. Creo que está del lado del pueblo y estoy seguro de que es un hombre valiente. Quizá mucho más valiente de lo que usted cree. Nosotros no nos atreveríamos ni por asomo a hacer lo que usted propone; y, lejos

de querer tenerlo en el partido, preferiríamos que corriera usted el riesgo por su cuenta. Pero como me cae usted bien y respeto su coraje, le haré un favor antes de que nos despidamos. No quiero que pierda usted el tiempo errando el tiro. Habla usted de cómo el nuevo señor consiguió el dinero para adquirir las tierras, de la ruina del antiguo señor y todas esas cosas. Pues bien, le daré una pista al respecto, una pista sobre algo muy valioso que poca gente conoce.

—Se lo agradezco mucho—dijo Fisher con tono grave—. ¿De qué se trata?

—Se lo diré en dos frases—dijo el otro—. El nuevo señor era muy pobre cuando compró las tierras. El antiguo señor era muy rico cuando las vendió.

Horne Fisher lo miró meditabundo mientras Gryce se apartaba bruscamente y hundía la nariz en los papeles que tenía sobre el escritorio. Entonces Fisher pronunció una breve fórmula de agradecimiento y despedida y salió a la calle, todavía muy pensativo.

Su reflexión pareció culminar en una determinación, y acelerando el paso salió del pequeño pueblo y tomó una carretera que conducía hasta las puertas de los grandes jardines de la residencia campestre de sir Francis Verner. Un destello de luz solar hacía que el inicio del invierno pareciera el final del otoño, y el oscuro bosque estaba salpicado de hojas rojas y amarillas, como los últimos rayos de un crepúsculo. Desde una parte más elevada de la carretera había visto la alargada y clásica fachada de la gran mansión con sus numerosas ventanas, casi inmediatamente bajo sus pies, pero cuando la carretera descendió bajo el muro de la finca, coronado por altísimos árboles que so-

bresalían al otro lado, se dio cuenta de que se encontraba a unos ochocientos metros de la puerta de acceso. Sin embargo, tras caminar unos minutos por el sendero, llegó a un punto en el que el muro se había agrietado y estaba en proceso de reparación. De hecho, había una gran brecha en la piedra gris que a primera vista parecía negra como una caverna y sólo después, observándola más detenidamente, mostraba la penumbra de los árboles centelleantes. Había algo fascinante en aquella puerta inesperada, como la entrada de un cuento de hadas.

Horne Fisher poseía cierta idiosincrasia característica del aristócrata, que también se parece mucho a la del anarquista. Era muy propio de él que franqueara aquella entrada oscura y accidental con toda tranquilidad, como si cruzara la puerta de su casa, pensando que tal vez sería un atajo para llegar a la casa. Se abrió paso con dificultad a través del umbrío bosque hasta que vio brillar entre los árboles una luz constante, dividida en rayos plateados, que al principio no entendió de dónde procedía. Al minuto siguiente había salido a la luz del sol en lo alto de un empinado ribazo, a cuyo pie había un camino que bordeaba un extenso estanque. La superficie de agua que había visto brillar a través de los árboles tenía una extensión considerable, pero estaba cercada por todos lados con árboles que no sólo eran oscuros, sino decididamente lóbregos. A un extremo del camino había una estatua clásica de alguna ninfa anónima, y el otro extremo estaba flanqueado por dos urnas clásicas; pero el mármol estaba estropeado por la intemperie y tenía manchas verdes y grises. Una infinidad de signos, más pequeños pero también más significativos, le indicaron que estaba en un rincón aparta-

do de la finca, descuidado y raras veces visitado. En medio del lago había lo que parecía ser una isla, y en la isla había lo que parecía un templo clásico, no abierto como un templo de los vientos, sino con una pared lisa entre sus columnas dóricas. Quizá habría que aclarar que aquello sólo parecía una isla, porque un segundo vistazo revelaba una pasarela de piedras planas que conducían a ella desde la orilla y la convertían en una península. Y la construcción sólo parecía un templo, ya que nadie sabía mejor que Horne Fisher que en aquel santuario no había vivido dios alguno.

—Por eso este paisaje clásico está tan desolado—se dijo para sus adentros—. Más desolado que Stonehenge o las Pirámides. Nosotros no creemos en la mitología egipcia, pero los egipcios sí creían en ella; como supongo que los druidas creían en el druidismo. Pero el caballero del siglo XVIII que mandó levantar estos templos no creía en Venus o en Mercurio más que nosotros; por eso el reflejo de esas columnas blancas en el lago en realidad no es más que la sombra de una sombra. Eran hombres de la Edad de la Razón; ellos, que llenaban sus jardines con estas ninfas de piedra, tenían menos esperanzas que cualquier hombre de la historia de encontrarse con una ninfa en el bosque.

Su monólogo se detuvo bruscamente con un ruido seco, como el estallido de un trueno, que retumbó en lúgubres ecos alrededor del sombrío estanque. Supo en seguida qué era: alguien había disparado una escopeta. Por un momento se quedó estupefacto, sin saber a qué atenerse, y su mente se llenó de extrañas ideas. Pero en seguida se rio; pues un poco más adelante, en el camino que tenía

bajo sus pies, vio el pájaro muerto que el disparo había abatido.

Sin embargo, en ese preciso instante vio otra cosa que le interesó aún más. Un círculo de frondosos árboles rodeaba la parte posterior del templo insular enmarcando la fachada de oscuro follaje, y habría jurado que vio cómo algo se movía entre las hojas. En seguida confirmó su sospecha, ya que una figura bastante harapienta emergió de debajo de la sombra del templo y empezó a avanzar por la pasarela que conducía a la orilla. Incluso a esa distancia la figura llamaba la atención por su gran estatura, y Fisher vio que el hombre llevaba una escopeta bajo el brazo. De inmediato le vino a la memoria el nombre de Long Adam, el cazador furtivo.

Con la rápida disposición para la estrategia de que a veces hacía gala, Fisher salió disparado del ribazo y rodeó corriendo el lago hasta la pequeña pasarela de piedras. Una vez cruzado el estanque, el hombre podía esfumarse fácilmente en el bosque. Pero cuando Fisher empezó a avanzar por las piedras hacia la isla, el hombre se vio atrapado en un callejón sin salida y no tuvo más remedio que retroceder hacia el templo. Con sus anchos hombros apoyados contra éste, permaneció como acorralado; era un hombre bastante joven, con el rostro delicadamente cincelado y una mata desgreñada de pelo rojo. La expresión de sus ojos podría haber resultado inquietante para cualquiera que se hubiera quedado a solas con él en una isla situada en medio de un lago.

—Buenos días—dijo Horne Fisher con tono agradable—. Al principio he pensado que era usted un asesino. Pero parece poco probable que la perdiz se haya interpues-

to entre nosotros para dar su vida por mí, como las heroínas de las novelas de caballerías; así que supongo que es usted un cazador furtivo.

—Y yo supongo que soy lo que usted llamaría un cazador furtivo—respondió el hombre; y su voz resultó un tanto sorprendente viniendo de semejante espantajo; poseía la rígida meticulosidad que suele observarse en aquellos que han luchado por refinarse en un rudo entorno—. Creo que tengo derecho a cazar aquí. Pero soy muy consciente de que la gente de su clase me toma por un ladrón, y supongo que ahora intentará mandarme a la cárcel.

—Hay algunas dificultades preliminares—contestó Fisher—. Para empezar, su confusión me halaga, pero no soy un guardabosque. Y aún menos tres guardabosques, los necesarios, imagino, para igualar su peso de pelea. Pero confieso que tengo otro motivo para no querer encarcelarlo.

—¿Y cuál es?—preguntó el otro.

—Simplemente que estoy de acuerdo con usted—respondió Fisher—. No estoy diciendo que tenga usted derecho a cazar furtivamente, pero eso nunca me parecería tan malo como ser un ladrón. Se me antoja contrario a la idea normal de propiedad el hecho de que un hombre se erija en dueño de algo sólo porque cruza volando su jardín. De ese modo también podría poseer el viento, o pensar que puede escribir su nombre en una nube. Además, si queremos que la gente pobre respete la propiedad debemos darle alguna propiedad que respetar. Usted debería tener unas tierras propias; y yo se las daré si puedo.

—¿Que usted va a darme tierras?—repitió Long Adam.

—Discúlpeme por dirigirme a usted como si fuera el

público de un mitin político—dijo Fisher—, pero yo soy una nueva clase de político que dice lo mismo en público y en privado. He dicho esto mismo en un centenar de mítines que he dado por todo el país, y se lo digo a usted ahora en esta pequeña y extraña isla y en este sombrío estanque. Yo dividiría una gran finca como ésta en pequeñas propiedades para todo el mundo, incluso para los cazadores furtivos. Haría en Inglaterra lo que hicieron en Irlanda: comprar las tierras de los ricos si es posible; echarlos, vaya. Un hombre como usted debería tener un pequeño lugar de su propiedad. No digo que para criar faisanes, pero sí pollos.

De pronto el hombre se puso tenso y pareció palidecer y enrojecer al mismo tiempo ante aquella promesa, como si de una amenaza se tratara.

—¡Pollos!—repitió, en un arrebato de desprecio.

—¿Por qué protesta?—preguntó el tranquilo candidato—. ¿Porque criar gallinas le parece una diversión demasiado anodina para un cazador furtivo? ¿Y qué me dice de cazar moscas?

—Protesto porque yo no soy un cazador furtivo—exclamó Adam, con una voz desgarradora que resonó entre el santuario y las urnas huecas como los ecos de su escopeta—. Porque la perdiz que yace ahí muerta es mi perdiz. Porque la tierra en la que está usted es mi tierra. Porque mi propia tierra me fue arrebatada mediante un delito peor que el de cazar furtivamente. Durante siglos esto ha sido una única finca, y si usted o cualquier otro entrometido charlatán viene aquí a hablarme de cortarla en pedazos como un pastel, si vuelvo a oír una sola palabra más de usted y de sus mentiras equitativas...

—Parece usted un público bastante turbulento—observó Horne Fisher—, pero continúe. ¿Qué pasará si intento repartir decentemente esta propiedad entre gente decente?

El cazador furtivo había recobrado una siniestra calma cuando contestó:

—No habrá perdiz que se interponga entre nosotros.

Y a continuación volvió la espalda, evidentemente decidido a no decir nada más, y pasó por delante del templo hasta el extremo del islote, donde se quedó plantado mirando el agua. Fisher lo siguió, pero al ver que sus preguntas reiteradas no obtenían respuesta, volvió a la orilla. Mientras lo hacía echó una segunda mirada más de cerca al templo artificial, y advirtió algunas cosas curiosas. La mayoría de aquellas cosas teatrales eran tan delgadas como los decorados teatrales, y esperaba que el santuario clásico fuera un armazón vacío, una mera estructura o máscara. Pero detrás de la fachada había una mole sólida, enterrada bajo los árboles, que tenía un aspecto gris y laberíntico, como serpientes de piedra, y levantaba hacia el cielo una carga de varias torres frondosas. Lo que atrajo la atención de Fisher fue que en esa mole de piedra blanca y grisácea había una sola puerta con enormes cerrojos oxidados en la parte de fuera; éstos, sin embargo, no estaban echados. Entonces anduvo alrededor del pequeño edificio, y no encontró ninguna otra abertura salvo una pequeña rejilla parecida a un ventilador en lo alto de la pared. Volvió sobre sus pasos pensativamente por la pasarela que cruzaba hasta la orilla del lago, y se sentó en los peldaños de piedra que había entre las dos urnas funerarias esculpidas. Entonces encendió un cigarrillo y se lo

fumó con expresión meditabunda; luego sacó una libreta y anotó varias frases, numerándolas una y otra vez hasta que quedaron en el siguiente orden: «1. Al terrateniente Hawker no le gustaba su primera mujer. 2. Se casó con su segunda mujer por dinero. 3. Long Adam dice que la finca es suya. 4. Long Adam pasa el día rondando por el templo de la isla, que parece una prisión. 5. El terrateniente Hawker no era pobre cuando dejó la finca. 6. Verner era pobre cuando adquirió la finca».

Contempló estas notas con una gravedad que poco a poco fue transformándose en una cínica sonrisa, tiró el cigarrillo y reanudó su búsqueda de un atajo a la gran mansión. No tardó en encontrar el sendero que serpenteaba entre setos podados y parterres de flores hasta la alargada fachada palladiana. Tenía el habitual aspecto de ser no una residencia particular, sino una especie de edificio público exiliado en las provincias.

Primero se vio en presencia del mayordomo, quien parecía mucho mayor que el edificio, ya que la arquitectura pertenecía al estilo georgiano; pero el rostro, bajo una antinatural peluca marrón, estaba arrugado por el paso de lo que podrían haber sido siglos. Sólo sus ojos saltones se mantenían vivos y despiertos, como en señal de protesta. Fisher le echó una mirada, y entonces se detuvo y dijo:

—Disculpe. ¿Usted no servía al anterior dueño de esta finca, el señor Hawker?

—Sí, señor—dijo el hombre con tono grave—. Me llamo Usher. ¿En qué puedo ayudarle?

—Lléveme ante sir Francis Verner—contestó el visitante.

Sir Francis Verner estaba sentado en un sillón junto a

una pequeña mesa, en una gran sala con las paredes forradas de tapices. Sobre la mesa había un pequeño frasco, una copa con el destello verde de un licor y una taza de café. Llevaba un discreto traje gris y una corbata púrpura a juego; pero Fisher advirtió algo en la curva de su bigote rubio y en el peinado de su pelo liso; algo que le reveló de pronto que su nombre era Franz Werner.

—Usted es el señor Horne Fisher—dijo—. ¿Desea sentarse?

—No, gracias—contestó Fisher—. Me temo que ésta no es una visita de cortesía, así que permaneceré en pie. Como en pie sigue mi candidatura al Parlamento, de la que usted tal vez ya esté enterado...

—Sé que somos adversarios políticos—contestó Verner arqueando las cejas—. Pero creo que sería mejor que lucháramos con espíritu deportivo, con ese típico espíritu inglés de *fair play*.

—Mucho mejor—asintió Fisher—. Sería mucho mejor si usted fuera inglés y muchísimo mejor aún si alguna vez hubiera jugado limpio. Pero lo que he venido a decir no precisa de mucho tiempo. No sé si hay algo ilegal o no en esa vieja historia entre Hawker y usted, pero mi principal objetivo es evitar que Inglaterra sea gobernada por individuos como usted. De modo que diga lo que diga la ley, yo no diré nada más si usted se retira ahora mismo de las elecciones.

—Sin duda está usted loco—dijo Verner.

—Tal vez mi psicología sea un tanto anormal—contestó Horne Fisher de un modo bastante vago—. Soy propenso a soñar, sobre todo a soñar despierto. A veces lo que me sucede se hace vívido en un curioso doble sentido, como

si ya hubiera ocurrido antes. ¿Ha tenido usted alguna vez la mística sensación de que las cosas ya han sucedido antes?

—Espero que sea usted un loco inofensivo—dijo Verner.

Pero Fisher seguía mirando fijamente con expresión ausente las gigantescas figuras doradas y las tracerías marrones y rojas de los tapices que colgaban de las paredes; y entonces volvió a mirar a Verner y prosiguió:

—Me da la impresión de que esta entrevista ya se había producido antes, aquí, en esta sala revestida de tapices, y de que nosotros somos dos fantasmas que vuelven a visitar una sala embrujada. Pero era el señor Hawker quien se sentaba donde se sienta usted ahora, y usted estaba en pie donde estoy yo—. Hizo una pausa y añadió con sencillez: —Supongo que también soy un chantajista.

—Si lo es—dijo sir Francis—, le prometo que irá a la cárcel—. Pero su rostro tenía un tono que parecía el reflejo del vino verde que brillaba sobre la mesa. Horne Fisher lo miró fijamente y respondió con calma:

—Los chantajistas no siempre van a la cárcel. A veces van al Parlamento. Pero aunque el Parlamento ya esté bastante corrompido, usted no entrará en él si yo puedo evitarlo. No soy tan criminal como lo fue usted al negociar con el crimen. Usted hizo que un terrateniente renunciara a su propiedad. Yo sólo le pido que renuncie a su escaño.

Sir Francis Verner se puso en pie de un salto y buscó uno de los tiradores del anticuado salón encortinado.

—¿Dónde está Usher?—gritó con el rostro lívido.

—¿Quién es Usher?—dijo Fisher en voz baja—. Me pregunto hasta qué punto conoce Usher la verdad.

La mano de Verner soltó el tirador, y tras permanecer en pie un instante con los ojos en blanco, salió bruscamente de la habitación a paso enérgico. Fisher salió por la otra puerta, por la que había entrado, y al no ver rastro de Usher, se dirigió él solo a la salida y volvió a encaminarse hacia el pueblo.

Esa misma noche se metió una linterna en el bolsillo y salió solo a la oscuridad de la noche para añadir los últimos eslabones a su argumentación. Había muchas cosas que no sabía aún; pero creyó que sabía dónde podía averiguarlas. Era noche cerrada y tormentosa, y la brecha negra en el muro parecía más negra que nunca; en un día el bosque parecía haberse vuelto más frondoso y oscuro. Si el lago abandonado, con sus árboles negros y sus urnas e imágenes grises, parecía desolado incluso a la luz del día, bajo la noche y la tormenta que se avecinaba se parecía aún más al Aqueronte en el reino de las almas en pena. Mientras cruzaba con cuidado el espigón de piedras, le pareció que se adentraba cada vez más en el abismo de la noche y dejaba atrás los últimos puntos desde donde aún sería posible señalar el reino de los vivos. El lago parecía haberse hecho más grande que un océano; un océano de aguas negras y viscosas que dormían con espantosa placidez, como si hubieran arrasado el mundo. Aquella sensación de extensión y expansión, sólo propia de una pesadilla, era tan intensa que le sorprendió llegar tan pronto a su isla desierta. Pero la tenía como un lugar de silencio y soledad inhumanos; y le pareció que llevaba años caminando.

Esforzándose por recuperar un estado de ánimo más normal, se detuvo bajo los oscuros dragos cuyas ramas se bifurcaban por encima de él, sacó su linterna y se dirigió

hacia la puerta de la parte posterior del templo. El cerrojo estaba descorrido, como antes, y le asaltó la débil percepción de que la puerta estaba ligeramente entornada, aunque sólo por una rendija. Cuanto más pensaba en ello, sin embargo, más se convencía de que aquello no era más que una de las habituales ilusiones ópticas según la luz caiga desde un ángulo u otro. Examinaba con un ojo más científico los detalles de la puerta, con sus cerrojos y sus goznes oxidados, cuando se percató de algo que tenía muy cerca: de hecho, casi encima de su cabeza. Del árbol colgaba algo que no era una rama partida. Por un momento permaneció inmóvil y frío como una piedra. Lo que vio por encima de su cabeza eran las piernas de un hombre colgado del árbol, probablemente ahorcado. Pero en seguida salió de dudas. El hombre estaba vivito y coleando, literalmente; y en un instante ya se había dejado caer y atacaba al intruso. Al mismo tiempo, otros tres o cuatro árboles parecieron cobrar vida del mismo modo. Cinco o seis figuras habían caído sobre sus pies desde aquellos nidos sobrenaturales. Aquello parecía una isla poblada de monos. Y al instante ya se habían precipitado todos hacia él en estampida, y cuando le pusieron las manos encima supo que no eran monos, sino hombres.

Con la linterna que llevaba en la mano golpeó en la cara al primero de ellos con tanta furia que lo hizo tropezar y caer rodando sobre la hierba pegajosa; pero la linterna se rompió y apagó, sumiéndolo todo en una oscuridad más profunda. Lanzó a otro de los atacantes contra la pared del templo, desde donde éste se deslizó hasta el suelo; pero un tercero y un cuarto levantaron a Fisher del suelo y empezaron a llevarlo, entre forcejeos, hacia la en-

trada. Pese a la confusión del combate se dio cuenta de que la puerta estaba abierta. Alguien llamaba a los matones desde dentro.

En cuanto hubieron entrado, lo arrojaron sobre una especie de banco o cama con violencia, pero sin hacerle daño, pues el sofá, o lo que fuera, parecía cómodamente acolchado para su recibimiento. Aquella violencia poseía una importante dosis de prisa, y antes de que él pudiera levantarse todos se habían precipitado hacia la puerta para escapar. Fuera cual fuese la clase de bandidos que infestaban aquella isla desierta, parecía evidente que su trabajo los incomodaba y que estaban muy ansiosos por despacharlo de una vez. Le pasó por la cabeza el fugaz pensamiento de que unos delincuentes normales no huirían tan despavoridos. Al poco la gran puerta se cerró con estruendo, y Fisher oyó cómo chirriaban los cerrojos al ser corridos, y las pisadas de los fugitivos que corrían y tropezaban sobre la pasarela. Pero si bien todo aquello sucedió muy deprisa, no sucedió antes de que Fisher hubiera hecho lo que quería. Al verse incapaz de abandonar su desmadejada postura en aquel fugaz momento, había alargado una de sus largas piernas y la cerró en forma de gancho alrededor del tobillo del último individuo que iba a cruzar la puerta. El tipo se balanceó y cayó dentro de la celda, y la puerta se cerró entre él y sus fugitivos compañeros. Era evidente que éstos tenían demasiada prisa para darse cuenta de que habían dejado atrás a uno de los suyos.

El hombre volvió a ponerse en pie de un salto y se puso a aporrear y patear la puerta con furia. El sentido del humor de Fisher empezó a recuperarse de la lucha, y éste se incorporó en el sofá con parte de su innata despreocupa-

ción. Pero mientras escuchaba cómo el captor cautivo golpeaba la puerta de la celda, lo asaltó una nueva y curiosa reflexión.

La reacción normal de un hombre que quisiera llamar la atención de sus amigos sería gritar, además de dar patadas. Aquel hombre hacía todo el ruido que podía con los pies y las manos, pero de su garganta no salía ni un solo sonido. ¿Por qué no podía hablar? Al principio pensó que el tipo debía de estar amordazado, cosa que resultaba absurda por razones obvias. Entonces su imaginación echó mano de la desagradable idea de que el individuo debía de ser mudo. Apenas sabía por qué aquella idea se le antojaba desagradable, pero ésta afectaba su imaginación de una forma oscura y desproporcionada. En cierto modo le producía escalofríos la idea de quedarse encerrado en una habitación a oscuras con un sordomudo. Parecía como si ese defecto fuera una deformación. Como si pudiera ir acompañado de otras deformaciones peores. Como si la forma que no lograba distinguir en la oscuridad no estuviera hecha para ver el sol.

Entonces tuvo un fugaz momento de cordura y también de perspicacia. La explicación era muy sencilla, pero bastante interesante. Era evidente que el hombre no utilizaba la voz porque no quería que se la reconocieran. Esperaba huir de ese oscuro lugar antes de que Fisher averiguara quién era. ¿Y quién era? Al menos una cosa estaba clara. Se trataba de uno de los cuatro o cinco hombres con los que Fisher ya había hablado por aquellos lares y durante el desarrollo de esta extraña historia.

—Ahora me pregunto quién es usted—dijo en voz alta, con su habitual y perezosa cortesía—. Supongo que de

nada servirá intentar estrangularlo para averiguarlo; sería muy desagradable pasar la noche en compañía de un cadáver. Además, el cadáver podría ser yo. No tengo cerillas y he destrozado mi linterna, de modo que lo único que puedo hacer es especular. A ver, ¿quién podría ser? Déjeme pensar.

El hombre a quien iban destinadas estas cordiales palabras ya había desistido de aporrear la puerta y se había retirado hoscamente a un rincón, mientras Fisher seguía soltándole un fluido monólogo.

—Tal vez sea usted el cazador furtivo que asegura que no es un cazador furtivo. Dice que es un hacendado; pero él me permitirá que le informe que, sea lo que sea, es un idiota. ¿Qué esperanzas puede haber de tener un campesinado libre en Inglaterra si los mismos campesinos son unos esnobs que aspiran a caballeros? ¿Cómo vamos a tener una democracia sin demócratas? Usted mismo quiere ser terrateniente y por eso accede a convertirse en un delincuente. Y en ese aspecto es usted como cualquier otra persona. Aunque, ahora que lo pienso, tal vez sea usted otra persona.

Hubo un silencio interrumpido por la respiración procedente del rincón y el murmullo de la tormenta acechante que entraba a través de la pequeña rendija, por encima de la cabeza del individuo. Horne Fisher prosiguió:

—Tal vez no sea más que un criado, aquel anciano y siniestro sirviente que era el mayordomo de Hawker y Verner. Si es así, sin duda es usted la única conexión existente entre las dos épocas. Pero entonces, ¿por qué se degrada sirviendo a este repugnante extranjero, cuando al menos usted vio a los últimos miembros de una aristocracia

nacional genuina? La gente como usted al menos suele ser patriótica. ¿Acaso Inglaterra no significa nada para usted, señor Usher? Pero puede que toda esta elocuencia sea en balde, ya que tal vez no es usted el señor Usher.

—Lo más seguro es que sea usted el mismísimo Verner; y si es así, de nada sirve derrochar elocuencia para avergonzarlo. Como de nada sirve maldecirlo por haber corrompido Inglaterra; aunque tampoco es usted la persona a quien hay que maldecir. Son los ingleses los que merecen ser maldecidos por haber permitido que semejantes indeseables hayan usurpado los nobles cargos de sus héroes y reyes. Pero no voy a detenerme por más tiempo en la idea de que es usted Verner, porque podría estrangularlo ahora mismo. ¿Hay alguien más que podría ser? No puede ser ningún servidor de la competencia. Me cuesta creer que sea usted Gryce, el representante; aunque Gryce también poseía ese destello de fanatismo en la mirada; y en estas míseras contiendas políticas los hombres son capaces de hacer cosas extraordinarias. O si no es el representante, puede que sea el... No, me niego a creerlo... la sangre roja de la hombría y la libertad... el ideal democrático...

Se levantó de un salto, lleno de excitación, y en el mismo instante el bramido de un trueno entró por la rendija. La tormenta había estallado, y con élla una nueva luz entró en su mente. Algo más podía ocurrir de un momento a otro.

—¿Sabe lo que esto significa?—exclamó—. Significa que el mismísimo Dios puede tenderme una vela para mostrarme su infernal rostro.

Al minuto siguiente se oyó el estrépito de un trueno; pero antes del trueno una luz blanca había inundado la celda durante una fracción de segundo.

Fisher había visto dos cosas delante de él. Una era el dibujo en blanco y negro de la rendija de hierro recortada contra el cielo; la otra era el rostro del rincón. Era el rostro de su hermano.

De los labios de Horne Fisher no salió más que un nombre de pila, seguido de un silencio más aterrador que la oscuridad. Finalmente la otra figura se movió y puso en pie de un salto, y la voz de Harry Fisher se oyó por vez primera en aquella espantosa celda.

—Supongo que ya me has visto—dijo—, así que ya podemos encender la luz. Podrías haberla encendido en cualquier momento si hubieras dado con el interruptor.

Pulsó un botón que había en la pared y todos los detalles de la habitación aparecieron bajo una luz más intensa que la del día. De hecho, los detalles eran tan inesperados que por un momento desviaron la mareada atención del cautivo de aquella reciente revelación personal. La habitación, lejos de ser la celda de un calabozo, se parecía más a un salón, al salón de una dama incluso, de no ser por algunas cajas de puros y botellas de vino que se amontonaban junto con libros y revistas sobre una mesa auxiliar. Una mirada más atenta le reveló que los accesorios más masculinos eran muy recientes, mientras que los elementos más femeninos era bastante viejos. Le llamó la atención una tira de tapicería descolorida que lo impulsó a hablar y a olvidarse momentáneamente de asuntos más importantes.

—Este sitio está amueblado con cosas de la gran mansión—dijo.

—Sí— contestó el hermano—, y creo que ya sabes por qué.

—Creo que sí—dijo Horne Fisher—, y antes de pasar

a detalles más extraordinarios, diré lo que pienso. El señor Hawker era un bígamo y un bandido. Su primera mujer no estaba muerta cuando se casó con la judía; la tenía encerrada en esta isla. Aquí le dio un hijo que ahora merodea por su lugar de nacimiento bajo el nombre de Long Adam. Un empresario en quiebra llamado Werner descubrió el secreto e hizo chantaje al hacendado para que le entregara la finca. Hasta aquí todo está muy claro y se entiende fácilmente. Pero pasemos a una parte más difícil. Y ahí es donde tú me explicas qué demonios pretendías secuestrando a tu propio hermano.

Tras una pausa, Henry Fisher respondió:

—Supongo que no esperabas verme—dijo—. Pero, después de todo, ¿qué otra cosa podías esperar?

—Me temo que no te entiendo—dijo Horne Fisher.

—Quiero decir que qué otra cosa podías esperar, después de haber metido tanto la pata—dijo el hermano, malhumorado—. Todos creíamos que eras tan inteligente. ¿Cómo íbamos a prever que acabarías siendo... bueno, por qué no decirlo, un absoluto fracaso?

—Es curioso—dijo el candidato frunciendo el ceño—. Humildemente, yo no tenía la impresión de que mi candidatura fuera un fracaso. Todos los mítines importantes han tenido éxito, y muchas personas me han prometido sus votos.

—Claro que sí—dijo Henry con tono grave—. Has provocado un terremoto con tus malditos acres y una vaca, y ahora Verner apenas obtendrá un voto en ninguna parte. ¡Ah, menudo desastre!

—¿A qué diablos te refieres?

—¡Serás chiflado!—exclamó Henry con un tono de

sinceridad categórica—, ¿no habrás creído que queríamos que ese escaño lo *ganaras* tú? ¡Ah, pero qué infantil! Es Verner quien tiene que salir elegido. Faltaría más. El año que viene le van a entregar la cartera de Economía, y está en juego el préstamo egipcio y Dios sabe qué más. Sólo queríamos que dividieras el voto reformista porque podía haber sorpresas después de que Hughes se anotara un tanto en Barkington.

—Ya entiendo—dijo Fisher—, y tú, según veo, eres un pilar y un adorno del partido reformista. Como bien has dicho, no soy inteligente.

El llamamiento a la lealtad al partido cayó en oídos sordos, pues el pilar de la reforma cavilaba sobre otras cosas. Y finalmente dijo, con un tono más inquieto:

—No quería que me descubrieras; sabía que sería un duro golpe para ti. Pero te diré una cosa: no me habrías descubierto si yo no hubiera venido para comprobar que no te maltrataban y asegurarme de que tuvieras todas las comodidades posibles—. Y la voz se le entrecortó mientras añadía: —Traje estos puros porque sabía que te gustan.

Las emociones son cosas extrañas, y de pronto la idiotez de esta concesión ablandó a Horne Fisher como algo de un patetismo insondable.

—No importa, hermano—dijo—; olvidémoslo. Reconozco que eres el sinvergüenza y el hipócrita más bondadoso y cariñoso que se ha vendido jamás para arruinar este país. No puedo decir nada más halagüeño. Gracias por los puros, hermano. Voy a coger uno si no te importa.

Cuando Horne Fisher terminó de contar su historia a Harold March, ya habían entrado en uno de los jardines públicos y tomado asiento en una elevación del terreno

desde la que se veían extensos espacios verdes bajo un cielo azul y despejado; y había algo inapropiado en las palabras con las que el narrador concluyó su relato.

—Desde entonces he estado en esa habitación—dijo Horne Fisher—. Ahora mismo estoy en ella. Gané las elecciones, pero no entré en el Parlamento. Me he pasado la vida en esa pequeña habitación de aquella isla solitaria. Un montón de libros, puros y lujos, un montón de saber, interés e información, pero nunca una voz que saliera de esa tumba para llegar al mundo exterior. Seguramente moriré allí—. Y sonrió, mientras contemplaba el gris horizonte por encima del inmenso parque verde.

VIII
LA VENGANZA DE LA ESTATUA

Fue en el mirador de un hotel de la costa, desde el que se dominaba un mosaico de parterres de flores y una franja de mar azul, donde Horne Fisher y Harold March recibieron la aclaración final, que bien podría llamarse explosión.

Harold March había llegado a la pequeña mesa y se había sentado con un entusiasmo contenido que ardía en sus ojos azules un tanto turbios y distraídos. En los periódicos que arrojó sobre la mesa había suficiente información para explicar parte de su emoción, por no decir toda. Los asuntos públicos de todos los ministerios estaban en crisis. El gobierno, que llevaba tanto tiempo en pie que los hombres se habían acostumbrado a él como se acostumbran a un despotismo hereditario, había empezado a ser acusado de errores garrafales, e incluso de abusos financieros. Decían algunos que el experimento de intentar establecer un campesinado en el oeste de Inglaterra, en consonancia con una antigua fantasía de Horne Fisher, no había provocado más que peligrosas discrepancias con regiones vecinas más industriales. Había habido quejas por el maltrato de que eran víctimas los extranjeros inofensivos, la mayoría de origen asiático, empleados en las obras de las nuevas instalaciones científicas que se estaban levantando en la costa. En efecto, el nuevo Poder que había surgido en Siberia, respaldado por Japón y otros aliados poderosos, se mostraba dispuesto a tratar el asunto en beneficio de sus súbditos exiliados; y se habían dicho cosas

absurdas sobre embajadores y ultimátums. Pero algo mucho más serio, por el propio interés personal de March, parecía llenar aquel encuentro con su amigo de una mezcla de vergüenza e indignación.

Tal vez incrementó su irritación el hecho de que la figura de Fisher, por lo general lánguida, mostrara una vitalidad poco habitual. La imagen mental que March conservaba de él era la de un caballero pálido de frente calva, que parecía prematuramente viejo así como prematuramente calvo. Se lo recordaba como un hombre que expresaba las opiniones de un pesimista con el lenguaje de un haragán. Ni siquiera entonces March podía estar seguro de que aquel cambio no fuera más que una especie de ilusión producida por la luz del sol, o ese efecto de colores claros y contornos bien definidos que suele verse en los desfiles de las localidades turísticas de la costa recortado contra el friso azulado del mar. Pero Fisher llevaba una flor en el ojal, y su amigo habría jurado que empuñaba su bastón casi con la fanfarronería propia de un luchador. Mientras aquellos nubarrones se cernían sobre Inglaterra, el pesimista parecía ser el único hombre que llevaba incorporado su propio sol.

—Mire—dijo Harold March con tono seco—, para mí usted ha sido un amigo incondicional, y yo nunca había estado más orgulloso de una amistad, pero necesito confesarle una cosa. Cuantas más cosas descubría, menos entendía cómo podía usted tolerarlas. Y le aseguro que yo no pienso tolerarlo por más tiempo.

Horne Fisher lo miró con expresión grave y atenta, pero como si estuviera muy lejos de allí.

—Usted sabe que siempre le he tenido afecto—dijo

Fisher con calma—, pero también lo respeto, que no siempre es lo mismo. Puede que usted adivine que siento afecto por muchas personas a las que no respeto. Tal vez sea ésa mi tragedia, o mi defecto. Pero usted es muy distinto, y le prometo una cosa: que nunca intentaré mantenerlo como alguien por quien tan sólo siento afecto si el precio ha de ser que le pierda el respeto.

—Sé que es usted magnánimo—dijo March tras un instante de silencio—, y sin embargo tolera y perpetúa todo lo que es mezquino—. Y a continuación, tras otro silencio, agregó: —¿Recuerda cuando nos conocimos, en el caso del blanco, mientras pescaba usted en el arroyo? ¿Recuerda que dijo que, después de todo, tal vez no sería tanto el daño si yo dinamitara toda la maraña social?

—Sí, ¿y qué?—preguntó Fisher.

—Pues que la voy a dinamitar—dijo Harold March—, y considero justo avisarlo. Durante mucho tiempo no creí que las cosas estuvieran tan mal como usted decía. Pero nunca pensé que podría guardarme lo que usted sabía si es que en verdad lo sabía. Bien, el caso es que yo soy un hombre de conciencia, y ahora por fin también tengo una oportunidad. Me han puesto al frente de un importante periódico independiente, y con carta blanca, y vamos a abrir fuego contra la corrupción.

—Debe de ser... Attwood, supongo—dijo Fisher meditabundo—. Comerciante de maderas. Sabe mucho sobre China.

—Sabe mucho sobre Inglaterra—dijo March obstinadamente—, y ahora lo sé yo también, y no vamos a silenciarlo por más tiempo. La gente de este país tiene derecho a saber cómo la gobiernan; o, mejor dicho, cómo la arrui-

nan. Los prestamistas tienen al ministro de Economía en el bolsillo, y éste hace lo que le mandan; de lo contrario iría a la bancarrota, y una bancarrota de la peor clase posible, detrás de la cual no habría más que naipes y actrices. El Primer Ministro estaba metido hasta el cuello en el asunto de los contratos petroleros. El ministro de Asuntos Exteriores está hecho una ruina por culpa del alcohol y las drogas. Cuando uno dice eso claramente de un hombre que podría enviar a miles de ingleses a morir por nada, lo acusan de personalismo. Pero si un pobre maquinista se emborracha, y por su culpa mueren treinta o cuarenta personas, nadie se queja de personalismo cuando lo acusan públicamente. El maquinista no es una persona.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted—dijo Fisher con calma—. Tiene toda la razón.

—Si está de acuerdo con nosotros, ¿por qué demonios no colabora?—preguntó su amigo—. Si cree que es lo correcto, ¿por qué no hace usted lo correcto? Resulta espantoso pensar que un hombre de sus cualidades está bloqueando el camino hacia la reforma.

—Ya hemos hablado a menudo de eso—contestó Fisher sin perder la compostura—. El Primer Ministro es amigo de mi padre. El ministro de Asuntos Exteriores está casado con mi hermana. El de Economía es primo hermano mío. Le detallo la genealogía por un motivo muy concreto. La verdad es que en este momento siento una curiosa clase de alegría. No se debe exclusivamente al sol y a la proximidad del mar. Estoy experimentando una emoción que me resulta totalmente nueva; una sensación de felicidad que no recuerdo haber tenido nunca.

—¿A qué demonios se refiere?

—Me siento orgulloso de mi familia—dijo Horne Fisher.

Harold March lo miró fijamente con sus azules ojos desorbitados, y parecía demasiado perplejo incluso para hacerle una pregunta. Fisher se reclinó en la silla a su perezosa manera, y sonrió mientras proseguía.

—Mire usted, querido amigo. Permítame que le haga yo a usted una pregunta. Usted insinúa que yo siempre he sabido esas cosas sobre mis desafortunados parientes. Es cierto. ¿Cree usted que Attwood no las ha sabido siempre? ¿Cree usted que él no lo ha tenido a usted siempre por un hombre honesto que revelaría tales cosas en cuanto se le brindara la ocasión? ¿Por qué Attwood le quita la mordaza precisamente ahora, después de tantos años? Yo lo sé; yo sé muchas cosas, demasiadas. Y por consiguiente, como ya he tenido el honor de señalar, por fin estoy orgulloso de mi familia.

—Pero ¿por qué?

—Estoy orgulloso del ministro de Economía porque jugaba, y del de Asuntos Exteriores porque bebía, y del Primer Ministro porque cobró una comisión a cambio de un contrato—dijo Fisher con firmeza—. Estoy orgulloso de ellos por haber hecho esas cosas, y porque pueden ser denunciados, y porque saben que pueden ser denunciados y *se mantienen firmes pese a ello*. Me quito el sombrero ante ellos porque plantan cara al chantaje y se niegan a arruinar el país para salvarse ellos. Y los saludo como si fueran a morir en el campo de batalla.

Tras una pausa prosiguió:

—Y será un campo de batalla real, no en sentido metafórico. Llevamos tanto tiempo cediendo ante los financie-

ros extranjeros que ahora no queda más alternativa que la guerra o la ruina. Incluso el pueblo, incluso la gente del campo empieza a sospechar que la están arruinando. Ése es el significado de los lamentables incidentes de que informan los periódicos.

—¿También el significado de los atropellos a los orientales?—preguntó March.

—El significado de los atropellos a los orientales—contestó Fisher—, es que los financieros han introducido en este país el trabajo chino con la deliberada intención de hacer pasar hambre a los obreros y a los campesinos. Nuestros desafortunados políticos no han parado de hacer concesiones, y ahora piden concesiones que vienen a ser lo mismo que ordenar la matanza de nuestros propios pobres. Si no luchamos ahora, ya no lo haremos nunca. En una semana habrán puesto Inglaterra en una famélica situación económica. Pero ahora vamos a luchar; no me extrañaría que hubiera un ultimátum dentro de una semana y una invasión dentro de quince días. Por supuesto, la corrupción y la cobardía del pasado suponen un obstáculo; la situación en el oeste del país es bastante turbulenta e incierta, incluso desde el punto de vista militar; y los regimientos irlandeses de allí, que se supone que nos apoyan a raíz del nuevo tratado, casi se han amotinado; porque naturalmente este maldito capitalismo culi también se está imponiendo en Irlanda. Pero ahora tiene que detenerse; y si el mensaje de tranquilidad del gobierno les llega a tiempo, tal vez estén ya aquí cuando el enemigo desembarque. Porque mi pobre facción empuñará por fin sus armas. Y desde luego es de lo más natural que después de medio siglo encubriéndose como si fueran un dechado

de virtudes, sus pecados les salten a la cara precisamente cuando por primera vez en sus vidas se comportan como hombres. Le aseguro, March, que los conozco como la palma de la mano, y sé que se están portando como héroes. Cada uno de ellos debería tener una estatua, y en su pedestal aquellas palabras del más noble villano de la Revolución: «Que mon nom soit flétri, que la France soit libre».[9]

—¡Dios mío!—exclamó March—. ¿Acaso no vamos a llegar nunca al fondo de sus minas y contraminas?

Tras un silencio Fisher respondió en voz baja, mirando a su amigo a los ojos.

—¿Creía usted que en ese fondo no había más que maldad?—preguntó con tono afable—. ¿Creía usted que no he encontrado más que inmundicia en los profundos mares a los que me ha arrojado el destino? Créame, nunca se conoce lo mejor de un hombre hasta que no se conoce lo peor. Saber cómo se exhibieron ante el mundo como figuras de cera increíblemente impecables, como si nunca hubieran seguido con los ojos a una mujer ni supieran lo que era un soborno, no los priva de poseer un alma humana. Incluso en un palacio se puede llevar una vida recta e incluso en el Parlamento se puede vivir haciendo algún que otro esfuerzo por vivir rectamente. Y lo que le digo vale tanto para esos idiotas y granujas ricos como para los pobres asaltantes de caminos y los carteristas; que sólo Dios sabe lo bien que han intentado portarse. Sólo Dios sabe lo que es capaz de soportar la conciencia, o hasta qué pun-

[9] «Que mi nombre sea deshonrado, ¡que Francia sea libre!» La frase original de Georges-Jacques Danton (1759-1794) reza así: «Que la France soit libre et que mon nom soit flétri!» [«¡Que Francia sea libre y que mi nombre sea deshonrado!»]. (*N. del T.*)

to un hombre que ha perdido el honor intentará salvar su alma.

Hubo otro silencio, y March permanecía sentado con la vista fija en la mesa y Fisher en el mar. Entonces el segundo se puso en pie de un salto y recogió su sombrero y su bastón con aquel nuevo ímpetu y hasta con belicosidad.

—Mire usted, amigo—exclamó—, hagamos un trato. Antes de que usted empiece su campaña con Attwood, venga a pasar una semana con nosotros, a escuchar lo que estamos haciendo. Me refiero a los Pocos Fieles, antiguamente conocidos como la Vieja Banda, a la que de vez en cuando se llamaba el Hatajo de Mezquinos. En realidad sólo somos cinco los que estamos siempre ahí organizando la defensa nacional; y vivimos como una guarnición en una especie de hotel destartalado en Kent. Venga a ver lo que estamos haciendo y lo que queda por hacer, y sea justo con nosotros. Y después, desde el profundo cariño y afecto que siento por usted, publique y condénese si lo desea.

Y así fue cómo la última semana antes de la guerra, cuando los acontecimientos se sucedían con mayor rapidez, Harold March se encontró en una especie de pequeña reunión social entre las personas a las que pretendía denunciar. Vivían con bastante sencillez, para los gustos propios de su posición, en una posada de ladrillo marrón recubierta de hiedra y rodeada por unos jardines bastante lúgubres. Por detrás del edificio, el jardín ascendía de forma muy abrupta hasta una carretera que seguía el trazado de la cresta de la montaña; y un sendero serpenteante escalaba la pendiente describiendo ángulos cerrados, desviándose de un lado a otro entre árboles de hoja perenne tan sombríos que casi parecían negros. La cues-

ta estaba salpicada de estatuas que poseían la fría monstruosidad de esa clase de ornamentos menores del siglo XVIII, y una hilera entera de ellas se extendía como en una terraza a lo largo del último bancazo del fondo, frente a la puerta trasera. Este detalle fue el primero que se grabó en la mente de March, simplemente porque apareció en la primera conversación que éste mantuvo con uno de los ministros.

Los ministros eran bastante mayores de lo que él había esperado. El Primer Ministro ya no parecía un muchacho, aunque seguía teniendo cierto aspecto de bebé. Uno de esos bebés ancianos y venerables, un bebé de pelo suave y gris. Todo en él era suave, hasta su forma de hablar y de caminar; pero aparte de eso, su principal función parecía consistir en dormir. Los que se quedaban a solas con él se acostumbraban tanto a verlo con los ojos cerrados que casi se sobresaltaban cuando se daban cuenta, en medio de la calma, que tenía los ojos bien abiertos, y que incluso los observaban. Había por lo menos una cosa que siempre hacía abrir los ojos al anciano caballero. La única cosa que de verdad le interesaba en este mundo era su afición a las armas, sobre todo las orientales, y era capaz de pasar horas hablando de las hojas de Damasco y de la destreza árabe en el manejo de la espada. Lord James Herries, el ministro de Economía, era un hombre bajo, moreno y robusto, con un rostro muy cetrino y un carácter muy huraño, los cuales contrastaban con la espléndida flor que llevaba en el ojal y con su festiva costumbre de ir siempre un tanto demasiado arreglado. Definirlo como un célebre hombre de mundo resultaba una especie de eufemismo. Tal vez hubiera más misterio en la pregunta de

cómo un hombre que vivía para los placeres parecía disfrutar tan poco de ellos. Sir David Archer, el ministro de Asuntos Exteriores, era el único del grupo que se había hecho a sí mismo, y el único también que tenía aspecto de aristócrata. Era alto, delgado y muy apuesto, con una barba entrecana; su pelo gris era muy rizado, e incluso se le levantaba en la frente formando dos rebeldes tirabuzones que aquellos que poseían una imaginación desbordante veían temblar como las antenas de algún insecto gigante o agitarse solidariamente con las inquietas y pobladas cejas sobre sus ojos un tanto demacrados. Y es que el ministro de Asuntos Exteriores no escondía su afección nerviosa, fuera cual fuese su causa.

—¿Conoce usted ese estado de ánimo en el que uno es capaz de gritar porque un tapete está torcido?—dijo a March mientras paseaban de un lado a otro del jardín trasero, junto a la hilera de deslucidas estatuas—. Las mujeres se ponen así cuando han trabajado demasiado; y desde luego yo he trabajado bastante últimamente. Me pongo frenético cuando Herries lleva el sombrero un poco torcido, con esa costumbre suya de parecer un tipo divertido. Juro que algún día se lo quitaré de un manotazo. Esa estatua de Britania no está muy recta; se inclina un poco hacia delante, como si la mujer fuera a caerse. Lo que me fastidia es que no acabe de caerse. ¿Lo ve? Está sujeta con un puntal de hierro. No se extrañe si un día me levanto en plena noche para echarla abajo.

Pasearon en silencio por el sendero durante unos minutos, y entonces prosiguió.

—Es curioso cómo esas pequeñas cosas parecen especialmente grandes cuando hay cosas más grandes por

las que preocuparse. Más vale que volvamos a trabajar un poco.

Horne Fisher tenía en cuenta el potencial neurótico de Archer y las costumbres disipadas de Herries; y fuera cual fuese su fe en la firmeza actual de éstos, no abusaba de su tiempo y atención, ni siquiera en el caso del Primer Ministro. Por fin había obtenido el permiso de este último para la entrega de los documentos importantes, con las órdenes a los ejércitos del oeste, al cuidado de una persona menos visible y más fiable: un tío suyo llamado Horne Hewitt, un hacendado un tanto gris que había sido un buen soldado y era el asesor militar de la comisión. Se le había encomendado la misión de hacer llegar las directrices del gobierno, junto con los planes militares acordados, al mando semiamotinado del oeste; y la tarea aún más urgente de procurar que el paquete no cayera en manos del enemigo, que podía aparecer en cualquier momento desde el este. Además de este oficial militar, la única otra persona presente era un funcionario de la policía, un tal doctor Prince, quien había sido cirujano de la policía y actualmente era un distinguido detective enviado para desempeñar la función de guardaespaldas del grupo. Era un hombre de mandíbula cuadrada, con unas gafas enormes y una mueca que expresaba la intención de mantener la boca cerrada. Nadie más compartía aquel cautiverio, salvo el propietario de la posada, un malhumorado tipo de Kent con cara de manzana silvestre, uno o dos criados suyos, y otro criado particular de lord James Herries. Éste era un joven escocés llamado Campbell, que parecía mucho más distinguido que su amarillento señor, y tenía el pelo castaño y un rostro alargado y taciturno de rasgos delicados.

Probablemente era la única persona eficiente de la casa.

Después de pasar unos cuatro días en aquel consejo informal, March había llegado a ver una especie de sublimidad grotesca en aquellos dudosos personajes, rebeldes en la penumbra del peligro, como si fueran jorobados y tullidos que debieran defender solos una ciudad. Todos trabajaban mucho, y cuando levantó la vista de una página del memorándum en el que estaba escribiendo, vio a Horne Fisher de pie en la entrada, ataviado como si se dispusiera a salir de viaje. Le pareció que estaba un poco pálido, y al cabo de un momento el caballero cerró la puerta tras de sí y dijo, con calma:

—Bien, ha sucedido lo peor. O casi lo peor.

—El enemigo ha desembarcado—exclamó March, y se levantó de un salto de la silla.

—Yo ya sabía que el enemigo desembarcaría—dijo Fisher sin perder la compostura—. Sí, ha desembarcado; pero eso no es lo peor que podía suceder. Lo peor es que se ha detectado una especie de filtración, incluso en esta fortaleza nuestra. Le aseguro que para mí ha sido un duro golpe; aunque supongo que eso es ilógico. Después de todo, yo me admiraba de haber encontrado a tres hombres honestos en política. No debería por tanto extrañarme que al final sólo resultaran ser dos.

Caviló un momento y entonces dijo, de tal forma que March apenas podía saber si iba a cambiar de tema o no:

—Al principio cuesta creer que a un tipo como Herries, que se encurtió en el vicio como en vinagre, aún le quede algún escrúpulo. Pero me he dado cuenta de algo curioso al respecto. El patriotismo no es la primera de las virtudes. El patriotismo se degrada a prusianismo cuando

uno pretende que es la primera de las virtudes. Pero a veces el patriotismo es la última de las virtudes. Un hombre que es capaz de estafar o seducir no vendería su país. Aunque, quién sabe.

—Pero ¿qué se puede hacer?—exclamó March indignado.

—Mi tío tiene los documentos a buen recaudo—contestó Fisher—, y los va a enviar al oeste esta noche; pero alguien está intentando acceder a ellos desde fuera, y me temo que con la ayuda de alguien de dentro. Lo único que puedo hacer ahora es intentar interceptar al hombre de fuera; y debo hacerlo ahora mismo. Volveré dentro de unas veinticuatro horas. Mientras yo esté fuera quiero que vigile a esta gente y averigüe lo que pueda. *Au revoir*—. Y desapareció escaleras abajo; desde la ventana, March pudo ver cómo subía a una motocicleta y se alejaba hacia el pueblo vecino.

A la mañana siguiente, March estaba sentado junto a la ventana en el salón revestido de madera de roble de la vieja posada, que por regla general estaba bastante oscuro; pero ese día estaba inundado de la blanca luz de una mañana extrañamente despejada; la luna había brillado intensamente durante las últimas dos o tres noches. Él se hallaba en la sombra, en el asiento situado junto a la ventana del rincón; y lord James Herries, que entró a toda prisa procedente del jardín trasero, no lo vio. Lord James agarró el respaldo de una silla, como para recobrar el equilibrio, y tras sentarse con brusquedad a la mesa, donde aún estaban los restos de la última comida, se sirvió un vaso de brandy y se lo bebió. Estaba sentado de espaldas a March, pero su rostro amarillento aparecía en un espejo redondo

que tenía delante, y su color hacía pensar en alguna enfermedad espantosa. Cuando March se movió, lord James se sobresaltó con violencia y se volvió hacia él.

—¡Dios mío!—exclamó—, ¿ha visto lo que hay fuera?

—¿Fuera?—repitió el otro mirando al jardín por encima del hombro.

—Vaya a averiguarlo usted mismo—exclamó Herries con una especie de furia—. Han asesinado a Hewitt y le han robado los documentos, eso es todo.

Volvió la espalda de nuevo y se sentó haciendo un ruido sordo; sus cuadrados hombros temblaban. Harold March se asomó a la entrada y echó una mirada al jardín trasero con su empinada cuesta salpicada de estatuas.

Lo primero que vio fue al doctor Prince, el detective, observando a través de los cristales de sus gafas algo que había en el suelo; lo segundo fue aquello que estaba observando. E incluso después de la impresionante noticia que había oído dentro, lo que vio le causó una gran impresión.

La monstruosa imagen de piedra de Britania estaba tendida boca abajo en el suelo del sendero del jardín, y de debajo de ella sobresalían, desparramados, como las patas de una mosca aplastada, un brazo envuelto en una manga de camisa blanca, una pierna envuelta en un pantalón caqui, y una mata de pelo de un inconfundible tono gris pajizo que pertenecía al desafortunado tío de Horne Fisher. Había charcos de sangre y los miembros estaban bastante rígidos.

—¿No puede haber sido un accidente?—dijo March cuando por fin logró articular palabra.

—Averígüelo usted mismo—repitió la áspera voz de Herries, que lo había seguido afuera con movimientos in-

quietos—. Le digo que los documentos han desaparecido. Quien lo hizo le arrancó el abrigo al cadáver y rajó el bolsillo interior para sacarlos. El abrigo con el corte está ahí, en el bancazo.

—Un momento—dijo el detective Prince con calma—. En ese caso parece que estamos ante un misterio. Un asesino podría habérselas arreglado para tirarle la estatua encima, como al parecer ha hecho. Pero apuesto a que él solo no podría haber vuelto a levantarla. Yo lo he intentado, y estoy seguro de que para ello harían falta tres hombres por lo menos. Sin embargo hemos de suponer que el asesino derribó a la víctima mientras ésta pasaba por allí, utilizando la estatua como una piedra, y acto seguido la volvió a levantar, sacó el cadáver para quitarle el abrigo, luego lo colocó de nuevo en la postura en la que había encontrado la muerte y con cuidado volvió a poner la estatua en su sitio. Le aseguro que eso es físicamente imposible. Pero ¿de qué otro modo podría haber desvestido a un hombre cubierto con semejante monumento de piedra? Es más difícil que ese truco en el que un prestidigitador se quita un abrigo con las manos atadas.

—Tal vez tirara la estatua después de haber desvestido el cadáver—sugirió March.

—¿Y por qué?—preguntó Prince con tono seco—. Una vez que hubiera matado a la víctima y conseguido los documentos, habría salido disparado. No se entretendría en un jardín excavando bajo el pedestal de una estatua. Además... Eh, oiga, ¿quién hay ahí arriba?

En la cresta de la montaña, recortándose contra el cielo en delgadas líneas negras, había una figura tan alta y delgada que casi parecía una araña. La negra silueta de la

cabeza mostraba dos pequeños mechones como cuernos; y habrían jurado que los cuernos se movían.

—¡Archer!—gritó Herries con un repentino arrebato de ira, y le gritó que bajara entre improperios. La figura retrocedió al oír el primer grito con un movimiento nervioso y tan brusco que casi pareció un salto. En seguida el hombre pareció recapacitar y serenarse, y empezó a descender por el sendero serpenteante del jardín, aunque se veía que lo hacía a regañadientes, ya que el ritmo de sus pies era cada vez más lento. En la cabeza de March se agolpaban las frases que había oído pronunciar a aquel hombre acerca de enloquecer en plena noche y levantarse para echar abajo la estatua. De esa misma forma, imaginó, el maniaco que hubiera hecho semejante cosa habría subido hasta la cresta de la montaña, con el mismo bailoteo febril, para contemplar desde allí la ruina que había provocado. Pero la ruina que había provocado no era sólo una ruina de piedra.

Cuando el hombre apareció por fin en el sendero del jardín, con el rostro y la figura a plena luz del día, en efecto caminaba lentamente, pero también con tranquilidad, y sin el menor rastro de miedo en su expresión.

—Qué atrocidad—dijo—. Lo he visto desde arriba; estaba dando un paseo por la cresta.

—¿Está diciendo que presenció el asesinato?—preguntó March—. ¿O el accidente? Me refiero a si vio cómo caía la estatua.

—No—contestó Archer—. Quiero decir que vi la estatua ya en el suelo.

Prince parecía prestar muy poca atención; tenía los ojos clavados en un objeto que había en el camino, a uno o dos

metros del cadáver. Parecía una barra de hierro oxidado curvada por un extremo.

—Lo que no me explico es toda esta sangre—dijo—. El cráneo del pobre tipo no está aplastado; lo más probable es que tenga el cuello roto, pero la sangre parece haber brotado a chorro como si le hubieran cortado todas las arterias. Me preguntaba si algún otro instrumento... esa cosa de hierro, por ejemplo; pero no creo que sea lo bastante afilada. Supongo que nadie sabe qué es.

—Yo sí lo sé—dijo Archer con voz grave y un tanto temblorosa—. Lo he visto en mis pesadillas. Era la abrazadera o el puntal de hierro del pedestal, fijado ahí, supongo, para mantener la estatua en pie, hasta que empezó a bailar. Sea como fuere, siempre estuvo clavado en la piedra; y supongo que se soltó al caer la estatua.

El doctor Prince asintió, pero seguía mirando los charcos de sangre y la barra de hierro.

—Estoy seguro de que hay algo más detrás de todo esto—dijo por fin—. Tal vez detrás de la estatua. Tengo el enorme presentimiento de que hay algo más. Ahora somos cuatro, y entre todos podemos levantar esta inmensa lápida.

Los cuatro hombres se aplicaron a ello con todas sus fuerzas; no se oían más que sus resoplidos; finalmente, tras un instante durante el cual las ocho piernas flaquearon y se tambalearon, la gran columna de piedra esculpida rodó hacia un lado, y el cuerpo que yacía con camisa y pantalones quedó al descubierto. Las gafas del doctor Prince parecían haberse agrandado con un sobrio resplandor, como unos ojos enormes, pues con el cuerpo quedaron al descubierto otras cosas. Una de ellas era que el desafortuna-

do Hewitt tenía un profundo corte en la yugular que el médico dictaminó al instante que había sido practicado con una hoja de acero muy afilada, como una navaja. La otra era que debajo mismo del bancazo había esparcidos tres relucientes trozos de acero, de casi treinta centímetros, uno de los cuales acababa en punta y el otro estaba encajado en una empuñadura o mango magníficamente ornamentada con piedras preciosas. Era evidente que se trataba de una especie de puñal oriental, lo bastante largo para ser considerado una espada, pero con una curiosa curvatura en la hoja; y en la punta había una o dos gotas de sangre.

—Esperaba encontrar más sangre, aunque no en la punta precisamente—observó el doctor Prince meditabundo—, pero sin duda éste es el instrumento. El corte fue hecho con un arma como ésta, y probablemente también la raja del bolsillo del abrigo. Supongo que ese animal le tiró la estatua encima como para ofrecerle un funeral público.

March no contestó; estaba hipnotizado por las extrañas piedras que relucían en la empuñadura de la extraña espada; y su posible significado se ensanchaba sobre él como un terrible amanecer. Era una curiosa arma asiática. Sabía qué nombre estaba relacionado en su memoria con las armas asiáticas. Lord James le reveló su secreto pensamiento, y sin embargo a él le sorprendió por su irrelevancia.

—¿Dónde está el Primer Ministro?—había exclamado Herries de pronto, con una voz que parecía el ladrido de un perro ante algún hallazgo.

El doctor Prince volvió hacia él sus gafas y su adusto rostro, que se mostraba más adusto que nunca.

—No lo encuentro por ninguna parte—dijo—. Lo he

buscado inmediatamente, en cuanto he descubierto que los documentos habían desaparecido. Ese criado suyo, Campbell, ha llevado a cabo una búsqueda de lo más eficiente, pero no hay ni rastro de él.

Hubo un largo silencio a cuyo término Herries soltó otra exclamación, aunque con un tono totalmente distinto.

—Bueno, no hace falta que lo sigan buscando—dijo—, pues por ahí viene, acompañado de su amigo Fisher. Parece que han estado dando un pequeño paseo.

Las dos figuras que se acercaban por el camino eran en efecto la de Fisher, salpicado por el lodo del trayecto y con un arañazo como el de una zarza a un lado de su calva frente, y la del imponente hombre de Estado de pelo cano que parecía un bebé y era aficionado a las espadas orientales y a la destreza en su manejo. Pero más allá de aquel mero reconocimiento, March no veía ni pies ni cabeza a la presencia o la conducta de los dos individuos, que parecía añadir un toque final de incoherencia a aquella pesadilla. Cuanto más de cerca los observaba, mientras éstos escuchaban de pie las revelaciones del detective, más lo desconcertaba su actitud: Fisher parecía apenado por la muerte de su tío, pero no horrorizado, y el anciano apenas se esforzaba por disimular que tenía la mente en otro lado, y ninguno de los dos hizo sugerencia alguna para ir tras el espía y asesino fugitivo, pese a la enorme importancia de los documentos que éste había sustraído. Cuando el detective se hubo marchado para ocuparse de esa parte del trabajo, llamar por teléfono y redactar su informe; cuando Herries hubo regresado a la posada, seguramente a su botella de brandy, y el Primer Ministro se hubo retirado con parsi-

monia a un confortable sillón de otro rincón del jardín, Horne Fisher habló a Harold March con franqueza.

—Amigo mío—le dijo—, quiero que me acompañe usted ahora mismo; no hay nadie más en quien pueda confiar. El viaje nos llevará casi todo el día, y la misión principal no podrá llevarse a cabo hasta el anochecer. Así que durante el camino podremos hablar de todo con calma. Pero quiero que esté usted conmigo, pues me temo que ha llegado mi hora.

Tanto March como Fisher disponían de motocicleta; y la primera mitad de su viaje consistió en circular hacia el este entre el ruido poco propicio para la conversación de aquellos incómodos vehículos. Pero cuando dejaron atrás Canterbury y llegaron a los llanos de la parte oriental de Kent, Fisher se detuvo en una pequeña y agradable taberna situada junto a un aletargado arroyo, y se sentaron a comer, a beber y a hablar como si lo hicieran por primera vez. Hacía una tarde espléndida, los pájaros cantaban en el bosque que había detrás y el sol daba de lleno en el banco y en la mesa que ocupaban; pero la cara de Fisher bajo la intensa luz solar poseía una gravedad nunca vista hasta entonces.

—Antes de que sigamos adelante—dijo—, hay algo que debería usted saber. Usted y yo ya hemos visto algunas cosas misteriosas y hemos llegado hasta el fondo de ellas; y lo justo es que ahora usted pueda llegar hasta el fondo de ésta. Pero para investigar la muerte de mi tío debo empezar por el otro extremo de donde comenzaron nuestras viejas historias de detectives. En seguida le indicaré los pasos a seguir en el proceso deductivo, si desea escucharlos; pero yo no he llegado a la verdad de este caso siguiendo esos pa-

sos. En primer lugar le contaré la verdad, porque yo la he sabido desde el principio. Los demás casos los investigué desde fuera, pero en éste yo estaba dentro. Yo mismo era el núcleo y el centro de todo.

Algo en los caídos párpados y los graves ojos grises de quien hablaba sacudió por dentro a March, quien exclamó enloquecido: «¡No lo entiendo!», como se suele hacer cuando se teme precisamente haber entendido algo. Durante un instante no se oyó más que el alegre trinar de los pájaros, y entonces Horne Fisher dijo con calma:

—Fui yo quien mató a mi tío. Y si desea saber algo más, fui yo quien le robó los documentos.

—¡Fisher!—exclamó su amigo con voz ahogada.

—Déjeme que se lo cuente todo antes de que nos separemos—prosiguió el otro—, y déjeme que se lo exponga, en honor a la claridad, como solíamos exponer nuestros antiguos enigmas. Veamos, hay dos cosas del enigma que nadie se explica, ¿verdad? La primera es cómo el asesino se las arregló para quitarle el abrigo al muerto cuando éste ya estaba clavado en el suelo bajo aquel íncubo de piedra. La otra, que es mucho más pequeña y no tan desconcertante, es el hecho de que la espada que le segó el cuello sólo tuviera la punta un poco manchada, y no toda la hoja ensangrentada. Pues bien, puedo despachar la primera pregunta fácilmente. Horne Hewitt se quitó el abrigo antes de ser asesinado. Podría decir que se quitó el abrigo para que lo asesinaran.

—¿Eso le parece a usted una explicación?—exclamó March—. Las palabras parecen tener menos sentido que los hechos.

—Bien, pasemos ahora a los otros hechos—prosiguió

Fisher con serenidad—. El motivo por el que esa espada no tiene la hoja manchada con la sangre de Hewitt es que no fue empleada para matarlo.

—Pero el médico dictaminó claramente que la herida había sido causada por esa espada concreta—protestó March.

—Perdone—contestó Fisher—, pero no dictaminó que hubiera sido causada por esa espada en concreto. Dictaminó que había sido causada por una espada de esa misma forma.

—Pero era una forma muy rara y excepcional—alegó March—; es una coincidencia demasiado fantástica para ser concebida...

—Es que fue una coincidencia fantástica—reflexionó Horne Fisher—. Resultan extraordinarias las coincidencias que se dan a veces. Por la casualidad más casual del mundo, una posibilidad entre un millón, resulta que había otra espada de forma idéntica en el mismo jardín y a la misma hora. Eso podría explicarse en parte por el hecho de que fui yo quien las llevó al jardín...; vamos, mi querido amigo, seguro que ahora sí lo entiende. Junte esos dos datos: había dos espadas idénticas y la víctima se quitó ella el abrigo. Tal vez sirva de ayuda a sus especulaciones recordar el hecho de que yo no soy exactamente un asesino.

—¡Un duelo!—exclamó March reponiéndose—. Claro, debería habérseme ocurrido antes. Pero ¿quién fue el espía que robó los documentos?

—Mi tío fue el espía que robó esos documentos—contestó Fisher—, o, mejor dicho, que intentaba robar los documentos cuando yo lo detuve... de la única forma que pude. Los documentos, que debían mandarse al oeste para

tranquilizar a nuestros amigos y proporcionarles los planes para repeler la invasión, habrían caído en manos del invasor en pocas horas. ¿Qué podía hacer yo? Denunciar a uno de nuestros amigos en estos momentos habría supuesto hacerle el juego a su amigo Attwood y a todo el grupo del miedo y la esclavitud. Por otro lado, no es extraño que un hombre que pasa ya de los cuarenta albergue en su subconsciente el deseo de morir como ha vivido, y que yo quisiera, en cierto sentido, llevarme a la tumba mis secretos. Tal vez las aficiones se acentúen con la edad, y mi afición siempre ha sido el silencio. Tal vez sienta que he matado al hermano de mi madre, pero también he salvado el nombre de mi madre. Sea como fuere, escogí una hora en que sabía que todos dormían, y él estaba paseando a solas por el jardín. Vi todas esas estatuas de piedra a la luz de la luna, y yo también era como una estatua andante. Con una voz que no era la mía, lo acusé de traición y le pedí los documentos; y como él se negó a devolverlos, lo obligué a empuñar una de las dos espadas. Éstas se hallaban entre otras muestras que habían enviado allí para que el Primer Ministro las inspeccionara; es coleccionista, ¿sabe?; y aquellas fueron las dos únicas armas idénticas que pude encontrar. En resumen, nos batimos allí mismo, en el camino, delante de la estatua de Britania; él era un hombre de una fuerza tremenda, pero yo lo superaba en destreza. Su espada me rozó la frente casi en el mismo instante en que la mía se hundía en la articulación de su cuello. Se desplomó contra la estatua, como el césar contra la de Pompeyo, colgando de la baranda de hierro; su espada ya estaba rota. Cuando vi la sangre de aquella herida mortal no pensé en nada más, dejé caer mi espada y corrí hacia él para levan-

tarlo. Pero cuando me incliné sobre él, algo sucedió demasiado deprisa para poder entenderlo. No sé si la barra de hierro estaba podrida por la herrumbre y se soltó en su mano, o si él la arrancó de la piedra con su fuerza animal; pero el caso es que el objeto estaba en su mano, y con todas sus exangües energías lo levantó e intentó darme con él en la cabeza aprovechando que yo me arrodillaba desarmado junto a él. Levanté la cabeza con furia para esquivar el golpe, y vi encima de nosotros la enorme mole de Britania, inclinada hacia delante como el mascarón de proa de un barco. Al segundo siguiente vi que se había inclinado uno o dos centímetros más, y el firmamento con sus prominentes estrellas parecía inclinarse con ella. Al tercer segundo parecía que el firmamento se me caía encima; y al cuarto, yo estaba de pie en el plácido jardín con la vista clavada en aquella desparramada ruina de piedra y hueso que usted miraba hoy. Mi tío había arrancado el último puntal que sostenía en pie a la diosa británica, y ésta había caído y aplastado al traidor. Me volví y busqué con los ojos el abrigo en el que sabía que estaba guardado el paquete, lo rasgué con mi espada y subí corriendo por el sendero del jardín hasta la carretera, donde me esperaba mi motocicleta. Tenía un buen motivo para apresurarme, pero huí sin volver la vista hacia la estatua y el cuerpo; creo que de lo que realmente huía era de la visión de aquella terrible alegoría.

—Entonces hice lo que me quedaba por hacer. Durante toda la noche y hasta el amanecer, atravesé como una bala los pueblos y mercados del sur de Inglaterra, hasta que llegué al cuartel general del oeste donde estaba el problema. Llegué a tiempo. Pude empapelar el lugar, por así de-

cirlo, con la noticia de que el gobierno no los había traicionado y de que tendrían ayuda si decidían avanzar contra el enemigo. No tengo tiempo de contarle todo lo que sucedió, pero le aseguro que fue el día más importante de mi vida. Un triunfo como una procesión con antorchas, con antorchas que podrían haber sido teas. Los amotinamientos se calmaron; los hombres de Somerset y de los condados del oeste llegaron en tropel a las plazas de los mercados; los hombres que murieron con Arthur y resistieron junto a Alfred. Los regimientos irlandeses se les unieron, tras un amago de disturbios, y salieron de la ciudad hacia el oeste entonando canciones fenianas. Había algo incomprensible en las risas oscuras de aquella gente, en el deleite con el que, incluso avanzando junto a los ingleses para defender Inglaterra, gritaban a voz en cuello: «High upon the gallows tree stood the noble-hearted three... With England's cruel cord about them cast».[10] Sin embargo, el estribillo era «God save Ireland»,[11] y en aquel momento todos podríamos haber cantado aquello, en uno u otro sentido.

—Pero mi misión tenía además otro objetivo. Yo llevaba los planes para la defensa; y en buena medida, y por suerte, los planes para la invasión también. No lo molestaré con los detalles estratégicos; el caso es que sabíamos dónde el enemigo había hecho avanzar la gran batería que protegía todos sus movimientos; y si bien nuestros amigos del oeste apenas podrán llegar a tiempo para interceptar la avanzada principal, tal vez logren situarse a una distancia

[10] «Subidos al árbol de la horca estaban los tres valientes... con la soga cruel de Inglaterra puesta al cuello». (*N. del T.*)

[11] «Dios salve Irlanda» (T. D. Sullivan), himno no oficial de la República de Irlanda y del Estado Libre de Irlanda. (*N. del T.*)

suficiente para alcanzar la batería y bombardearla si saben dónde se encuentra exactamente. Y eso es casi imposible, a menos que alguien les mande alguna señal desde aquí. Pero yo tengo la sensación de que alguien lo va a hacer.

A continuación se levantó de la mesa, y ambos subieron a sus máquinas y se dirigieron hacia el este perseguidos por la penumbra del crepúsculo. Las capas del paisaje se repetían en las franjas planas de las nubes flotantes, y los últimos colores del día se adherían al círculo del horizonte. El semicírculo de las últimas montañas iba quedando cada vez más atrás, hasta que de pronto vieron, a lo lejos, la borrosa línea del mar. No era una franja de un azul intenso como la que habían visto desde el mirador soleado, sino de un violeta grisáceo, un tono que resultaba ominoso y sombrío. En este punto del camino, Horne Fisher volvió a bajar de su motocicleta.

—Lo que queda del camino debemos recorrerlo a pie—dijo—, y el último trecho debo recorrerlo yo solo.

Se agachó y empezó a desatar algo de su vehículo. Era algo que había mantenido intrigado a su compañero durante todo el trayecto, pese a tener la mente ocupada en otros enigmas más interesantes; parecía consistir en varios bastones atados y envueltos en papel. Fisher se lo puso bajo el brazo y se encaminó a través de la hierba. El suelo era cada vez más accidentado e irregular, y él avanzaba hacia una espesura de matorrales y árboles pequeños; la noche cerraba y oscurecía.

—Ahora no podemos hablar más—dijo Fisher—. Ya le indicaré en voz baja cuándo tiene que detenerse. No intente seguirme entonces, ya que eso sólo lo estropearía todo; para un hombre solo ya es bastante difícil llegar has-

ta ahí sin ningún percance, a los dos nos atraparían seguro.

—Yo lo seguiría a donde fuera—contestó March—, pero también puedo quedarme si es mejor así.

—Lo sé—dijo su amigo en voz baja—. Tal vez sea usted el único hombre de este mundo en quien he confiado plenamente.

Unos pasos más adelante llegaron al extremo de una gran cresta o montículo que parecía monstruoso recortado contra el cielo oscuro, y Fisher se detuvo haciendo un ademán. Cogió la mano de su compañero y la estrujó con violenta ternura, y a continuación se lanzó hacia la oscuridad. March apenas pudo ver su figura avanzando lentamente bajo la sombra de la cresta, luego la perdió de vista, y finalmente la volvió a ver en otro montículo, a unos ciento cincuenta metros de allí. A su lado había plantada una singular construcción que al parecer consistía en dos barras. Fisher se inclinó hacia ella y se produjo un estallido luminoso; aquello despertó los recuerdos de colegial de March, y éste supo en seguida de qué se trataba. Era un lanzacohetes. Siguió sumido en aquellos recuerdos confusos y extraños hasta que oyó un ruido violento y familiar; y al instante el cohete abandonó su base y subió en el espacio infinito como una flecha refulgente dirigida hacia las estrellas. March pensó de pronto en los indicios de los últimos días y supo que estaba contemplando el meteorito apocalíptico de algo parecido al día del Juicio Final.

A lo lejos, en el firmamento infinito, el cohete describió una curva y estalló en una lluvia de estrellas escarlatas. Por un momento el paisaje entero, desde el mar hasta la media luna de las montañas boscosas, se convirtió en un lago de rubíes, de un rojo extrañamente intenso y es-

pléndido, como si el mundo se hubiera sumergido en vino y no en sangre, o como si la tierra fuera un paraíso terrenal sobre el cual se hubiera detenido para siempre el sanguíneo momento del amanecer.

—¡Dios salve Inglaterra!—gritó Fisher con la potencia de una trompeta—. Ahora ya es Dios quien debe salvarla.

Mientras la oscuridad volvía a inundar la tierra y el mar, llegó otro ruido; a lo lejos, en los puertos de las montañas que tenían detrás, los cañones sonaban como los aullidos de una enorme jauría. Algo que no era un cohete, y que no llegó silbando, sino aullando, pasó por encima de la cabeza de Harold March y se expandió, más allá del montículo, en una nube de luz y estruendo ensordecedor, aturdiéndolo con la brutalidad de un ruido insoportable. Y luego llegó otro, y otro más, y el mundo se llenó de tumulto y vapor volcánico y luz caótica. La artillería del oeste y los irlandeses habían localizado la batería del gran enemigo y la estaban bombardeando.

En la desenfrenada excitación de aquel momento, March atisbó a través de la tormenta, buscando de nuevo la larga y flaca figura plantada junto al lanzacohetes. Entonces otro destello iluminó la cresta. La figura ya no estaba allí.

Antes de que las luces del cohete se hubieran apagado en el cielo, mucho antes de que el primer cañón sonara desde las lejanas montañas, una descarga de fusilería había centelleado y relampagueado por toda la zona desde las trincheras ocultas del enemigo. Algo yacía en la sombra, al pie del montículo, tan rígido como la vara del cohete desechado; y el hombre que sabía demasiado sabía ya lo que merece la pena saber.

ESTA REIMPRESIÓN, PRIMERA,
DE «EL HOMBRE QUE SABÍA DEMASIADO»,
DE G. K. CHESTERTON, SE HA TERMINADO DE IMPRIMIR,
EN CAPELLADES, EN EL MES DE SEPTIEMBRE
DEL AÑO 2007

OTROS LIBROS DEL AUTOR EN ESTA EDITORIAL

AUTOBIOGRAFÍA

BREVE HISTORIA DE INGLATERRA

CORRER TRAS EL PROPIO SOMBRERO

HEREJES

Últimos títulos publicados

116. INKA PAREI
EL PRINCIPIO DE LA OSCURIDAD
Traducción de Richard Gross

117. EÇA DE QUEIRÓS
EL MANDARÍN
Traducción de Javier Coca
y Raquel R. Aguilera

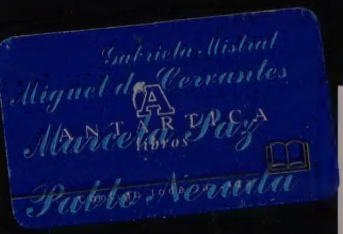
118. JAMES THURBER
CARNAVAL
Traducción de Celia Filipetto

119. JOSEPH ROTH
TARABAS
Traducción de F. Formosa

120. MIJAÍL KURÁYEV
RONDA NOCTURNA
Traducción de Jorge Ferrer

121. NATHANIEL HAWTHORNE
CUENTOS CONTADOS DOS VECES
Traducción de Marcelo Cohen

De detrás de la roca que sobresalía surgió un ruido y un movimiento fugaz parecido al de un ferrocarril, y apareció un gran automóvil. Su negra silueta recortada contra el sol coronaba la cima de la montaña, como un carro lanzándose hacia la destrucción en una desenfrenada epopeya... En una fracción de segundo, el vehículo dejó atrás el saliente del peñasco como una nave voladora; a continuación el cielo empezó a girar como una rueda, y el vehículo quedó destrozado en medio de los altos pastos de abajo... Un poco más adelante, la figura de un hombre de pelo cano yacía en la empinada pendiente verde, con las extremidades descoyuntadas y el rostro vuelto... Sin duda estaba muerto. La hierba se empapaba con la sangre que brotaba de una fractura mortal en la parte posterior del cráneo; pero el rostro, vuelto hacia el sol, estaba ileso y resultaba extrañamente fascinante. Era uno de esos rostros extraños y tan inconfundibles que resultan familiares.



ISBN 978-84-96489-90-5